



DÉJAME SOÑAR CONTIGO

D.J.57

Dina Reed

**DÉJAME SOÑAR
CONTIGO**

DINA REED

©Dina Reed, enero 2018

©Todos los derechos reservados

Foto de portada: Fotolia

Diseño portada: DR

Queda prohibido reproducir el contenido de este texto, total o parcialmente, por cualquier medio analógico o digital, sin permiso de la autora con la Ley de Derechos de Autor.

Los personajes que aparecen en la novela son inventados, cualquier parecido con personas vivas o desaparecidas es mera coincidencia.

ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[EPÍLOGO](#)

SINOPSIS

Harry Drake, el atractivo hombre de negocios al que todo el mundo teme, acaba de heredar el imperio billonario de su padre y está a punto de casarse con Melissa, su novia de toda la vida.

Sin embargo, todo se pone del revés con la llegada de Caroline Musset, su nueva asistente personal.

Caroline es la sobrina de la antigua secretaria de su padre, se supone que es alguien de confianza, con un expediente académico brillante y con preparación más que de sobra para el puesto, pero para Harry esa chica que ha llegado a su vida es sobre todo un incordio.

Caroline dice siempre lo que piensa, se mete donde no la llaman, es caótica, tozuda, intuitiva, impuntual, alocada y además tiene un físico explosivo por el que empieza a sentir una absurda atracción.

En fin que Caroline es la persona que menos necesita en su empresa, si bien ella no está dispuesta a perder el trabajo y va a empeñarse a fondo en demostrarle a su jefe que es imprescindible.

Y tanto empeño le pone que, inesperadamente, Harry Drake comienza a colarse en sus sueños...

Y es que Harry además de poderoso, enigmático, carismático y duro, es sumamente *sexy*, pero sobre todo inalcanzable...

¿Aunque realmente hay algo inalcanzable para una chica acostumbrada a luchar por sus sueños?

Capítulo 1

Apenas llevaban más de media hora esperando en una intimidante sala de espera de la torre de edificios más elegante y cara de Manhattan, cuando Caroline comenzó a impacientarse:

—¿A qué hora calculas que se dignará este tío a recibirnos? —preguntó Caroline a su tía Helen que había ido a acompañarla en su primer día de trabajo.

La tía Helen miró a su sobrina horrorizada, se mordió los labios de la ansiedad y luego la regañó en voz baja:

—Esta es la última vez que te diriges al señor Drake como “ese tío”. ¿Pero qué modales son esos, señorita?

Caroline que estaba muy nerviosa por la situación, resopló y se disculpó haciendo aspavientos con las manos:

—Perdona, rectifico: ¿a qué hora calculas que el señor Drake tendrá a bien atendernos?

—Teniendo en cuenta que nos ha citado a las ocho en punto de la mañana y que hemos llegado tarde, puede ser a la hora que le dé la gana. Si nosotras no hemos sido consideradas con su tiempo, él tampoco tendría que serlo con el nuestro. ¿No te parece? —replicó la tía Helen arqueando una ceja.

—¿Tarde? —replicó Caroline con el ceño fruncido y sin dejar de susurrar—. ¡Solo nos hemos retrasado cuatro minutos!

—Para un amante de la puntualidad como el señor Drake, eso es un siglo, querida. Y solo espero que no vuelva a repetirse, si es que quieres conservar tu empleo y mi reputación. Los Drake confían en mi criterio después de tantos años trabajando para ellos y les he asegurado que tú me suplirás con total rigor, profesionalidad y excelencia, y de verdad que así lo creo, pero faltas de puntualidad como esta de hoy, echarían por la borda todo: mi credibilidad y la

posibilidad de que desarrolles una carrera profesional en Drake Investment.

La tía Helen había trabajado toda la vida como secretaria de Michael Drake, el brillante fundador de la empresa de inversiones que había heredado su hijo Harry.

No tenían nada que ver el uno con el otro, Michael Drake era un hombre de negocios, que nunca había olvidado sus orígenes humildes, que era respetuoso, cercano, abierto, amable... Todo lo contrario que su hijo Harry, temido por todos por su talante frío, distante, hostil y terriblemente exigente.

La tía Helen había trabajado los dos últimos años con él, desde que Michael Drake había decidido jubilarse y dar paso a su hijo en la dirección de los negocios, y le conocía muy bien.

Por eso se había decidido por su sobrina Caroline para que le supliera como asistente de dirección.

Solo una personalidad fuerte y desenfadada a la vez como la de su sobrina, alguien con talento y con una capacidad titánica de trabajo, perseverante y esforzada pero a la vez intuitiva y creativa, podía ponerse a trabajar codo con codo con alguien tan brillante como Harry Drake.

Desde luego, que era la mejor candidata para el puesto, eso sí, Caroline tenía que trabajar duro por mantener a raya dos defectos de serie: la impuntualidad y su infatigable vena soñadora.

—No volverá a pasar, tía Helen. Si hace falta me pondré el despertador a las cinco de la mañana —aseguró la chica.

—Mejor a las cuatro y media.

—Está bien —aseguró Caroline con una sonrisa enorme.

—Y recuerda no olvidar nunca las reglas...

—Trabajo, trabajo y más trabajo.

—Y una más —apuntó la tía Helen mirándola muy seria.

—¿Más trabajo?

La tía Helen negó con la cabeza y le cuchicheó al oído:

—Tener siempre bajo control tu imaginación romántica.

Caroline tuvo que morderse los carrillos para no soltar una carcajada:

—¿Imaginación romántica? Tía Helen, ni que fuera una novicia recién salida del convento. Tengo 26 años, he vivido lo suficiente para saber quién soy, dónde estoy y lo que quiero. Aparte de que no soy tan boba como para perder la cabeza por mi jefe. ¡Hasta un niño de teta conoce la frase que dice que *donde tengas la olla no metas la...*!

—*Shhhhhhhhhhh*. Calla. Tú no tienes ni idea de nada. Jamás has conocido a un hombre como Harry Drake, no se parece a ninguno de los tipos que hayas podido conocer hasta ahora.

—A mí el dinero no me impresiona, tía Helen. Descuida que jamás caeré en la trampa...

—No se trata de dinero, se trata del carisma, del talento, de la inteligencia, de la infinita capacidad de trabajo y sacrificio. Estos hombres de grandísimo éxito son de otra tribu y es imposible no caer rendida a sus encantos...

—¿Imposible? —preguntó Caroline con curiosidad.

La tía Helen estaba soltera, según ella por convicción propia, pero tras esa revelación estaba empezando a dudar de si la verdadera razón no sería que había estado enamorada en secreto de su jefe, Drake padre.

—Casi imposible.

—¿A ti te pasó eso con el padre de Harry?

La tía Helen se llevó las manos a la cara ruborizada y contestó nerviosa:

—No digas disparates, no. No pasó nada. Y solo te prevengo por tu bien, tú eres romántica y soñadora y podría suceder perfectamente que te enamoraras de alguien como Harry. Y es intocable. ¿Entiendes? Ese hombre no es para ti, no solo porque esté comprometido, sino porque tú no estás aquí para enamorarte.

Caroline tomó con dulzura las manos de su tía y luego afirmó convencida:

—No te voy a negar que soy romántica, pero precisamente por eso sé lo que busco y créeme que jamás tendría un romance con alguien con pareja y mucho menos con un jefe. Es terreno vetado para mí, sé que entrar ahí es ganarse un pasaporte a la desdicha más espantosa y yo no quiero eso para mí. Hasta ahora

solo he tenido dos novios, tú bien lo sabes, mi vecino Charlie, y luego a Peter en la universidad. Y nada más. Soy romántica, pero no soy una tonta enamoradiza que va babeando por el primero que se le cruza.

—Lo sé, cariño, pero precisamente por eso te prevengo. Harry Drake no es un hombre cualquiera, intimida a todo el mundo, es imponente, deslumbrante, talentoso, muy duro. Si vieras a la cantidad de personas importantes a las que he visto achicarse ante su sola presencia.

—Lo resistiré, tía Helen. Confía en mí —susurró con una sonrisa enorme, con una sonrisa muy especial.

Y es que Caroline lo era, y Helen no lo pensaba porque fuera su sobrina favorita, sino porque esa chica rubia, de preciosos ojos azules, sonrisa encantadora, silueta elegante y corazón de oro, era un verdadero ángel al que siempre había protegido.

Y no solo era buena, dulce y risueña, sino que tenía una inteligencia fuera de lo común y era tremendamente trabajadora.

Los padres de Caroline eran dos maestros de escuela, que ganaban lo justo para dar a sus tres hijos una vida digna, pero no para pagar estudios elitistas y evidentemente caros.

Sin embargo, Caroline era tan buena estudiante que merecía estudiar en los mejores sitios, y para eso siempre había contado con el apoyo de la tía Helen que le financió los estudios en el colegio más exigente de la ciudad y luego consiguió que el señor Drake padre le concediera una cuantiosa beca para que estudiara en la prestigiosa Escuela de negocios Booth de la Universidad de Chicago, donde se había graduado con la mejor nota.

—Claro que confío en ti, tesoro. No conozco a nadie mejor que tú para este puesto. Sé que estás preparada para este nuevo reto y sé que vas a aprender muchísimo junto al señor Drake.

—Para eso estoy aquí, tía Helen. Trabajo, trabajo y trabajo, nada de romances. Te lo...

Caroline no pudo decir nada más porque justo en ese instante se abrió la

puerta y apareció un hombre como no había visto otro igual en su vida.

Espectacular, imponente, de cortar la respiración... Alto, moreno, de intensos ojos verdes, nariz recta, boca gruesa, cuello fuerte, cuerpazo de perder el sentido, espalda ancha, pectorales fuertes, abdominales perfectos que se podían adivinar a través de la impecable camisa blanca de firma italiana y no pudo precisar nada más porque Caroline sintió tal rubor que tuvo que bajar la vista al suelo.

El señor Drake acababa de hacer acto de aparición en su vida.

Capítulo 2

El señor Drake se quedó mirando a Helen y le recordó con cara de muy pocos amigos, más bien de ninguno e ignorando por completo a Caroline:

—Habíamos quedado a las ocho en punto, Helen.

Helen se puso de pie y Caroline hizo lo mismo, mientras su tía se excusaba intentando resultar lo más convincente posible:

—Lo sé, señor Drake. Le ruego que me perdone por la demora, ha sido culpa mía que me he entretenido presentándole a mi sobrina a parte del personal. Por cierto, ella es Caroline...

El señor Drake se fijó entonces en Caroline a la que encontró demasiado rubia, demasiado guapa, demasiado sonriente y con demasiadas curvas.

—Encantada de conocerlo, señor Drake —saludó Caroline, tendiéndole la mano.

Harry miró la mano de esa chica con tal desprecio que ella se sintió fatal, como si estuviera tendiéndole un trapo viejo y sucio. Luego, la estrechó con desgana y comentó en un tono de voz de lo más cortante:

—He salido a atenderla en deferencia a Helen, porque para mí la impuntualidad es una falta muy grave. Jamás cometería la torpeza de contratar a alguien que se toma tan poco en serio su trabajo que osa a llegar tarde en su primer día.

—Le repito señor Drake que la tardanza ha sido por mi culpa —intervino Helen—. Le aseguro que no volverá a suceder, ¿verdad, Caroline? —preguntó mirando a su sobrina con cara de: *di que no o te las verás conmigo*.

—No, claro que no —respondió la chica.

El señor Drake le reprendió de tal forma con la mirada que se sintió de repente pequeña, muy pequeña, casi insignificante, justo tal y como le había explicado su tía que ese hombre hacía sentirse a los demás.

Y no le gustó para nada esa sensación, por eso se envaró todo lo que pudo, carraspeó y levantó un poco la barbilla, con la mirada fija en el que iba a ser su jefe.

O eso esperaba...

—Eso será si pasa la entrevista —replicó Harry, al que le gustó que esa chica en vez de evitarle con la mirada, como hacían todos cuando alardeaba de su tremendo carácter, hubiese respondido con ese discreto despliegue de orgullo y de agallas—. Pase a mi despacho, no me haga perder más tiempo —indicó señalando la puerta de madera noble de su despacho.

Caroline tragó saliva disimuladamente y con el corazón latiendo muy fuerte, entró en el despacho del hombre más arrogante y atractivo que había conocido jamás.

—Te espero en la recepción —habló la tía Helen, mientras se despedía de su sobrina con la mano.

—Deséame suerte, tía —susurró Caroline, y acto seguido se mordió los labios porque sabía que aquello no había sonado precisamente muy profesional.

—Va a necesitar mucho más que suerte, señorita Musset —masculló el señor Drake, apretando fuertemente las mandíbulas.

Después, Caroline entró en el despacho enorme, decorado en un estilo clásico pero funcional, con muebles de maderas exquisitas y cuadros que debían valer una auténtica fortuna, y se sentó en un sillón de cuero negro frente al Gran Jefe de la Tribu.

De esa tribu que decía su tía que era una suerte de intocables y justo en ese momento en que lo tenía enfrente se estaba dando cuenta de que era cierto.

Harry Drake era diferente a todos los hombres con los que se había relacionado en su vida, desprendía tanta autoridad, tanto carisma, tanta seguridad en sí mismo y tanto poderío que era todo un ejercicio de valentía y coraje sostenerle siquiera la mirada.

Pero Caroline no pensaba amedrentarse, aunque no perteneciera a esa casta de elegidos, ella también tenía muchas cosas por las que sentirse más que orgullosa

y por las que encarar esa entrevista con la más optimista de las actitudes.

Por eso, no se amilanó cuando el señor Drake le preguntó después de ojear su currículum con cara de asco:

—¿Con este currículum tan lamentable pretende ser mi asistente personal?

—Así es, y puede tutearme.

El señor Drake levantó la vista del currículum sorprendido con el descaro de esa joven:

—Eso me gusta.

—¿El qué? ¿El que no me deje intimidar por su fachada de señor Muy Importante?

El señor Drake estuvo a punto de esbozar una sonrisa, porque lo de esa chica era demasiado novedoso para él.

—No es fachada, soy el señor Muy Importante y necesito una asistente personal a la altura de mi importancia. ¿Crees que estás preparada para el reto?

—Por supuesto que sí. Por mi tía sé muy bien lo que me espera y no me asusta, al contrario: estoy deseando trabajar duro.

—Yo exijo mucho más que eso, señorita Musset.

—Lo sé: informes a cualquier hora del día o de la noche, la prensa generalista y económica extractada a las ocho en punto de la mañana cada día en su correo electrónico, tres tazas de té verde al día, siete vasos colmados de agua mineral con gas, catorce trajes nuevos cada temporada en el sastre inglés de su padre... ¿Sigo?

El señor Drake tuvo que hacer serios esfuerzos para no esbozar una sonrisa otra vez, pero había algo que no entendía:

—¿Cuál es tu motivación para entrar en esta empresa? Apenas tienes experiencia, pero reconozco que tienes un expediente brillante en una de las grandes escuelas de negocios del mundo. ¿Por qué no empezar con tu propia empresa? ¿Por qué no intentarlo con un puesto directivo en otro lugar? ¿Por qué conformarte con un puesto de asistente personal cuando puedes aspirar a algo mucho más ambicioso?

—Porque quiero aprender del más grande.

El señor Drake se removió satisfecho en su silla de superjefe y farfulló un parco:

—Gracias.

—No, usted no es el más grande.

Harry dio un respingo en la silla y, arqueando una ceja, replicó:

—¿Ah no?

—No, el más grande es su padre, el señor Drake. Es una de las personas que más admiro del mundo junto con la madre Teresa de Calcuta.

—Vaya —murmuró Harry acariciándose la barbilla muerto de la curiosidad, porque esa chica era la bomba.

—Crear un imperio de la nada es una auténtica proeza. Y es que el señor Drake es para mí un inversionista modelo, primero por su apuesta por una cartera de inversiones selectiva centrada en valores sólidos, como aseguradoras, el sector del automóvil, la energía o el ferrocarril y luego por la brillante estrategia de volcarse en empresas que cuentan equipos gestores lo suficientemente solventes como para dejarlos hacer y esperar a recoger los frutos de la inversión.

—Sí, ese es mi padre —musitó Harry que sabía que siempre salía perdiendo en cualquier comparación que hicieran con el viejo Drake.

—El señor Drake a diferencia de lo que hace un simple accionista que se limita a comprar y vender según venga el viento, analizaba cada compañía como si fuera a convertirse en el dueño. Su padre era mucho más que un especulador, era un inversor de los buenos, de los que hacen empresa y crean riqueza, prosperidad y bienestar para todos.

—Yo sigo en esa línea —le recordó un poco harto de escuchar tanta alabanza paterna.

—Sí, pero ha cometido errores garrafales en estos dos años que lleva al frente de la empresa. Sus inversiones en tecnológicas han resultado un auténtico desastre. Y todo por no seguir el consejo del viejo Drake de invertir en

compañías que hacen negocios que ni son tangibles ni se entienden,

Harry se revolvió en la silla, cansado ya de tanta sinceridad y le preguntó apretando fuerte los puños:

—Tenía a Helen por una mujer discreta...

—Esto lo sé por la prensa —repuso y era la verdad, porque aparte de los detalles de los pequeños asuntos como el té y los trajes, con su tía no había hablado de nada referente a las grandes decisiones empresariales.

—Bien, pues no me interesan tus opiniones sobre mis inversiones, de ahora en adelante: ahórratelas.

Caroline sonrió de oreja a oreja y preguntó entusiasmada:

—¿Eso significa que he pasado la entrevista? ¿Estoy dentro?

Harry arrugó el ceño, puso una cara de asco que a cualquiera le hubiera intimidado y se limitó a gruñir algo indescifrable...

—¿Por qué gruñe? ¿Tampoco acepta que nadie cuestione su toma de decisiones pasadas?

El señor Drake cogió su carísima pluma, comenzó a golpetear nervioso la mesa con ella y luego replicó, enojadísimo:

—Eres un auténtico grano en el culo, señorita Musset.

Caroline se partió de risa y repuso con total sinceridad:

—Y usted tiene ahora mismo una cara de culo que no puede con ella, señor Drake.

En contra de todo pronóstico, el señor Drake en vez de mostrarle la puerta y echarla de su despacho para siempre, frunció los labios, se desaflojó un poco el nudo de la corbata de seda italiana y confesó:

—Eres la primera persona que se sienta en esa silla y se atreve a escupirme la verdad la cara. Supongo que eso es un punto a tu favor, señorita Musset.

—Qué halagador, señor Drake —dijo echándose la melena rubia hacia atrás.

—Sí, pero no cantes victoria, tienes como unos tres millones de puntos en contra para adjudicarte el puesto de mi asistente personal.

—¿Solo tres millones?

—¿Te parecen pocos? —replicó Harry, dando un respingo en su silla.

—Mis fortalezas son infinitas, así que ¿qué son tres millones de puntos en contra? —replicó la señorita Musset con un descaro que incluso le sorprendió a ella misma.

—La verdad es que están haciendo bien las cosas en Booth, yo estudié en Stanford, pero desde luego que no salimos con tanta hambre como veo en tus ojos.

Ojos que por cierto, el señor Drake pensó que eran de un azul precioso, pero no se lo dijo, obviamente.

—Sin ambición no se va a ninguna parte, pero es mucho más importante la curiosidad. Y de eso voy también sobrada...

—¿No se te estará pasando por la cabeza empezar a hacerme preguntas a mí?

—Pues se me ocurren unas cuantas... Por ejemplo, ¿seguirá con la política de

su padre de centrarse en el retorno de la inversión y los márgenes de beneficio, en vez de las ganancias por acción?

El señor Drake observó cómo la señorita Drake se llevó la mano a la barbilla a la espera de su respuesta y él pensó que no tenía ni idea de qué hacer con esa chica.

Bien era verdad que tenía un expediente brillante, que tenía ambición, ganas, ilusión y muchas agallas, pero por otro lado ese descaro podía volvérselo en contra y acabar desquiciándole por completo.

Él no soportaba ninguna injerencia en sus asuntos, ni siquiera del viejo Drake, así que no estaba seguro de cómo iba a poder sobrellevar la carga de tener una asistente que por muy sobresaliente que fuera, no se callaba ni debajo del agua.

—No sé, no sé... —respondió el señor Drake, frunciendo el ceño.

—¿Cómo que no lo sabe? Obviamente tiene que seguir con la política de su padre, ¡pero si su modelo se estudia en todas las escuelas de negocios del mundo! ¡Tonto sería si echara a perder esa herencia!

—Sé muy bien lo que tengo que hacer con mi empresa, señorita Musset. Lo que no sé es qué puñetas hacer contigo...

—¿Conmigo? —inquirió Caroline dando un respingo en la silla.

—Sí, hasta ahora he trabajado de maravilla con tu tía, que es una mujer eficiente, trabajadora, serena y discreta. Bondades que dudo que te adornen, porque me temo que hablas demasiado. Y no está mal, de verdad que no te lo reprocho, supongo que habrá cientos de directivos que valoren esa “virtud”, pero yo llevo fatal tener a un maldito Pepito Grillo dándome monsergas a todas horas del día.

—Yo no soy ningún Pepito Grillo. Es verdad que no puedo evitar decir lo que pienso, pero créame que solo traerá grandes beneficios a su empresa. No hablo por hablar, se lo aseguro...

—No lo dudo, señorita Musset. Pero yo detesto que me toquen las pelotas, no sé si me explico.

—Perfectamente. Y le agradezco que sea tan claro conmigo, ahora bien,

permítame decirle que puedo llegar a ser un gran activo para su empresa.

—Si algo he aprendido en este negocio, es que hay dos cosas que nunca fallan: decir que no a tiempo y evitar grandes errores.

—Le aseguro que si me contrata no se va a arrepentir. Póngame a prueba, deme un mes. No le pido más que eso. Déjeme trabajar a su lado cuatro semanas y tome la decisión después con conocimiento de causa.

El señor Drake la miró y le gustó todo lo que estaba viendo, incluida la preciosa boca pintada en rojo muy subido. La única licencia que se había permitido, junto con el rojo de las uñas, en el estilismo serio, estricto y formal que esa chica había escogido para la entrevista: traje sastre azul oscuro de corte impecable, zapatos de tacón medio y unos discretos pendientes de perlas.

Reconocía que era una joven de una gran belleza, además tenía una figura muy bonita y unos ojos en los que cualquiera podía perderse, pero él no estaba ahí para juzgar ese tipo de cosas.

Él no solo era un tipo comprometido que iba a casarse dentro de seis meses con la mujer de su vida, sino que aborrecía las historias de enredos entre jefes y secretarías que encontraba de lo más anticuadas y casposas.

En los lugares de trabajo se trabajaba y punto. Nada más. El amor para él solo podía surgir en otro tipo de entornos, como le había sucedido con Melissa en una fiesta de la universidad. O como le había ocurrido a su padre con su madre que se habían conocido en un partido de baloncesto...

En fin, que él estaba ahí solo para juzgar los méritos de esa candidata que desde luego que eran fuera de serie, pero había algo entre ellos que era un escollo a todas luces insalvable.

—Me temo que no va a funcionar —explicó el señor Drake—. No dudo de tus talentos, pero tenemos caracteres que son como el agua y el aceite. De todas formas, lo que te propongo, y siendo muy generoso y en deferencia a los muchos años de trabajo de la buena de Helen, es que te quedes hasta que aparezca la candidata perfecta. ¿Qué te parece?

—Que la candidata perfecta soy yo. Y se lo voy a demostrar.

—Por lo pronto lo que me estás demostrando es que eres terca como una mula. ¿Pero no ves que tenemos unos caracteres que van a chocar a todas horas? Vamos a terminar aborreciéndonos mutuamente en cuestión de horas, señorita Musset. Si es que no lo estás haciendo ya...

—Mire, yo estoy aquí para aprender y trabajar duro, que usted sea un borde estirado me importa un bledo.

—Pues a mí esa afición que tú tienes a soltar todo lo que se te pasa por la cabeza me parece de lo más irritante. Pero bueno, creo que lo soportaré hasta que los de Recursos Humanos me envíen a alguien que sí que esté a la altura de mis expectativas. ¡Y espero que sea muy pronto! Así que mañana empiezas, señorita Musset, a las siete de la mañana en punto te quiero aquí. ¿Serás capaz de llegar a tiempo?

Caroline sonrió triunfante, porque iba a darlo todo para que ese puesto fuera definitivamente suyo, y respondió rotunda:

—Seré capaz de todo, señor Drake. Es que ni lo dude...

Capítulo 4

Al día siguiente, cuando pasaban ocho minutos de las siete de la mañana, Caroline apareció en la recepción de las oficinas del señor Drake sudorosa y con la lengua fuera.

—¡Buenos días, Caroline! ¿Se han roto los ascensores?

Caroline negó con la cabeza porque no podía ni hablar y después de doblar un poco el cuerpo e intentar recobrar el aliento, justo como hacen las atletas después de cruzar la línea de meta, pudo responder:

—Odio el puñetero tráfico de Nueva York, ¿me puedes explicar cómo saliendo casi una hora antes de casa, llego más tarde que ayer?

—Jajajajaja. Bienvenida al club, nena. ¿Dónde vives?

—En Staten Island.

—Me parece que mañana vas a tener que salir hora y media antes, si no quieres que el señor Drake te ponga de patitas en la calle. La impuntualidad es lo que más detesta. Yo pago una verdadera fortuna por un cuartito enano con vistas a un patio a cuarenta y cinco minutos caminando desde aquí, precisamente por eso.

—¿Y no sabes si alguien podría alquilarme otro cuartito de esos para mí?

Telma, la recepcionista pelirroja, sonrió de oreja a oreja y luego contestó:

—Me parece que es tu día de suerte. Casualmente, mi compañera de piso acaba de encontrar algo mejor y se marcha en un par de días. Lo que pasa es que su habitación es más pequeña que la mía y solo dispone de un ventanuco de esos de baño. Si no eres muy claustrofóbica...

—Me meto en un agujero si hace falta, con tal de no volver a llegar tarde. Y la pena es que tu amiga no se marche hoy mismo, ¡todavía me quedan dos días para intentar llegar a tiempo otra vez! Yo no sé cómo lo hacía mi tía Helen para llegar en hora todos los días, viviendo en el quinto pino como vive.

—Tu tía no es que llegara en hora, es que siempre llegaba al mismo tiempo que el señor Drake, como a las seis de la mañana.

Caroline se echó las manos a la cabeza y luego le habló divertida:

—Me voy, solo espero que el Señor MeheMetidounPaloenCulo esté lo suficiente entretenido para que no se haya dado cuenta de que...

Caroline se percató de que de repente Telma puso una cara rarísima, tan rara que se temió lo peor.

—Buenos días, señorita Musset. El señor MeheMetidounPaloenCulo está detrás de ti ansioso por saber qué vas inventar para justificar que otra vez hayas llegado tarde. ¿Se te ha roto la lavadora tal vez?

Caroline se giró y, forzando una sonrisa enorme, le dijo:

—No imagina lo que he tenido que pasar para llegar hasta aquí, señor Drake.

—Oh sí, imagino que has tenido que enfrentarte a terribles dragones, cruzado a pie lagos helados, cosas así...

—Lo peor es lo de ahora, enfrentarme al ogro terrible...

—Ese soy yo.

—Sí, pero apelo a su infinita generosidad y le ruego que tampoco tenga en cuenta mi faltita de hoy. En un par de días voy a mudarme con Telma a Manhattan y le juro que esto no va a volver a suceder.

—Hoy te libras porque tengo muchísimo trabajo y te necesito. Quiero un informe urgente de Pedelton Fire y Asociados, para ya.

—Por supuesto, supongo que me está pidiendo el historial de beneficios, su posición en el mercado...

El señor Drake la miró echando chispas por los ojos de puro enojo y replicó:

—No pienso explicarte lo que es un informe, señorita Musset, que para algo mi padre te costeó unos carísimos estudios en una de las grandes universidades del planeta. Ayer mismo me enteré y me quedé de piedra. No sé cómo mi viejo pudo tirar el dinero de esa forma.

—No lo tiró, y le estoy tremendamente agradecida. Por eso le ruego que me dé la oportunidad de seguir en su empresa y devolverles todo lo que han hecho por

mí.

—Yo no he hecho nada, es más, en la vida habría puesto ni un céntimo en tu educación —observó cruzándose de brazos—. Tuviste suerte de dar con mi padre que es un blando.

—Es un hombre bueno y generoso que ha hecho muchísimo por mí.

—Me temo que habría hecho más si no hubiera movido ni un dedo por ti y te hubiera obligado a buscarte las habichuelas tú solita. Te garantizo que ahora no llegarías ni un segundo tarde a tu puesto de trabajo. Pero como te lo han dado todo mascado, así te luce el pelo.

Caroline dio un manotazo a su sedosa melena rubia y respondió orgullosa:

—Pues luce bien sano y bien brillante.

El señor Drake gruñó como siempre que llegaba al límite y sin decir nada más, volvió a su despacho en el que se encerró dando un portazo.

—Tía, cómo te pasas con él. Jamás vi a nadie que se atreviera a tratar al señor Drake de esa forma —susurró Telma con los ojos como platos.

—Yo misma me sorprendo, lo cierto es que me intimida como nadie que haya conocido antes, pero me sale de forma natural tratarle así. No sé, es como si le conociera de antes y no lograra imponerme lo más mínimo. Es raro.

—A lo mejor fue tu padre en otra vida... —dedujo Telma, divertida.

—Quita, quita, por Dios. ¡Figúrate lo que debe ser tener a ese tío de padre!

—Entonces tu marido... como marido no está nada mal, eh... Jajajajajaja.

—Reconozco que es muy atractivo, pero es tan serio y encorsetado.

—En la cama no tiene pinta de ser aburrido, te lo digo yo que tengo ojo para estas cosas —comentó Telma con un tono de voz pícaro.

—Ni lo sé ni me importa. Yo no estoy aquí para coqueteos ni romances, tengo muy claro que trabajo es trabajo y que lo otro es lo que pasa ahí fuera.

—¿Y te pasan muchas cosas ahí fuera? ¿Tienes novio y tal?

—No, nada. Fuera no me pasa absolutamente nada, desde que rompí con mi novio de la universidad no he vuelto a tener nada serio, nada serio ni nada frívolo. Vamos que estoy a dos velas.

—Jajajajaja. Ya nos haremos unos buenos fiestones en casa, tú tranquila — comentó Telma guiñándole el ojo.

—Eso será si el señor Drake me deja algo de tiempo libre. Bueno, me voy a trabajar que tengo mucha faena por delante.

—Para empezar su té... Tu tía ya haría más de una hora que se lo habría llevado...

—Ay madre, el té... ¿Y dónde lo preparo?

—En ese cuartito de la izquierda lo tienes todo... Mucha suerte en tu primer día y bienvenida, Caroline.

La señorita Musset se encerró en el cuartito que Telma le había indicado y preparó un té verde que colocó en una bandeja de plata que encontró en una estantería.

Con ella a cuestas, y rezando para no tropezar y montar un auténtico número de comedia barata, tocó la puerta un par de veces y luego haciendo verdaderos malabarismos la abrió con una mano y entró en el despacho con su mejor sonrisa.

El señor Drake ni levantó la vista de su computadora y solo cuando la joven dejó la bandeja sobre la mesa, comentó en un tono de voz de lo más severo:

—El té tenía que haber estado en mi mesa hace una hora y te recuerdo que apenas tienes cuarenta y cinco minutos para extractarme la prensa y entregarme el informe.

—Y si quiere también le tejo una bufanda —replicó Caroline con sorna.

El señor Drake levantó la vista de la pantalla, dio un fuerte golpe en la mesa que por poco no tira el té y dijo airado:

—¿A qué estás jugando conmigo, señorita Drake?

Caroline tragó saliva y nerviosa, replicó mientras se recogía el pelo en una coleta:

—Yo solo quería destensar el ambiente. El humor es bueno para combatir el estrés. ¿No lo sabía?

—Solo sé que cuando necesite un payaso, lo contrataré.

Entonces, el señor Drake dio un sorbo a la taza de té y lo escupió encima de una pequeña torre de informes que tenía sobre su mesa:

—¡Qué jodida mierda es esta! —gritó después.

Capítulo 5

Caroline corrió a entregarle unas servilletas que había dispuesto en la bandeja para que secara los informes y el señor Drake las aceptó de mala gana:

—Es la primera vez que preparo un té —se excusó la chica—, yo no tomo infusiones, pero supongo que no tiene más ciencia que verter el agua caliente, poner la bolsita y listo.

—¿Y de qué coño me has puesto la bolsita? ¿De cianuro? —preguntó cabreadísimo mientras secaba los informes.

—No diga majaderías. Cogí una de las que estaba en el cuarto, supongo que todas son de té verde.

El señor Drake la miró a punto de lanzar la taza por la ventana y replicó furioso y encendido como jamás Caroline le había visto:

—Me has debido poner la hierba Luisa que tomaba tu tía ¡y encima sin azúcar!

—No sabe cuánto lo siento, pero en la Universidad no nos preparan para esto. Entiéndalo, señor Drake.

—¿Qué habré hecho para merecer semejante castigo? ¡Vete de mi vista y no vuelvas a prepararme nada! Ya me las apaño yo solito...

—Pues qué quiere que le diga, me parece fenomenal y mucho más igualitario. Nunca he entendido por qué las secretarias deben preparar los cafés, si los jefes tienen también manos. Es un micromachismo total.

El señor Drake miró hecho una furia a Caroline, se acercó tanto hasta ella que la chica pudo aspirar el agradable aroma a perfume caro de su jefe, y le dijo con la vena del cuello hinchada:

—Te he aguantado todas las impertinencias por respeto a tu tía y porque mi padre tiene una absurda confianza en ti. Supongo que es para amortizar la inversión en tu educación, pero ya no soporto ni una más. Esta es la última

insolencia que te paso, señorita Caroline Musset. A la próxima te vas a la puñetera calle. ¿Estamos?

Caroline pestañeó de prisa por los nervios, tragó saliva y replicó haciendo acopio de un coraje que ni sabía que tenía:

—A las ocho tendrá todo lo que me ha pedido, señor Drake.

Y se marchó del despacho, caminando con una dignidad y una elegancia que dejó al señor Drake perplejo.

Y es que en la vida había conocido nadie igual a la señorita Musset, tan deslenguada, tan descarada y tan jodidamente valiente. Con más arrestos de los que había visto en los tiburones más despiadados de Wall Street y con unas piernas de infarto, infinitas y preciosas, que por poco no le habían dejado con la boca abierta.

¿Pero qué demonios hacía él fijándose en las piernas de esa incompetente?, pensó al momento.

Sin duda, el estrés le estaba jugando una mala pasada y decidió que lo mejor era volver al trabajo y llamar a los de Recursos Humanos para que encontraran cuanto antes alguien que supliera a esa pesadilla de la señorita Musset.

—Jane, buenos días, necesito suplir a la señorita Musset cuanto antes. Mándame a quién sea ya, tira los currículums al aire y el primero que caiga en tus manos, lo llamas y me lo mandas ya mismo.

—Señor Drake, ¿está de broma, verdad? ¿Cómo vamos a dejar al azar un cargo de tantísima responsabilidad?

—Prefiero al azar a la señorita Musset.

—Con todos mis respetos y como profesional de la materia permítame que le recuerde que es su primer día.

—Esto no tiene nada que ver con que sea su primer día. Sencillamente, somos incompatibles.

—Fue la número uno de su promoción y es sobrina de Helen. No va a encontrar a nadie mejor que ella, permítame que se lo diga. Espere un poco por favor, hágame caso, solo estoy velando por los intereses de su empresa, señor

Drake.

El señor Drake estaba tan alucinado con lo sucedido con esa joven que de repente tuvo una iluminación:

—¿Todo esto no será un complot urdido por mi padre para sacarme de la dirección y poner a otro?

—La señorita Musset es un gran fichaje, solo tiene que ser un poco más paciente, nada más.

—¿Más paciente? —replicó el señor Drake muy enfadado—. Sigue buscándome candidaturas para el puesto, no creo que aguante a esta señorita más que un par de horas.

El señor Drake volvió a enfrascarse en sus tareas, hasta que a las ocho en punto le llegó tanto el resumen de las noticias, como el informe que le había encargado a Caroline.

Y estaban perfectos, más que perfectos. El resumen era impecable y el informe tenía tal cantidad de información, de datos relevantes y de conclusiones jugosas, que era oro puro. Ni más ni menos.

Pero para que la señorita Musset no se viniera demasiado arriba, decidió responderle con un aséptico, “Ok”, y le pidió que respondiera a los más de cien correos urgentes que tenía en la bandeja de entrada.

Claro que la señorita Musset no iba a conformarse con un escueto “ok”, y le llamó por interno para saber qué era lo que le había parecido:

—¿Le ha gustado mi informe, señor Drake?

—No me puedo creer que me hagas perder el tiempo de esta manera. ¿No has visto que te he puesto un “Ok”?

—Sí, por eso le llamo, quiero aprender y esas dos letras no me aportan absolutamente nada. ¿Qué le ha parecido que en tanto poco tiempo haya conseguido hasta información confidencial del equipo gestor de Pedelton Fire y Asociados? Fíjese qué casualidad que uno de los becarios fue compañero mío en Booth y me fío completamente de su criterio. Mi informe es totalmente favorable, señor Drake. Y ahora es cuando usted me felicita por el gran trabajo

realizado.

—Esto no es la universidad, señorita Drake, no estoy aquí para hacer evaluaciones. Yo pido y tú me lo das. No esperes palmaditas en la espalda, ni nada por el estilo. Y ahora déjate de chácharas y vuelve al tajo.

El señor Drake colgó para quitarse cuanto antes a esa mosca cojonera de encima, pero a los veinte segundos volvió a sonar el teléfono:

—Pero mira qué eres pelma, no tengo nada más qué hablar. ¿Te queda claro? —bufó en un tono de lo más antipático, creyendo que era Caroline.

Pero era Melissa llamando desde París...

—Perdona, pero yo estoy en un almuerzo muy importante con el señor Gilbert y he aprovechado que se ha levantado a saludar a unos amigos para llamarte. Hoy tengo una agenda apretadísima y no creo que tenga otro momento para hablar contigo.

—Mel, mi amor, perdóname tú a mí. Pensé que me llamaba la petarda de mi nueva asistente personal, es una pesadilla de mujer que me tiene de los nervios.

—¿Helen se ha jubilado ya?

—Sí, para mi desgracia y la está supliendo su sobrina, pero no la soporto. Es impuntual, bocazas, impulsiva, pesada, terca... Estoy a ver si los de Recursos Humanos me mandan a otra persona.

—Esa chica vendrá recomendada por Helen, supongo...

—Así es.

—Me fío totalmente de su criterio. Ten un poco de paciencia, su puesto es de suma confianza y no puedes poner a cualquiera venido de a saber dónde. El espionaje industrial está a la orden del día y esa familia es de fiar.

—Jane me ha dicho lo mismo, pero no sé lo que aguantaré. Me desquicia como nadie, en fin... Dame una buena noticia, por favor, dime que vienes pronto... Te echo tanto de menos, Mel, contigo soportaría mejor este jodido infierno que tengo montado en el despacho.

—No exageres por Dios, un infierno por una asistente personal nueva... Te daba yo a ti al señor Gilbert, cambia de opinión cada dos por tres, y lo suyo no es

un pisito de 50 metros cuadrados, es un palacio de dimensiones que marean... En fin, al paso que vamos no crea que pueda volver a Nueva York hasta al menos dentro de un mes.

Melissa era decoradora de interiores y llevaba ya un mes en París encargándose de la decoración del palacio del magnate Maurice Gilbert.

—Uf. ¿Un mes más sin ti? No creo que lo soporte...

—No seas crío, claro que lo soportarás. Solo son unas cuantas semanas más, tú también tienes mucho trabajo y no puedes desplazarte a París.

—Es cierto, pero sacaré tiempo de dónde sea. Necesito recorrer tu cuerpo entero con mi lengua, necesito tu calor en las noches, necesito hacerlo hasta que nos quedemos exhaustos.

—¿Qué te has tomado? ¿Un euforizante? Déjate de bobadas que somos dos adultos serios y ahora te tengo que dejar que ya viene el señor Gilbert. Hablamos, Harry...

Capítulo 6

Melissa colgó el teléfono, pero Harry en un arranque extraño en él, volvió a llamarla:

—¿Qué bicho te ha picado, Harry? ¿No te acabo de decir que estoy con el señor Gilbert?

—Debe ser la hierba Luisa —dijo de repente al recordar el incidente de la mañana.

—¿Qué dices?

—Mi asistente se equivocó y en vez de té me puso hierba Luisa, tal vez sea la culpable de este ataque de amor y de deseo y de lujuria que me está entrando. Te necesito, Mel... Demasiado...

Melissa se quedó en silencio unos instantes y luego se escuchó que le decía al señor Gilbert:

—Maurice, discúlpame un momento, es Harry con un asunto urgente desde Nueva York.

Luego se escuchó cómo Melissa caminaba unos pasos, mientras Harry le preguntaba:

—¿Tú no me echas de menos? ¿No se te hace enorme la cama? ¿No extrañas mis besos, ni mis caricias?

—¡Estoy trabajando! El señor Gilbert es uno de los hombres más ricos de Francia, es mi mejor cliente y tú me estás haciendo quedar fatal.

—Yo también tengo mucho dinero, vuelve a casa y decórame lo que te dé la gana. No puedo soportar ni un instante más estar sin ti.

—Claro que puedes, somos dos adultos que sabemos cuáles son nuestras prioridades y el trabajo siempre manda.

—Pero no me respondes ¿me extrañas?

—Oh, Harry, no seas ridículo. ¿Qué clase de conversación es esta? Parece que

esté hablando con un adolescente...

Harry acabó sintiéndose abochornado porque en el fondo Melissa tenía razón. No sabía ni qué le estaba pasando. Él no era así de impulsivo, ni tan pasional, ni tan estúpidamente ridículo...

—Está bien, perdóname, supongo que es el estrés y tal...

—Ya hablamos en otro momento más tranquilos, Harry. Cuídate.

Melissa colgó y Harry sintió una tristeza que calificó como de lo más absurda, porque realmente no tenía razones para sentirse así.

Melissa en unas semanas volvería de París, además él estaba más que acostumbrado a sus ausencias debidas a su profesión.

Por lo que *¿a cuento de qué le había entrado ese ataque de amor, deseo y de lujuria?*

Él que siempre era tan autocontrolado, tan frío, tan contenido...

¿Sería por el influjo de la loca de la señorita Musset? ¿Su ridícula impulsividad, espontaneidad y locura serían contagiosas?, se preguntó.

Y no se respondió nada, porque le pareció tal estupidez que decidió volver a meterse de lleno en el muchísimo trabajo que tenía y al que se entregó con todas fuerzas hasta las once de la noche que se fue a casa y se quedó dormido abrazado a la almohada, tras meterse un whisky doble con la esperanza de que al día siguiente todo volviera a ser como antes.

Y de alguna manera lo fue, en otras cosas porque la señorita Musset no volvió a incordiarle con ninguna de sus cosas, ni al día siguiente ni la semana que se sucedió después. Es más, incluso le preparó unos tés deliciosos, llegó media hora antes de tiempo, se marchaba la última y trabajaba más duro que él, si cabe. Y con absoluta competencia y dedicación.

Lo que el señor Drake no sabía era que los Musset no estaban pasando por el mejor momento financiero posible, recientemente había llegado la factura de la operación de cadera del padre y las primeras letras del crédito de la universidad de su hermano Bill y necesitaba más que nunca su puesto de trabajo.

Les había entregado a sus padres todos los ahorros de sus dos años de duro

trabajo con el señor Jones, su último jefe, y lo poco que le había quedado había sido para pagar el carísimo cuchitril en el que se había instalado a vivir.

En fin, que hasta que recibiera su primer sueldo se alimentaba de las tarteras que había traído de casa de su madre, con guisos caseros.

Por eso se estaba empeñando tanto en su trabajo, no solo porque quería aprender el negocio desde la base, sino porque lo necesitaba con carácter de urgencia.

Y no pensaba cometer ningún error. O esa era su intención...

Porque dos semanas después de su llegada a la empresa, dos semanas en las que había trabajado tanto que las ojeras le llegaban a los pies, un viernes de finales de enero en el que nevaba copiosamente, salió como siempre a las once de la noche de la oficina y se encontró con Harry que solía terminar siempre a esa hora.

—Hace muchísimo frío, llama un taxi. Ni se te ocurra volver a casa caminando... —le comentó el señor Drake, cuando ambos esperaban a que llegara el ascensor.

—No se preocupe, está todo bien —replicó ella, sin más, porque le daba vergüenza decirle que no tenía dinero ni para coger el autobús.

—¿Vienen a buscarte? ¿Sales esta noche? —preguntó Harry y acto seguido se arrepintió porque quién era él para hacer esa clase de preguntas a una empleada.

—Estoy molida, anoche me acosté a las cinco investigando sobre la empresa de los hidrocarburos.

—Y a las seis y media estabas en la oficina. Ese informe no corría ninguna prisa, prefiero que duermas, el descanso es fundamental por salud y por rendimiento.

—Estoy bien, aprovecharé el fin de semana para dormir unas horitas...

—Ocho mínimo —masculló el señor Drake en un tono que sonó a mandato, más que consejo.

—Lo intentaré —susurró Caroline, con una sonrisa enorme.

Luego el ascensor llegó y los dos bajaron los veinte pisos sin decir nada, con

la vista puesta en la puerta de salida y con los brazos apenas rozándose.

Y el trayecto se les hizo tan largo a los dos, la sensación era tan incómoda, estar ahí juntos y solos, en ese espacio tan reducido que cuando las puertas se abrieron en la planta baja, los dos respiraron aliviados.

—Buenas noches, señor Drake. Que descanse. Yo me iré dando un paseíto — se despidió Caroline justo antes de salir.

Pero no pudo hacerlo, porque Harry tiró de su brazo y la obligó a permanecer adentro.

—¿Dónde vas con este frío? Vas a cogerte una pulmonía y yo te necesito en la empresa. Déjame que te lleve a casa...

—No hace falta, de verdad, vivo a cuarenta y pocos minutos andando... Me ayudará a despejarme.

—No digas bobadas. Tu tía no me perdonaría que te dejara ir a casa con este temporal.

El señor Drake dio al botón de bajada al sótano donde estaba el garaje y las puertas se cerraron.

—Es usted muy amable, pero no quiero entretenerlo llevándome a casa. Supongo que tendrá sus propios planes de viernes noche.

—Sí, meterme en la cama y quedarme dormido viendo una película antigua. Esos son mis grandes planes de viernes noche —dijo en cuanto el ascensor llegó al sótano y abrió la puerta para que Caroline saliera—. Así que no quiero ni una réplica más...

Caroline sonrió tímidamente y siguió al señor Drake hasta el Ferrari negro último modelo que estaba aparcado en la mejor plaza del garaje.

—Sube por favor.

El señor Drake le abrió caballerosamente la puerta y ella se sentó sin apenas creer que eso estuviera sucediendo.

Después no dijo nada, aunque tuviera ganas de decir miles de cosas, pero por nada del mundo quería pifiarla y poner en peligro su puesto de trabajo.

Así que se limitó a colocarse la cartera con los papeles del trabajo encima de

los muslos y a esperar a que el señor Drake se sentara en el asiento del conductor.

—Llevas la cartera con más documentos que yo.

—Quiero estudiarlos durante el fin de semana, son solo unos mil folios.

El señor Drake esbozó una pequeña sonrisa porque la entendía perfectamente...

Capítulo 7

Sin embargo, a Caroline esa sonrisa le desconcertó bastante, si bien el señor Drake al momento se explicó:

—Soy como tú, pero también hay que descansar. Llevas dos semanas de trabajo muy intenso y como sigas a ese ritmo, temo que enfermes.

—Soy fuerte y me abrigo bien. Esta semana he caminado sobre la nieve y aquí estoy...

El señor Drake se fijó en que llevaba un plumífero de por lo menos hacía cinco temporadas y unos zapatos de salón de tacón medio con medias negras finísimas.

—¿Con ese calzado y esas medias?

—No, en la cartera llevo unas zapatillas y unos calcetines gruesos, me apaño genial.

El señor Drake de repente se sintió un miserable con sus exigencias de rico malcriado, pues él todos los días iba al trabajo calentito, en su deportivo último modelo, mientras esa chica caminaba casi una hora bajo la nieve con un calzado inapropiado.

Pero ya lo enmendaría...

—¿Dónde vives? —preguntó.

—Al final de esta avenida, es todo recto, luego ya le indico...

El señor Drake condujo en esa dirección, sintiendo que debía decir algo:

—El otro día me llamó tu tía y le dije que tenía que estar orgullosa de ti.

Caroline le miró con los ojos como platos, porque no esperaba escuchar eso de boca del ogro, pero con todo sonrió:

—Se lo agradezco.

—Al contrario, el que tiene que agradeceréte soy yo. Bien es verdad que al principio la pifiaste con tus faltas de puntualidad y lo de la hierba Luisa, pero

luego reconozco que me has sorprendido. Y viniendo de mí, tómatelo como mucho más que un cumplido.

—No sé qué decir —balbuceó Caroline.

El señor Drake se paró entonces en un semáforo y mirándola muy serio, comentó:

—Admito que tu espontaneidad y tu maldita sinceridad me desquiciaron hasta límites insospechados, pero no quiero que no seas tú.

Caroline tragó saliva porque no tenía ni idea de qué estaba hablando y repuso:

—¿Cómo dice?

—Que una cosa es enmendar los errores y otra cambiar radicalmente de carácter. Ahora eres una señorita Musset mucho más comedida y discreta, has anulado totalmente tu espontaneidad.

—Ya —musitó Carol bajando la vista.

—Me gustaban mucho tus agallas, Caroline. Sigue siendo tú.

Era la primera vez que ese hombre la llamaba por su nombre y la joven sintió tal estremecimiento que casi se quedó sin aliento.

—Pero mi forma de ser le resulta totalmente irritante y yo no quiero perder este empleo, señor Drake.

El semáforo se abrió y Harry aseguró en tanto que retomaba la marcha:

—No lo vas a perder. Eres la mejor asistente de dirección que puede tener nadie. No pienso dejar que te vayas a la competencia. Solo te dejaría marchar para que montaras tu propia empresa, cosa que supongo que harás muy pronto.

—De momento, apenas tengo para pagar el alquiler —reconoció en un ataque de sinceridad de los suyos.

Y Drake sonrió porque de nuevo había vuelto la señorita Musset que decía siempre lo que pensaba.

—Tú lo has dicho, de momento. Tienes mucho talento para los negocios, tu consejo de que no apostara por Truster Emprises ha hecho que no pierda mucho dinero.

—Es solo sentido común, muchos inversores optan por compras compulsivas

de acciones populares sin analizar el valor real de la empresa. Yo siempre evaluo todo. Solo es eso.

—¿Y te parece poco? La mayoría de los inversores entran en una vorágine de compra y venta alocada.

—Ya, pero lo correcto es actuar con mesura, incluso con suma lentitud para evitar prácticas de riesgo.

El señor Drake volvió a sonreír, pero esta vez con una sonrisa amplia y preciosa que hizo que se le marcaran los hoyuelos de la cara, y dijo:

—Te quiero a mi lado, señorita Musset.

Caroline se quedó mirando a ese hombre y pensó que cuando sonreía no parecía el ogro al que todos temían. Al contrario, hasta parecía un tipo encantador con el que pasar la noche del viernes viendo películas antiguas al calor de la chimenea.

¿Pero qué tonterías estaba fantaseando?, pensó. El señor Drake era su jefe y nada más. Por eso se limitó a decir:

—Me esforzaré para que siga teniendo esa opinión de mí.

—No hace falta que vengas sin dormir al trabajo, es más te exijo que no lo hagas. Te quiero lúcida y te quiero sana. Por cierto, ¿comes lo suficiente? Te encuentro muy flaca...

—Me traje muchas tarteras de casa de mamá.

—El lunes te pasaré cheques de comida y si necesitas un adelanto para gastos, no dudes en pedírmelo.

—Se lo agradezco, es que nos han venido unos gastos extra en casa, de la operación de mi padre y la universidad de mi hermano, y me he quedado sin ahorros —confesó con cierto sonrojo.

—Eso dice mucho de ti, Caroline —comentó el señor Drake sintiendo a cada segundo más admiración por esa joven.

—Hago lo que haría cualquiera en mi misma situación.

—De todas formas, revisaremos tus honorarios. Eres muy buena y no quiero perderte.

Tras decir estas palabras el señor Drake se sorprendió a sí mismo, porque no era nada dado a ser amable con nadie, ni mucho menos a elogiar a sus empleados.

—No voy a defraudarle —aseguró Caroline, emocionada.

—Tranquila, antes lo haré yo. Sé que no soy un jefe cómodo.

—No, es más bien un grano en el culo... —soltó Caroline, que tras decirlo se mordió los labios de la vergüenza.

Sin embargo, para su asombro, el señor Drake soltó tal carcajada que Caroline se quedó de piedra.

—Esta Caroline es la que quiero ver. Aunque me des patadas en el hígado, las necesito y no sabes cuánto. Jajajajajaja.

—¿Ha bebido, señor Drake? —preguntó preocupada porque nevaba copiosamente.

—No, pero me siento de puta madre y disculpa la vulgaridad de mis palabras. No sabes cuánto se agradece encontrarse a alguien que te planta cara. A veces me canso de ser el estirado señor Drake...

—A mí me gusta —confesó y le miró horrorizada.

No obstante, nuevamente, el señor Drake se echó a reír a mandíbula batiente:

—Porque te conozco un poco y sé que solo sabes decir la jodida verdad, que si no pensaría que me estás mintiendo como una bellaca.

—Lo que quiero decir es que me gustan las personalidades fuertes, y admiro su capacidad de trabajo, su entrega, su disciplina, su concentración, su fortaleza, su liderazgo, en fin, todas esas cosas.

—Me temen, pero nadie me respeta como a mi padre —se sinceró el señor Drake, como nunca lo había hecho con nadie, ni siquiera con Melissa.

—No creo que sea exactamente así.

El señor Drake dio un respingo en su asiento y preguntó curioso:

—¿Entonces cómo es?

—Es cierto que tiene un carácter de mierda, pero todo el mundo aprecia y valora lo que hace. Por cierto, vivo ahí, en ese edificio gris...

El señor Drake paró justo delante del portal de la casa de Caroline y siguió abriéndose:

—Sí, pero mi padre tiene el cariño de la gente, le adoran. En cambio a mí, puede que reconozcan lo que hago pero me detestan.

Caroline le miró con los ojos chispeantes, sonrió de una forma encantadora y luego susurró:

—Yo no le detesto, señor Drake.

El señor Drake suspiró, arqueó una ceja y murmuró:

—Te creo, señorita Musset.

Y Carol, tal vez porque el señor Drake le había pedido que fuera ella, se dejó llevar y replicó:

—Buenas noches, señor Drake.

Y acto seguido, siguió dejándose llevar y la pifió como nunca en su vida, porque no tuvo mejor ocurrencia que acercarse a él y darle un beso en los labios, suave, fugaz, efímero...

Capítulo 8

Espantada por lo que acababa de hacer, le miró con cara de pánico y balbuceó:
—Ay Dios, mío. Perdóneme, lo siento muchísimo. Lo siento. No volverá a suceder. Ay, madre mía. Adiós, buenas noches.

Y Caroline salió a toda prisa del coche y corrió hasta su portal, donde después de varios intentos con la llave, logró entrar y subió a toda prisa por las escaleras hasta su casa.

Mientras, afuera el señor Drake seguía todavía con el corazón latiéndole muy fuerte, tan fuerte como no recordaba y con el dulce sabor de los labios de esa chica en los suyos, y sin saber por qué le había pedido perdón.

Entendía que tal vez se había pasado con lo del beso, pero solo había sido eso un beso más amistoso que otra cosa. No había nada pecaminoso ni bochornoso en esa pequeña manifestación de afecto.

No daba lugar a ningún equívoco, ella era una joven alegre y desenfadada que jamás iba a fijarse en un tío tan insoportable como él, que además era un hombre comprometido, que adoraba a su novia y que tenía muy claros sus sentimientos.

Así que se dispuso a llamarla para que estuviera tranquila y pudiera dormir bien esa noche.

Caroline por su parte nada más entrar en casa, se encerró en su habitación donde descubrió que su jefe la estaba llamando.

Lo primero que pensó fue que iba a comunicarle que el lunes le pondría el finiquito encima de la mesa y lo comprendía perfectamente. Un comportamiento como el suyo era totalmente censurable en cualquier parte.

Así, muerta de vergüenza, triste y sintiéndose como una tonta integral, descolgó el teléfono:

—Llama para decirme que me despide, y lo entiendo. No merezco otra cosa.

—¿Qué dices? ¿Cómo me voy a deshacer de una mis mejores empleadas por

un gesto insignificante de afecto?

El señor Drake pensó que había exagerado muchísimo, porque insignificante no había sido, al revés ese beso había supuesto para él como un despertar de un letargo. Pero obviamente no se lo dijo, no quería confundirla más.

—¿Me está hablando en serio? Mi conducta ha sido del todo inapropiada, no imagina la vergüenza que siento. Si no me echa usted, yo presentaré mi baja voluntaria. Pero no pienso volver al trabajo después de haber cometido tamaño error, señor Drake.

El señor Drake bufó desesperado y luego replicó ansioso por arreglar la situación:

—No hagas dramas, Caroline. Los dos somos adultos y sabemos bien lo que ha sucedido, no era un beso de deseo, ni de lujuria, sino de puro afecto. Nada más.

Caroline de repente respiró aliviada porque era cierto que esa era la intención con la que le había besado, aunque bueno reconocía que era un hombre atractivo y terriblemente *sexy*, pero no le había besado por eso. Por supuesto que no, su beso era la mejor forma que había encontrado para decirle que no le temía, que le respetaba y que le estaba cogiendo un gran cariño.

O eso creía...

—Así es y le agradezco su comprensión, señor Drake. De todas formas, le juro que no se va a volver a repetir.

—¡Que no ha pasado nada, Caroline! Por eso te llamo, para que estés tranquila y descanses durante el fin de semana. Solo me faltaba que no pegaras ojo por esta estupidez.

—Como me conoce, ya estaba que ni podía respirar de la vergüenza.

—No ha pasado nada, ¿amigos?

Al escuchar esa palabra a Caroline por poco no le dio un vuelco al corazón. No si al final el ogro iba a resultar ser un osito de peluche:

—Si usted lo dice... —musitó ya un poco más relajada.

Harry se sintió tan bien al notar que ya estaba menos tensa que le pidió:

—Lo somos, por lo que me gustaría pedirte que me tutearas. Tanto señor Drake me hace sentir muy viejo, y apenas tengo unos años más que tú.

—Le llamo de usted por respeto, no porque sea un viejo...

—¿Me vas a conceder el favor o no?

—¿Cómo no te lo voy a conceder después de lo comprensivo que has sido conmigo?

—Déjate de exageraciones y descansa bien. Buenas noches, Caroline.

—Buenas noches, Harry.

Y Harry colgó con una sonrisa que adjetivó como de lo más absurda, pero que ahí estaba reluciente en su rostro.

Sonrisa como la que Caroline lucía en el suyo y que no se le cayó hasta el día siguiente en que a eso de las diez de la mañana recibió dos paquetes de Amazon Prime, con una nota que decía:

Quiero que estés bien abrigada, pero hasta que lleguen días menos fríos cada mañana te mandaré a un chófer para que te lleve a la empresa. Que tengas un buen fin de semana. Harry.

Con el corazón a punto de salirse del pecho, Caroline abrió la caja más grande y sacó un plumífero precioso de la marca más cara del mercado. Se lo probó con una ansiedad terrible y comprobó que le estaba de maravilla. *¿Le habría consultado a su tía cuál era su talla?*, se preguntó.

Y cuando creía que no podía asombrarse más, abrió la otra caja y se encontró con unas botas maravillosas y calentitas de otra marca carísima, que eran justo de su número y que le quedaban como un guante.

—¿Qué estás preparándote para ir a pasar el fin de semana en Aspen? —comentó Telma divertida que en ese instante apareció en el salón donde estaba probándose la ropa.

—Son regalos de Harry... —musitó mordiéndose los labios.

—¿Harry nuestro Harry el terrible?

—No es tan terrible —reconoció sin poder dejar de mirar sus botas nuevas.

—Pues será contigo, cielo, porque con los demás no es que sea muy amigable.

Al revés, todos le tenemos más bien un miedo que te cagas.

—Es un buen tipo. Tengo la sensación de que se oculta detrás de esa máscara, para que no le hagan daño.

—Uy, uy, uy, tú hablas de él con una familiaridad un tanto sospechosa. ¿Te has liado con él, tía?

Caroline la miró horrorizada y replicó para que no le quedara ni la más mínima duda:

—Conozco las reglas, Telma. En el trabajo, se trabaja y punto. Jamás tendría nada con alguien del trabajo, y mucho menos con mi jefe, y mucho menos todavía con un jefe que está comprometido y enamorado.

—Enamorado no lo sabemos, hace un montón que no veo a su novia por el despacho.

—Estará ocupada. El caso es que anoche estuvimos hablando y pude percatarme de que es un hombre sensible que está sometido a la horrorosa presión de ser el hijo de un genio. Eso debe ser muy estresante, crecer con ese nivel de exigencia, amargaría a cualquiera.

—Puede ser... ¿Y te regala ropa para agradecer tu comprensión? Es todo muy raro, nena. Aquí hay gato encerrado. Tú le gustas...

Caroline soltó una carcajada nerviosa y, dando un manotazo al aire, exclamó:

—¡No te hagas películas que entre nosotros no hay nada! Cuando salía del trabajo coincidí con él y nevaba muchísimo, insistió en llevarme a casa y supongo que después de ver mi viejo plumífero ha tenido el detalle de comprarme uno nuevo. Es que también le conté mis problemas económicos de los últimos tiempos.

—*Mmmm*, todo un caballero, sí señor.

—Y ahora acaba de ponerme en la nota que hasta que venga el buen tiempo, vendrá un chófer a recogerme para llevarme al trabajo.

—¡La leche! Pues yo me apunto. Pero tía esto no es normal, tú dirás lo que quieras, pero a mí me da que este hombre siente por ti algo especial.

—Reconoció mi trabajo duro de estos días y luego cometí un error enorme,

pero no me lo tuvo en cuenta.

—¿Qué error? —preguntó Telma frunciendo el ceño.

—Le besé.

—¿Qué hiciste qué, señorita Musset? —replicó llevándose las manos a la cara.

Capítulo 9

Caroline se echó a reír y luego le explicó tranquilamente a su amiga:

—No eches a volar la imaginación porque no fue nada. Hubo un momento en la conversación en el coche, en el que se comparó con su padre y luego lamentó que todo el mundo le detestara. Yo le dije que yo no lo hacía y no preguntes por qué le besé en los labios, un pico, vamos, un leve roce de labios de lo más amistoso y cordial.

—Necesito un café para digerir bien esto, porque es muy fuerte. ¿Tú has desayunado?

—No, espérame que me tomo un café contigo, pero antes voy a llamar a Harry para darle las gracias por los regalos.

Caroline cogió el celular que tenía sobre la mesa del salón, buscó el número de su jefe en la agenda y llamó con cierto nerviosismo:

—Caroline, buenos días.

—Y tanto que buenos, acabo de abrir tus regalos y estoy feliz. Pero no hacía falta que te tomaras tantas molestias.

—Lo hago por puro egoísmo, no quiero que te pongas mala. Te necesito a mi lado. —Y por si esas palabras resultaban un tanto ambiguas añadió—: En el despacho, claro...

—Acepto el plumífero y las botas, pero lo del chófer me parece excesivo.

—Te digo que es egoísmo, no voy a permitir que te cojas ni un simple resfriado. Así que no se hable más.

Harry insistió en lo del egoísmo, pero la verdad era que esa chica le caía fenomenal. Y era raro porque él era un ermitaño que por lo general detestaba a todo el mundo. Sin embargo Caroline era diferente, y eso que era una mosca cojonera, pero disfrutaba mucho de su compañía, de su inteligencia, de sus ocurrencias y de su talento.

Y aunque se conocían desde hace poco, la sentía y la consideraba como una amiga y como amiga se merecía un buen abrigo y unas botas decentes. Qué menos que eso...

—Te lo agradezco de corazón, Harry. Eres muy gentil y muy generoso, y de verdad que te devolveré con creces lo que estás haciendo por mí.

—Es al revés, Caroline. Soy yo el que jamás estará a la altura —aseguró Harry, sorprendiéndose a sí mismo porque no era muy dado a abrirse de esa forma con nadie. Por eso, carraspeó un poco y decidió cerrar rápido la conversación antes de seguir sincerándose y acabar hablando más de la cuenta —: Descansa, que la semana que viene va a ser muy dura.

Y tras decir estas palabras, y de nuevo de una forma inesperada e ilógica, a Harry se le ocurrió que por qué no quedaban para dar un paseo por Central Park, aprovechando que había salido el sol.

Un paseo tranquilo y relajado, mientras charlaban sobre cualquier cosa. Si bien, al momento se arrepintió porque pensó que Carol ya tenía bastante con aguantarle durante las horas de trabajo, como para soportarle también durante sus días libres.

Lo que Harry no sabía es que a ella también se le pasó esa idea por la cabeza en ese mismo instante, y obviamente tampoco le dijo nada porque le pareció de todo punto improcedente.

En su lugar, dijo:

—Descansa tú también, Harry. Y muchas gracias otra vez por todo.

Luego colgó con cierta pena, algo ridículo pensó Caroline, pero le dio pena no volver a saber nada de Harry hasta el lunes, y se dirigió a la cocina, donde Telma retomó el asunto que la tenía en un sinvivir:

—¿Por qué le besaste en los labios? Los besos amistosos se dan en la mejilla o en la frente, nena. Eso es muy raro...

—No seas antigua, en la facultad la gente se daba besos en los labios entre amigos.

—¿Tú lo hacías? —preguntó Telma tras dar un sorbo a su humeante taza de

—Y así estrenas lo que te ha regalado tu idolatrado jefecito. Jojojojo.

Caroline cogió un paquete de galletas y apuntando a su amiga con ellas, le advirtió, muerta de risa:

—Calla si no quieres que te haga comer hasta la última galleta de este paquete.

—Vale, está bien, ya me callo, pero me pido ser dama de honor en vuestra boda.

—¿Qué boda? —preguntó con el ceño fruncido.

—La tuya con Mister MeDetestaTodoElMundo, ¿qué boda va a ser?

Caroline se echó a reír y empujó a su amiga hacia la habitación para que se cambiara de ropa y salieran cuanto antes a aprovechar la mañana.

Entretanto, Harry en su apartamento lujoso en el corazón de Manhattan sintió tal soledad después de colgar a Caroline, que atribuyó a los muchos días que llevaba su prometida fuera de casa y decidió llamarla:

—Harry ahora no puedo atenderte. Estoy trabajando —dijo ella en un tono de voz de lo más cortante.

—Es sábado por la tarde en París.

—¿Y qué? Tú sabes que la gente como nosotros jamás descansa —replicó poniéndose a la defensiva.

—Te echo de menos.

—¿Otra vez con eso? No te reconozco, Harry.

—Pues es lo que siento, hoy ha salido el sol y sería bonito dar un paseo por el parque.

—¡Deja de decir tonterías, por favor! Pues vete a dar el paseo y a mí déjame seguir con lo mío. ¿Tienes algo más que decirme? Pero algo serio.

—Que te quiero.

—¡Te estoy diciendo que me digas algo serio! —repuso muy ofuscada.

—El amor es un asunto muy serio.

Melissa resopló y, tras respirar hondo, le advirtió:

—No estoy para malgastar mi valioso tiempo en frivolidades, si esto es todo lo

que tienes que decirme, voy a colgar. Ya hablamos cuando disponga de algún momento libre.

—Pero últimamente cuando dispones de tiempo yo suelo estar durmiendo, hablamos tan poco Mel...

—Me estás agobiando muchísimo, Harry. Hago lo que puedo, estoy trabajando y no doy para más. Es lo que hay y ahora voy a colgar, que tengas un buen sábado. Adiós.

Y Melissa colgó dejando a Harry en un estado de soledad más profunda que la que había sentido antes de llamarla...

Capítulo 10

La siguiente semana fue tan dura como Harry había advertido, pero desde que iba y venía a la oficina con chófer y desde su jefe se empeñaba en que no trabajara hasta más tarde de las ocho de la tarde, Caroline lo llevaba muchísimo mejor.

Ya no lucía unas ojeras hasta los pies, le daba tiempo para tener un rato para ella y además el señor Drake le había dado un adelanto de su paga en la que había quintuplicado lo que habían acordado.

—Esto es demasiado —le comentó al viernes siguiente, Caroline, en el despacho del jefe, tras ver lo que le había ingresado.

—Soy un hombre justo, es lo que mereces —replicó el señor Drake sin dudar.

—Y demasiado generoso, de verdad que con lo que habíamos acordado está bien.

—No quiero correr riesgos, Caroline. Esta es la mejor forma de asegurarme de que no te irás con la competencia. Ellos también saben detectar el talento a kilómetros y en seguida se va a correr la voz de tus capacidades —comentó mientras consultaba la hora en la pantalla del ordenador.

—Tengo muchos defectos, pero si tengo una virtud es la de la lealtad. Le debo tanto a tu padre y por extensión a ti, que por muy astronómica y tentadora que fuera la oferta de la competencia jamás la aceptaría.

El señor Drake sonrió y de repente se le pasó una idea de lo más absurda por la cabeza:

—¿Te apetecería que cenáramos juntos en dos horas? Somos los últimos que nos hemos quedado trabajando y creo que nos merecemos un buen premio. Hay un restaurante nuevo en el Soho que me han dicho que está muy bien...

Caroline se sintió tremendamente halagada, pero de repente recordó las

normas básicas de relación entre una empleada y un jefe y una cena un viernes noche le hicieron saltar todas las alarmas.

—Te lo agradezco mucho, pero verás... Yo es que... —murmuró un poco nerviosa porque a pesar de conocer bien las normas, lo cierto era que le apetecía muchísimo cenar con Harry.

—Ya, tienes otros planes. Entiendo —dijo Harry arrepentido de la propuesta.

Y es que de repente se sintió como un idiota, era normal que esa joven tuviera sus planes de viernes noche. *¿Quién en su sano juicio iba a irse con su jefe cabrón a cenar un viernes?*, pensó.

—No, no tengo más planes que llegar a casa y ponerme alguna película, pero es que...

—No digas más, ya tienes bastante con aguantarme toda la semana como para también soportarme un viernes noche —comentó sin ningún tipo de reproche, al contrario más bien como una verdad constatable.

—Oh, no, Harry. No es eso, yo disfruto mucho de tu compañía...

Harry puso los ojos como platos y replicó divertido:

—Te creo porque sé que siempre tienes que decir la jodida verdad.

—Sí, es la verdad, me encantaría seguir charlando de temas laborales mientras pruebo platos exquisitos. ¡Sería la bomba! Soy una apasionada de lo que hago y estaría encantada de poder seguir comentando las oscilaciones brutales de los precios de Prime Tower Group, que yo estoy segura de que obedecen más al comportamiento de los inversores que a los resultados empresariales, pero es que tengo unas reglas.

—¿Qué reglas? —preguntó el señor Drake con curiosidad, revolviéndose en su silla.

—La regla de los compartimentos estanco, o sea trabajo es trabajo, ocio es ocio. Y lo que dice todo el mundo de que *donde tengas la olla no metas...*

—Jajajajajaja —soltó Harry a punto de caerse de la silla.

—Entiende que hoy es viernes noche y que puede dar lugar a confusión.

—¿Qué confusión? Los dos tenemos muy claro todo, Caroline.

—Oh sí, claro que sí. Tú eres un hombre comprometido y a mí no me gustan para nada los hombres altos, morenos, atractivos, de preciosos ojos azules, es que para nada de nada.

—Jajajajajaja. Eres un caso, señorita Musset.

—Te digo la verdad, a mí siempre me han gustado rubios, muy rubios, así como nórdicos.

El señor Drake la miró con una cara de lo más simpática, y mira que era raro en ese hombre tan serio y tan estricto, pero era tan simpática que a Caroline le entraron ganas de cogerlo y estamparle un buen beso en los labios, así porque sí.

Y así porque se estaba volviendo loca de remate... *¿Cómo podía estar entrándole ganas de besar a ese hombre? Aquello era un disparate total*, por eso agradeció que el señor Drake dijera:

—Olvídate de la cena, si además tengo trabajo por lo menos para tres horas más. Pero tú vete a casa ya y descansa... Que tengas buen fin de semana, Caroline. Y perdóname por mis propuestas absurdas de todo punto.

Caroline sonrió y se marchó sin que Harry no pudiera evitar poner la vista en las caderas que la chica contoneaba con tanta gracia, en las piernas largas y preciosas que se adivinaban debajo del traje, y en el trasero que hizo que se le viniera a la mente una imagen muy sucia.

Y al momento se sintió tan mal, tan cerdo y tan cretino, que borró a toda prisa esa imagen de su mente y se concentró en trabajar muy duro hasta casi las doce la noche...

Y se sintió muy bien, porque no volvió a fantasear con nada semejante ni esa noche, ni durante toda la semana siguiente, en la que trabajó codo a codo y a destajo con la señorita Musset.

Y eso que alguna vez se rozaron en los pasillos, o que sus manos se tocaron al pasarse algún informe, pero no le provocó absolutamente nada.

Y se alegró sobremanera, porque aunque no hubiera pasado nada entre ellos, no se sentía del todo bien consigo mismo. Melissa se merecía a su lado un hombre íntegro, leal y fiel hasta de pensamiento.

Y no un tío que de repente deseara arrancarle la ropa a su secretaria y empotrarla contra el armario de maderas nobles hasta que acabara gritando lo más grande.

Él no era de esa clase de hombres, claro que no...

O eso creía porque cuando llegó el viernes, a la señorita Musset le dio por aparecer con un pastel a última hora de la tarde y dos cucharitas. Dos inocentes cucharitas que hicieron que el mundo del señor Drake se tambaleara como la tierra firme antes de un terremoto.

—Disculpa que te moleste, Harry. Es que he almorzado con mi madre, me ha traído su famosísimo pastel casero de chocolate y nata, y he pensado que tienes que probarlo, sí o sí...

Caroline le pasó un trozo en un platillo y los dos comenzaron a disfrutar de aquel manjar:

—*Mmmmmmmmm*, ¿a qué está delicioso? —comentó Caroline, poniendo los ojos en blanco y chupando la cucharilla con la lengua.

Y no de cualquier manera, esa mujer chupaba la cucharilla de una manera tan *sexy* que el señor Drake deseó que hiciera lo mismo con la cosa que acababa de ponerse durísima entre sus piernas.

Y no solo eso, sino que después la señorita Musset se pasó la lengua por los labios tan despacio, tan suave y tan dulce, que Harry deseó que fuera la suya, su lengua dura, implacable y lasciva la que acariciara esos labios gruesos y rosados, tan mojados...

Y después de sus labios, le entraron ganas de enterrar su lengua en lo más profundo de esa boca jugosa y luego morder los pezones que intuía pequeños y muy duros, y después seguir bajando hasta la otra de sus humedades, y devorarla hasta que gimiera pidiendo más, y mucho más...

—Dios mío —farfulló Harry, cerrando fuerte los ojos como si así pudiese borrar esas ideas sucias de su mente—. ¡Esto no puede ser! No y no... y mil veces no... —gruñó luego furioso.

—¿Qué pasa, Harry? ¿Estás a dieta o qué? —preguntó la joven muy

preocupada.

—Eso es, estoy a dieta. A dieta de todo. Así que vete, llévate tu maldito pastel y tú vete a casa. ¡Vete! —exigió en un tono de voz durísimo, entregándole el platillo con el postre a medias.

Capítulo 11

Cuando Caroline llegó a casa, se encontró con que Telma estaba probándose distintos modelitos para acudir a una fiesta.

—Uy qué cara traes, Carol. ¿Qué ha pasado?

La señorita Musset cayó rendida en el sofá y tras soltar un bufido, confesó:

—Harry, no entiendo para nada a ese hombre.

Telma se echó a reír y se limitó a replicar:

—Bienvenida al club, nena. Es más ¿habrá alguien que le entienda? Creo que ni la novia a la que no vemos el pelo desde hace un montón.

—Pero es que todo fluía tan bien entre nosotros, hasta había logrado que de tanto en tanto se riera a carcajadas, pero esta tarde ha vuelto el señor Don Estirado Insoportable y me ha echado de malas maneras de su despacho.

—Uf. Qué quieres que te diga, es el señor Drake, todo el mundo le teme por eso. Tiene un carácter chungo, nena. Es lo que hay —apuntó Telma encogiéndose de hombros.

—Pero conmigo no era así, no últimamente, el otro viernes hasta me invitó a cenar al Soho.

Telma, que estaba probándose un vestido negro entallado, se quedó perpleja al escuchar aquello:

—¿Qué? Carol eso es muy fuerte, ese tío se está pillando por ti y tú no te estás enterando de nada.

—Que no, que me dijo que lo tenía todo muy claro, como yo, era una invitación sin más, pero yo me sinceré como siempre y él lo entendió. Y genial, es más esta semana hemos trabajado juntos muy bien, muchísimo, y muy compenetrados. Hemos llegado a tal nivel de conexión que hay momentos en los que nos entendemos con solo mirarnos...

—Chica, pues blanco y en botella —comentó Telma, dando un manotazo al

aire.

—No estoy hablando de conexión amorosa, hablo de la clásica conexión entre dos personas que se apasionan por el mismo proyecto. No te hagas la tonta porque seguro que te pasó en la Universidad con el típico compañero con el que tenías que hacer un trabajo.

—Sí, me pasó con John Walkerman, acabábamos todos los días follando en los servicios de lo conectados que estábamos.

Caroline se echó a reír y luego regañó a su amiga:

—No seas gamberra, tú sabes que no me refiero a eso.

—Oh, no, claro que no. Despierta, chica. Todo lo que me estás contando apunta a solo una cosa.

—Espera a escuchar lo que ha pasado esta tarde, he entrado con un trozo de pastel de chocolate de mi madre, que es divino, y cuando apenas llevábamos dos bocados, es que he llevado dos platillos, uno para él y otro para mí, me ha dicho que esto no podía ser, que estaba a dieta de todo y que me marchara a mi casa.

Telma que acababa de subirse a unos taconazos para ver cómo combinaban con el vestido, soltó una carcajada y dijo:

—¿Y todavía no sabes lo que ha pasado?

Caroline miró a su amiga sin entender absolutamente nada y replicó en su inocencia:

—Pues no, tía. ¿Lo sabes tú?

—Él te lo ha explicado bien clarito: está a dieta de todo. Tu postre y tú misma que eres una auténtica tentación para él.

—¿Yo? —repuso la chica frunciendo el ceño.

—Imagino que te habrás puesto a comerte la nata con esa boquita tuya de fresa y al señor Drake se le habrá disparado la imaginación.

—¿Qué?

—¡Nena, espabila! Te ha echado de su despacho para evitar la tentación de tumbarte en su mesa, untarte tus partes de pastel y acabar comiéndoselo todito todo.

—Puaj. Pero serás cochina —soltó Caroline muerta de asco.

—Lo que tú quieras pero ahora ya sabes por qué te ha echado de su despacho.

—Esa no puede ser la razón —comentó negando la cabeza—. El señor Drake es un hombre serio y comprometido que no siente por mí nada, absolutamente nada.

—Mírate al espejo, Carol. Eres un bellezón de mujer y tu jefe ha perdido los papeles por ti. Pasa todos los días, no sufras por eso, reina.

—¡Eres un lianta y una retorcida morbosa, Telma! Déjate de cuentos que me estás poniendo la cabeza como un bombo. No tenía que haberle llevado ese pastel y punto. Tal vez estaba con un asunto complejo y yo le descentré con la tontería. Qué sé yo... Solo quiero olvidar y disfrutar del fin de semana.

Telma miró ilusionada a su amiga y, con los ojos chispeantes, exclamó:

—¡Vaya, señorita Remilgos! ¡Por fin te escucho decir algo divertido! ¿No me digas que has decidido venirte conmigo a la fiesta? ¡Va estar genial y me han asegurado mis amigas que van chicos muy muy *sexis*!

—No, no tengo ganas de fiestas. Quiero descansar, para mí eso es disfrutar del fin de semana. Pijama cómodo, sofá, películas, poner lavadoras, planchar la ropa que voy a usar durante la semana, limpiar la casa... En fin, esas cosas...

—Caroline Musset eres la chica más aburrida que conozco. Yo creo que voy a ponerme este conjunto ¿te gusta?

Caroline asintió con la cabeza porque el vestido entallado y los taconazos le quedaban de maravilla:

—Estás espectacular. Seguro que eres la reina de la fiesta.

—Vente conmigo, que reinar en solitario me aburre.

—No, de verdad, no tengo ganas. Trabajo demasiado...

—Por eso, chica, diviértete un poco. Unas copitas, unas risas, bailecito y quién sabe si pillamos y acabamos follando como monas salvajes. Ay qué ganas tengo de que me peguen un buen polvo, madre mía —comentó Telma a la que le encantaba provocar a su amiga con sus comentarios procaces.

—No seas vulgar, por favor. Lo odio.

—Qué ganas tengo de saciar este deseo que arde dentro de mí. ¿Así mejor?

Caroline esbozó una sonrisa encantadora y confesó:

—Estás loca, Telma. ¿Lo sabes?

—Venga, anda. Vente conmigo. Porque si no voy a empezar a pensar que tú realmente te estás pillando por el señor Drake...

—¡Anda ya! ¡Que no! Déjame tranquila, por favor.

—Ok, yo me voy ya. Si cambias de opinión me das un toque...

Caroline asintió, sabiendo que ni borracha la llamaría, y le deseó que se lo pasara muy bien.

Lo que menos podía imaginar Caroline es que, en ese mismo instante, el señor Drake estaba a punto de dar un giro a su destino de lo más inesperado.

Y es que tras el incidente del pastel decidió que no podía arriesgarse a que pasara ninguna tontería que echara a perder todo lo construido con Melissa durante tanto tiempo y llamó a la señora Dimarche, una amiga de la familia, una mujer octogenaria muy rica, que estaba deseando mover su dinero y le propuso lo siguiente:

—Margot, te llamo porque mi padre me contó que querías invertir tu dinero en distintas empresas y conozco a la persona perfecta para hacerte ganar mucho y sin riesgos.

—Oh, Harry, querido, gracias por llamarme. Sí, el otro día almorcé con tu padre y le conté que necesito invertir en empresas que hagan cosas interesantes. Pero como no tengo demasiada experiencia necesitaría una especie de asesor para que trabajara conmigo.

—Asesora. Conozco a la persona perfecta para ti. Brillante expediente en una de las grandes escuelas de negocios, con olfato, trabajadora infatigable, muy inteligente... En fin, la he tenido trabajando conmigo hasta hoy mismo, y puedo asegurarte que es la mejor asesora que puede soñar nadie, pero creo que va a funcionar mejor contigo.

La señora Dimarche chasqueó la lengua y luego dijo:

—Harry tengo edad suficiente como para saber que nadie se desprende de su

Capítulo 12

El señor Drake llegó a su despacho el lunes a primera hora, como siempre, convencido de que iba a ser facilísimo comunicarle a Caroline la decisión, pero en cuanto a las siete de la mañana en punto, la tuvo enfrente con el té delicioso recién preparado, sintió una especie de punzada en el corazón que casi le impedía respirar:

—¡Buenos días, Harry!

Y encima ella llegaba de buen humor después de que le había echado de malas maneras del despacho el viernes con motivo del pastel.

Se sentía tan miserable que se mordió los labios y sin mirarla a los ojos azules preciosos, masculló:

—Tengo que hablar contigo.

—Si es por lo del viernes, no sé qué pasó, pero entiendo que tenemos días difíciles y que tal vez yo...

El señor Drake levantó la vista, la miró a los ojos y replicó:

—Tú nada, soy yo. He estado dándole vueltas al asunto y la conclusión es que somos incompatibles. No podemos trabajar juntos.

Caroline que se esperaba cualquier réplica menos esa, se puso muy triste de repente y, casi haciendo un puchero, dijo:

—Pero si hemos estado trabajando juntos de maravilla estos días...

—Sí y no. Yo he tenido que estar mordiéndome la lengua muchos días y eso me genera un estrés que va a acabar descontrolándome por completo.

Obviamente mintió, no iba a decirle que no podía permitir que le volviera a suceder lo del viernes con la cucharilla.

—Pero estamos fluyendo muy bien, nos entendemos con la mirada muchas veces, trabajamos perfectamente juntos.

El señor Drake tragó saliva, porque para más desgracia suya, esa extraña

combinación de palabras que la pobre Caroline había esgrimido con la mayor de las inocencias, en la mente de Harry estallaron como bombas sexuales.

Sí, sexuales, porque eso de fluir, de entenderse con las miradas y trabajar juntos, provocó que le viniera a la mente la imagen de ellos dos juntos haciendo el amor salvajemente al calor de la chimenea y se sintió más mal todavía.

¿Cómo podía estar fantaseando semejantes cosas con su asistente cuando estaba comprometido con una mujer maravillosa?

Mujer de la que por cierto no había tenido noticias desde el jueves, porque debía estar ocupadísima trabajando duro, como debía ser.

Y no como él, que se le estaba yendo la pinza de una forma que como no lo frenara de una vez iba a terminar fatal.

Por eso, tras carraspear un poco, le dijo:

—Te repito que no eres tú, que soy yo que soy un cretino, un miserable y un cerdo... —soltó del tirón, de pura desesperación.

—¿Qué? —replicó Caroline sin entender nada.

—Que no puedo seguir así y como no te merezco, te he encontrado un trabajo muchísimo mejor que éste, donde no tendrás que aguantarme.

—Pero Harry yo quiero estar aquí...

—Aquí no puedes seguir, no respondo de mí. Sé que suena patético pero así es.

—Llevo bien tus arranques de ogro, no pasa nada. Gruñes un poco y listo...

De ogro vicioso, pensó Harry, pero obviamente no se lo dijo...

—No, créeme. Lo mejor es que me aleje de ti, y con la señora Dimarche vas a estar fenomenal. Es una amiga de la familia, una mujer rica y poderosa que necesita mover su dinero. Sé que tú eres la persona perfecta y sé que estarás de maravilla trabajando con ella. Tiene un despacho no muy lejos de aquí, te seguiré enviando el chófer, tú tranquila. Y ella está dispuesta a pagar lo que sea, es una mujer muy generosa. Ya lo verás...

Caroline lo que vio fue que se le llenaron los ojos de lágrimas y que solo pudo musitar:

—Me estás echando...

Al señor Drake se le rompió el corazón al escuchar esas palabras, es más estaba tan conmovido que le entraron unas ganas tremendas de abrazar a esa joven y prometerle que todo iba a salir bien.

Y se sintió fatal igualmente, porque ahora no solo era un cerdo sino también un blando como no lo había sido en su vida.

—No te estoy echando —aseguró poniendo un tono de voz duro y aferrado a su silla para evitar caer en la tentación de levantarse y darle un abrazo—. Simplemente, te estoy haciendo un gran favor, te estoy apartando de mí y te estoy dando la oportunidad de ganar muchísimo dinero con la señora Dimarche.

—Ya, pero es que yo no estoy aquí por dinero, no me interesa trabajar como asesora de un inversionista privado. A mí lo que me apasiona es el mundo de la empresa, es aquí donde quiero estar y donde debo porque te recuerdo que tu padre pagó mis estudios. Tengo que devolver todo lo que se me dio y este solo puede ser el lugar.

—Olvídate de eso de una vez. Mi padre es un hombre altruista, invirtió en ti y en otros cuatrocientos más. Su fundación es muy generosa... Pasa página, Caroline.

—No puedo, me enseñaron a ser agradecida...

—Pues si quieres hacerme un gran favor, sal de la empresa y vete a trabajar con la señora Dimarche —aseguró Harry en un tono inflexible que no daba lugar a réplica.

Caroline, entonces, se sintió tan mal que cayó derrotada en la silla y rompió a llorar como una niña.

—No me puedes hacer esto, Harry. No... No es justo. Este es el sueño de mi vida... —sollozó rota de pena.

Harry se sintió tan mal, que todo su autocontrol se fue a freír espárragos y se levantó para consolar a esa chica.

—Por favor no me hagas esto, Caroline... —le pidió mientras ella seguía con el rostro entre las manos, llorando a lágrima viva.

—No me lo hagas tú a mí. ¡No quiero marcharme!

El señor Drake movido por un incomprensible para él sentido de protección, cogió la mano de la chica, tiró de ella para que se pusiera de pie y frente a frente, mirándole a los ojos llorosos susurró:

—Créeme, es lo mejor...

—¿Para quién? Será para ti, porque para mí...

—Para todos. Y aunque no lo creas te estoy protegiendo... —reconoció el jefe clavando su intensa mirada en la de esa chica que no entendía nada.

—¿De qué? —musitó ella.

El señor Drake miró la preciosa boca de esa joven, luego sus ojazos azules y sintió tal urgencia y tal necesidad de besarla, que la tomó por la cintura, la trajo hacia sí y la besó con auténtica desesperación.

Caroline al sentir los labios duros de ese hombre, lejos de apartarse sintió tal latigazo eléctrico por todo su cuerpo, que abrió los labios y sucedió lo inevitable.

El señor Drake invadió la boca jugosa de esa chica con verdadera avidez, como si aquel fuera el primero y el último beso que fueran a darse en la vida. Después, la apretó fuerte contra su cuerpo, le mordisqueó los labios, profundizó con su lengua hasta donde pudo llegar, saboreó la dulce boca y la besó con fuerza hasta quedarse sin aliento.

Luego se apartó de ella y, mirándola muy agobiado, replicó:

—De esto... ¿Es que no lo ves?

Caroline se quedó mirándole asustada, con el corazón a mil y conmovida por completo por el beso, un beso como jamás le habían dado en la vida.

—Harry yo no sabía que...

—Siento por ti una absurda atracción, y digo absurda porque soy un hombre comprometido que no debería sentir estas cosas. Y encima tú me detestas...

—No te detesto y este beso es...

Cuando Carol iba a confesar que era el beso más maravilloso que le habían dado jamás, el señor Drake la interrumpió:

—Una gran equivocación. Me siento fatal y antes de que pueda suceder un

verdadero desastre, prefiero que nos separemos. Y créeme que yo voy a echarle más de menos que tú a mí, y no solo por esta maldita atracción, lo digo porque eres la mejor, Caroline. Tú vas a tener éxito allá donde vayas, pero yo sin ti voy a perder mucho, muchísimo. Sin embargo, me debo a Mel, me debo a mis compromisos... Espero que lo entiendas...

El señor Drake miró a Carol con los ojos llenos de lágrimas y a ella le entraron ganas de besarle otra vez, pero no un beso para reconfortarle, sino un beso como el anterior, lleno de pasión, de deseo, de lujuria. Un beso que iba a dejarlos sin ropa y haciendo el amor encima de la mesa...

Horrorizada por tal pensamiento, sintió que Harry tenía razón y decidió que lo mejor era salir cuanto antes de allí:

—Lo entiendo, Harry. Por supuesto que lo entiendo...

Y Caroline se marchó del despacho con dos lagrimones enormes recorriendo su rostro.

Capítulo 13

Cuando esa misma mañana llegó a su cita con la señora Dimarche, Caroline estaba destrozada. Y se le notaba tanto que su nueva jefa se dio cuenta al instante:

—Tesoro, ¿qué pasa? Tienes los ojos más tristes y más bonitos que he visto últimamente.

La señora Dimarche, era una octogenaria elegante y encantadora, de pelo blanco, mirada gris y sonrisa franca, que a pesar de sus años y sus arrugas bien llevadas, era de una belleza serena formidable.

—Estoy bien —mintió Caroline forzando la sonrisa.

La señora Dimarche negó con la cabeza, la tomó de la mano y dijo moviendo la cabeza:

—No estás nada bien. Harry es buen chico pero es tan terco a veces...

—A veces —musitó Carol, encogiéndose de hombros.

—Esa empresa significaba mucho para ti, ¿no es cierto?

—Demasiado —confesó Carol mientras una lágrima se deslizaba por su rostro.

—Cuando Harry me propuso el otro día que te contratara sabía que estaba pasando algo. Pero no sabía que era tan grave... —comentó la señora Dimarche, tendiéndole un pañuelo blanco para que se enjugara las lágrimas.

—¿Grave por qué? —preguntó la joven a la vez que se secaba las lágrimas.

—Pues porque tú también estás enamorada de él.

Caroline dio un respingo en su silla y, muy nerviosa, replicó negando con la cabeza:

—¿Enamorada, yo? ¡Para nada, señora Dimarche! ¿Cómo se le ocurre?

—Pues porque solo tengo que mirarte a los ojos para darme cuenta. Y Harry otro tanto de lo mismo...

—¿Harry le ha confesado que está enamorado de mí?

—Es obvio que te ha apartado de su lado porque siente una atracción que no puede controlar. Está asustado, pero solo tienes que tener paciencia...

—¿Paciencia para qué?

La señora Dimarche dio un manotazo al aire y replicó divertida:

—¡Para que sea tuyo! ¿Para qué va a ser?

—Ni se me ha pasado por la cabeza, reconozco que es un hombre talentoso, brillante y atractivo pero...

—Está comprometido con una mujer aburridísima, la conozco y es insufrible. Sin embargo contigo, estoy convencida de que siente una atracción como no ha sentido jamás. Créeme que conozco a Harry desde que era un mocoso y nunca le había visto así de alterado.

Caroline, muy ansiosa, se mordió los labios y sin saber qué decir, bajó la vista al suelo:

—Esto es... —balbució.

—El amor, cielito, el amor —canturreó la señora Dimarche echando las manos a volar.

Por un momento Caroline pensó si la señora no estaría loca y si no sería más sensato llamar a Maddie una amiga de la universidad que acababa de abrir una empresa de fondos de inversión y que le había ofrecido trabajar con ella.

—El caso es que he perdido mi empleo y de verdad que agradezco al señor Drake que me haya ofrecido la oportunidad de trabajar con usted, pero...

—Estás pensando que no vas a perder ni un segundo de tu talento con esta vieja majadera... ¿Me equivoco?

Caroline se echó a reír al sentirse descubierta:

—Puede que esté pensando algo parecido, no le voy a engañar. Es que yo quería trabajar en el mundo de la empresa, no con inversionistas particulares. Y bueno, una amiga ha montado una empresa de fondos de inversiones y tal vez sea el camino que deba tomar.

La señora Dimarche se llevó el dedo índice a la barbilla y replicó:

—Puede ser, pero ¿y no sería mejor que montaras tu propia empresa?

—Esa es mi idea, pero de momento no tengo capital suficiente para iniciar el tipo de negocio que tengo previsto.

La señora Dimarche sonrió, se le iluminaron los ojos como si tuviera veinte años y dijo:

—Ahí es donde entro yo. Soy asquerosamente rica y los ricos siempre queremos ser más ricos. Hazme ganar dinero y seré muy generosa contigo, como solo puede serlo un hada madrina.

—Jajajajaja. ¿Hada madrina?

—Hada madrina chiflada si lo prefieres, pero te aseguro que juntas podemos hacer grandes cosas. Incluida la conquista de Harry...

Caroline se cruzó de brazos y muy seria negó con la cabeza:

—Olvídese de eso, señora Dimarche. Él es un hombre comprometido y yo no tengo nada claro lo que siento. Es ridículo lanzarse a la conquista de algo que no sé qué es lo que es, pero que desde luego no me conviene.

—Necesitas tiempo para aclararte, pero yo como experta en el amor te digo que lo tuyo es amor, tesoro. Y de los buenos...

—¿Está doctorada en sociología del amor o algo parecido?

—Jajajajajajajaja. No, solamente he leído miles de novelas románticas. ¿Ves todas esas paredes llenas de libros?

La señora Dimarche señaló a las paredes de su inmenso salón cubiertas con formidables estanterías de madera maciza repletas de libros.

—¿Todos esos libros son romances?

—Más los que hay en mi biblioteca que es el triple de grande que este salón.

—Pero este salón es infinito —comentó Carol, fascinada con las alfombras persas, los muebles isabelinos, los cuadros del XIX, los candelabros de plata...

—Espera a ver la biblioteca, allí vas a trabajar de maravilla. ¿Tú sabes lo que es estar rodeada de tanta pasión y romance?

—Yo no soy de mezclar placer y trabajo.

—Bah, tú eres una mujer apasionada, querida. A mí no me engañas, puede que

a ti misma sí, pero a mí no. Te has quedado prendada por Harry, cosa que entiendo porque es un joven guapísimo y brillante y con mucho dinero...

—Yo no valoro eso.

—¿Acaso te gustan feos, tontos y pobres? —preguntó divertida.

—Me enamoro del corazón, el dinero y todo lo demás no me interesa.

—Sí, pero si aparece un joven guapo y con el riñón bien cubierto tampoco le vas a hacer ascos. ¡Tonta serías!

—Si está hablando de Harry, le repito que no pienso perder ni un instante con alguien que está comprometido.

La señora Dimarche suspiró y contó emocionada:

—Cuando conocí al difunto señor Dimarche también estaba comprometido con la estirada de Melinda Sinclair. Nos conocimos en un acto benéfico y lo nuestro fue pura atracción, en todos los aspectos. Mental, físico, espiritual... Al principio actuamos como vosotros, nos separamos... Fíjate si nos separamos que yo me fui a la India con una tía aburridísima, menos mal que Vincent vino a rescatarme tres semanas después.

—¿Tres semanas?

—Tres semanas que se nos hicieron larguísimas, pero el tiempo suficiente para darnos cuenta de que no queríamos ni podíamos estar separados. Por eso te digo que tiempo al tiempo...

—En mi caso no va a pasar nada de eso. El señor Drake me ha dejado bien claro que me quiere lejos de su vida y yo estoy de acuerdo.

—Espera a que pasen los días y me cuentas, cielo. ¿Y qué te parece si mientras tanto te pones a trabajar y haces que mi dinerito trabaje duro para nosotras? Porque te vas a quedar conmigo sí o sí, hasta que ganes lo suficiente para montar tu empresa. Y te digo que va a ser pronto. Ya lo verás. Confío mucho en ti, princesa.

Caroline sonrió porque a esa mujer no se le podía decir que no y bien pensando no era mal plan hacerse con un capital para empezar a montar su propio negocio.

—Le agradezco la confianza, señora Dimarche, y acepto el reto. ¡Vamos a hacer mucho dinero juntas! Así que lléveme hasta esa biblioteca con tanta pasión y tanto fuego...

Capítulo 14

Un mes después, Caroline le había hecho ganar tanto dinero a la señora Dimarche que ella decidió aparte de regalarle un bolso Birkin de Hermès y cinco conjuntos de Chanel para que acudiera de punta en blanco a las reuniones con las distintas empresas donde estaban invirtiendo, un cheque con tantos ceros que la chica hasta se mareó.

—Margot me parece que te has equivocado al extender el cheque. Esta cifra es de todo punto desorbitada —dijo sentándose en la silla del despacho que tenía en la biblioteca romántica de la señora Dimarche.

—No, no me he equivocado. Te dije que soy tu hada madrina y tan solo te lo estoy demostrando.

—Pero esto no es un cuento de hadas. Soy solo tu empleada...

—Claro que lo es, preciosa. Y tú necesitas además el dinero para tu casa, tu familia lo necesita y tú necesitas también esos trajes y el bolso para demostrar que vales canela en rama. Las apariencias son importantes, quiero que cuando te reúnas con esa gente importante sepan que llega la inteligente y poderosa asistente de Margot Dimarche...

—Nunca he tenido un bolso bueno, por no hablar de la ropa...

—Pues ya es hora, disfrútalos porque te lo mereces. Trabajas muy duro y tienes que tener una gran recompensa.

Caroline se echó a llorar como una tonta, era ridículo pero estaba emocionada con tanto cariño, confianza y generosidad.

—Nadie se ha portado así conmigo... Nunca... —balbuceó emocionada.

La señora Dimarche le tendió un pañuelo y le dijo con una sonrisa enorme:

—Porque el hada madrina siempre tarda un poquito en aparecer, pero aquí estoy, querida niña. Y voy a estar siempre a tu lado protegiéndote...

—No sé qué he hecho para merecerte, pero te lo agradezco tanto...

La señora Dimarche negó con la cabeza y replicó:

—Yo soy la que estoy en deuda contigo. No imaginas lo aburrida que estaba hasta que tú llegaste. Vincent y yo no pudimos tener hijos, ya no me queda familia y bueno... Sé que puede parecerte una exageración de una loquita excéntrica como yo, pero te estoy cogiendo tanto cariño como si fueras de mi familia, jovencita.

Caroline agarró con cariño la mano de la señora Dimarche y replicó con los ojos llenos de lágrimas:

—El cariño es mutuo, querida Margot.

—Y si te digo la verdad, cuando le pedí a los Drake que me buscaran alguien para que moviera mi dinero, en realidad estaba buscando alguien que me hiciera compañía. Esta casa es muy grande y las paredes se me caían encima... Necesitaba llenar estos espacios con alegría y juventud, y tú me has traído todo eso. Ilusión, sueños, esperanza... ahora solo falta que arreglemos el asuntito del príncipe y tendremos el final feliz completo.

Caroline de repente se puso seria y resopló nerviosa:

—No hay príncipes en este cuento.

—¿Todavía no has tenido noticias de Harry?

Caroline negó con la cabeza y, con los ojos de pronto muy tristes, confesó:

—No. Solo de Jane de Recursos Humanos, pero llama a título personal. Ya te dije que mi historia no tenía nada que ver con la tuya.

—Lo que pasa es que Harry tiene menos agallas que mi Vincent, ha vivido entre algodones. Entiéndelo... Pero ya vendrá ya...

—No, si lo tengo más que asumido.

—¿El qué?

—Lo que te acabo de decir que no hay nada entre nosotros. Le echo de menos porque a su lado aprendí muchísimo y porque...

—Porque es terriblemente guapo, dilo, mujer. No tengas miedo. Soy tu amiga.

—Es extraño lo que me está pasando con él, pensaba que con el paso de los días lo olvidaría poco a poco; sin embargo, es al revés, cada día me acuerdo más

de él, aunque sea del todo absurdo.

La señora Dimarche sonrió cariñosa y, con los ojos chispeantes, dijo:

—Así es el amor, cielo. Pero premia siempre a los pacientes...

Y mientras Margot y Caroline hablaban sobre el amor en la biblioteca repleta de libros románticos, el señor Drake gruñía inmerso en el puro caos en el que se había quedado su despacho después de que se fuera la señorita Musset.

—Ya que se niega a que regrese Caroline, al menos permítame que le traiga un asistente nuevo —propuso Jane, cuando fue al despacho de Harry a llevarle un informe.

—¡No necesito a nadie! —bufó muy alterado.

—No puede seguir sin asistente ni un día más, está desbordado de trabajo y permítame que le diga que ya ni sabe dónde tiene la cabeza.

El señor Drake la miró con los ojos inyectados en sangre de pura rabia y luego dijo:

—Esa es la idea, Jane. Y ahora ¿me permites que me quede de nuevo a solas con mi puñetero caos? ¡Gracias!

—Como siga así, va a enfermar. Le va a dar un colapso o algo peor... Hágame caso, señor Drake.

—Aquí el que manda soy yo, así que déjame solo por favor. No me hagas que te lo pida dos veces, porque la segunda podría ser terriblemente desagradable.

Jane se marchó convencida de que, por mucho que bramara y lo quisiera o no, en cuanto pasaran un par de días más, iba a mandarle a alguien para suplir a Caroline porque ese hombre estaba completamente desbordado.

Y aunque sabía que como Caroline no iba a encontrar a nadie, al menos alguien que le llevara la agenda de momento y después ya se vería...

Se vería si sucedía el milagro de que Caroline volviera, aunque de momento estaba difícil. La había llamado un par de veces para suplicarle que regresara, que se plantara en la empresa y que exigiera al ogro que cambiara de opinión. Pero ella se había negado en rotundo...

Y lo que ninguna sabía era que cada día que pasaba el señor Drake se sentía

peor. Echaba tanto de menos a Carol que ya hasta le dolía, le dolía hasta al respirar, le dolía cuando veía su silla vacía, cuando recordaba su sonrisa, sus andares, sus ojazos y ese beso que lo había revolucionado todo.

Contra todo pronóstico, tenerla lejos solo había servido para necesitarla más, para desearla más, para convencerse de que necesitaba a esa mujer en su vida más de lo que había necesitado a nadie.

Necesitaba su talento, su descaro, su risa, su vitalidad, su fuerza y su fuego... Eso fuego con el que le había besado y esa pasión que le ponía a todo...

Y se sentía fatal, porque esa pasión estaba latiendo dentro de él con tanta fuerza que era incapaz ya de sofocarla.

Sin embargo, se debía a Melissa, se debía a sus promesas hechas, a lo que se esperaba de él.

Él siempre había hecho lo correcto, lo que se esperaba, era un hombre de palabra, comprometido y serio.

¿Cómo iba a dejar plantada a Melissa? No podía hacerlo...

Llevaría siempre con él el recuerdo dulce de Caroline y seguiría su vida adelante tal y como la había proyectado con Melissa.

Se podía hacer, una vez más antepondría el deber al deseo, y todo seguiría en orden.

En orden pero por dentro se sentía cada vez peor, más irritado, más nervioso, insomne y profundamente solo y triste.

Porque para más dolor Melissa apenas respondía a sus llamadas y cuando lo hacía era de forma escueta y muy seca, como si nunca tuviera ni un minuto para dedicarle, como si siempre hubiera algo más importante que él.

Y tampoco se lo reprochaba porque él era un adicto al trabajo como ella y porque la buena de Melissa vivía ajena al infierno que estaba viviendo y mejor que no lo supiera.

Porque al fin y al cabo tampoco había pasado nada, solo una ilusión, un beso, un sueño que podía haber sido y que no iba a ser.

Era duro, era muy duro, porque Caroline le dolía en todas partes, pero con el

tiempo lo superaría.

Y sobre todo con Melissa que estaba convencido de que le sacaría de ese estado horrible en el que se encontraba en cuanto aterrizara en Nueva York.

Y para eso ya tenía que faltar muy poco...

O eso pensaba...

Capítulo 15

Y es que una semana después, el señor Drake a eso de las ocho y media de la tarde, recibió una llamada desde París que lo cambió todo por completo:

—Harry tengo que hablar contigo.

Harry sonrió al comprobar que era su prometida y a una hora totalmente inesperada porque en París eran las dos y media de la madrugada y a esas horas se suponía que ella dormía.

—¡Qué alegría escucharte! ¿Pero qué haces despierta a estas horas? Aparte de pensar en mí, claro...

—Precisamente te llamo por eso. Hay algo que debo decirte que me impide conciliar el sueño y que necesito soltarlo porque no puedo ni un segundo más con esta losa.

Harry se revolvió en su asiento y, sin entender nada, preguntó:

—¿De qué losa hablas?

—Mira Harry lo nuestro no está bien. Ya no funciona como antes.

—¿Qué? —preguntó Harry creyendo no haber escuchado bien.

—Lo que oyes, esto se ha enfriado muchísimo, aunque seamos sinceros tampoco es que nunca ardiera en llamas.

Harry por un momento pensó que había llegados a oídos de Melissa su pequeño escarceo, si es que se podía llamar así, con Caroline y se sintió un mezquino.

—Verás, no sé qué te habrán contado...

—No, no se trata de eso Harry. No es que me haya juntado con malas compañías y me hayan convencido de que lo nuestro no vale nada. Es que es lo que siento y yo no vibro por ti. Ni en la cama ni fuera de la cama. Y he tenido que venir a París para darme cuenta de que lo nuestro está muerto.

Harry al percatarse de que los tiros iban por otra parte se puso en guardia,

esperando ya lo peor:

—¿Cómo de muerto?

—Tan muerto como para romper nuestro compromiso. No tiene sentido seguir con esto cuando no estoy sintiendo por ti lo que hay que sentir para casarse con alguien. Y no solo me refiero a la amistad, el cariño y todo eso que tenemos, me refiero a que te arda la sangre cada vez que tu pareja te mira, a que te sientas vivo de verdad, a que te apetezca hacer locuras de vez en cuando.

Harry sabía muy bien a lo que se refería porque eso era justo lo que le pasaba cuando estaba junto a Caroline, pero se calló y en su lugar dijo:

—Pero nuestro compromiso es más fuerte que todos esos fuegos artificiales.

—¿Qué sentido tiene seguir juntos cuando entre nosotros no hay nada que salvar? —replicó Melissa para asombro de Harry.

—¿Cómo que no hay nada que salvar? ¿Te parece poco todos estos años juntos y el deseo que tenemos de formar una familia?

—Lo pasado pasado está y yo no tengo ningún interés en formar una familia contigo.

Harry se restregó los ojos con el dorso de la mano para asegurarse de que todo aquello no era una pesadilla, pero no lo era. Estaba sucediendo: de repente todo su mundo se estaba yendo a la mierda.

—¿Qué te está pasando, Mel? Tú te marchaste a París con las cosas clarísimas, es que te escucho y ni te reconozco. Creo que te está afectando tanto trabajo, termina cuanto antes y ven de una vez a casa. Ya verás cómo vuelves a poner en orden tu mente...

—¡No tengo que reflexionar nada! No pienso volver a Nueva York, Harry —replicó con un tono de voz muy cortante.

—¿Y la casa? ¿Nos la entregan ya mismo?

—Te la entregan, yo no la necesito en absoluto.

Harry se echó la mano a la cara de la desesperación porque esa casa se había comprado al gusto de Mel, había sido su capricho, un capricho por cierto carísimo...

—¿Cómo que no me la compras? Soy tu prometido ¿recuerdas?

—Te repito que lo nuestro estaba agonizando, éramos dos amigos más que nada. ¡Si hacíamos el amor poquísimos y cuando lo hacíamos era un aburrimiento!

—Porque a ti no te gustaba demasiado el sexo. Y cuando intentaba probar otras cosas tú siempre te negabas a todo. ¡Siempre te respeté, maldita sea!

—Maurice es un hombre tan especial que ha sabido descubrirme el mundo del placer de una forma tan refinada y morbosa, que no paro de lamentar el tiempo que he perdido contigo. Siempre fuiste un amante tan primitivo y vulgar, te dejabas llevar por el puro instinto y era demasiado animal para mí...

Harry bufó de puro enojo, porque jamás pensó que tendría esa conversación con Mel y replicó:

—Contigo jamás saqué mi lado más sexual y salvaje, siempre intenté ser dulce, suave, tierno... ¡De verdad que no entiendo nada!

—Pues es muy fácil, teníamos siempre un sexo predecible: de repente te sorprendían las ganas y me pedías hacerlo de la misma manera de siempre.

—Cuando lo hacíamos, porque te recuerdo que tú casi nunca tenías ganas y cuando te entraban me obligabas siempre a hacerlo de una sola forma, porque las otras te daban asco o eran demasiado molestas.

—Con Maurice hago de todo, ha sido lo suficientemente paciente como para enseñarme a gozar del sexo sin tapujos.

A Harry le entraron unas ganas tremendas de estallar el móvil contra el suelo para no tener que escuchar más. Pero en su lugar respiró hondo y gritó:

—¡Calla ya! Al menos ten la elegancia de no seguir hablando de ese tema. ¿Quieres cambiar lo hermoso que teníamos por un jodido profesor de placer? Perfecto...

—No es que sea un maestro del placer, es que nuestra conexión ha sido tan profunda que me he abierto a él con todo mi ser. No solo es mi cuerpo el que se abre como una flor, también es mi mente, mi corazón, todo yo. Nunca he amado ni he sentido tanto como con Maurice, por eso nos vamos a casar en junio.

Uffffff. Ya está, ya lo he dicho, ya me siento mucho mejor, porque no sabes las ganas que tenía de...

Harry no tuvo ya paciencia para aguantar ni una palabra más, lanzó el móvil contra la pared y, furioso como no recordaba, abrió el bar donde guardaba un par de botellas de un whisky reserva...

Capítulo 16

A las ocho y media de la mañana del día siguiente, Jane después de estar durante más de media intentando que Harry le cogiera el teléfono por un asunto urgente, ni en el despacho ni en el celular, se pasó por recepción para saber si Telma podía proporcionarle alguna información.

—¿El señor Drake ha venido?

—Yo no le he visto entrar, pero hay luz en su despacho, se filtra por debajo de la puerta.

—Qué raro, no me coge el teléfono. ¿Sabes si le funciona bien?

—Supongo que sí, pero no ha hecho ninguna llamada por el teléfono desde que he llegado. Su luz lleva apagada desde entonces...

—¿Y no le has visto salir en el tiempo que llevas aquí?

—No —negó Telma que empezó a preocuparse un poco también.

—¿Estará reunido?

—Tampoco lo sé, y lo cierto es que estos muros son tan gruesos que no puedo escuchar nada desde aquí.

—Si fuera una persona normal, tocaría a la puerta... Pero con él...

—Uf, lleva fatal que le molesten cuando está reunido. Mejor llamemos antes a seguridad, ellos nos confirmarán si han venido visitas.

Telma descolgó el teléfono y contactó con seguridad:

—Albert, por favor, ¿sabes si han subido visitas para reunirse con el señor Drake?

—No solo no han subido visitas sino que el señor Drake no ha venido aún.

—¿No ha venido aún? —preguntó nerviosa—. No puede ser. Si tiene la luz del despacho encendida...

—Dile que mire en los partes a qué hora abandonó anoche el edificio —le ordenó Jane a la que todo aquello ya le olía fatal.

—No me río para nada de usted, señor Drake —se excusó Telma, avergonzada.

—No entiendo por qué no. Ríete a mandíbula batiente de mí, porque dudo que haya en todo Manhattan un tío más estúpido y cretino que yo. ¡Aquí como un idiota esperando a que mi prometida volviera de París y resulta que se estaba tirando a su jefe!

—Lo siento mucho, señor Drake. Pero si le sirve de consuelo: eso es el pan nuestro de cada día.

—¿Ah sí? —replicó enarcando una ceja y Jane también miró a Telma como diciendo: ¿pero qué dices?

—Desgraciadamente sí, a mí mi novio de toda la vida me engañó con mi mejor amiga durante tres años y yo no ni me enteré. Se casaron hace seis meses y ella espera mellizos...

El señor Drake cogió el café que Telma le había llevado y se lo bebió del tirón tras decir:

—Joder, Telma, menuda historia...

—Una de tantas, pero ahora me dedico a divertirme. ¿Y sabe qué? Gracias a esos dos traidores me lo estoy pasando genial —confesó la chica.

—Yo no tengo ganas de nada. Pero me alegra saber que lo has superado... —comentó el señor Drake.

Luego se incorporó, se peinó el pelo con las manos y se abrochó la camisa, sintiéndose cada vez más estúpido por haber terminado la noche de esa manera.

—Siento que me hayáis visto así, pero...

—Váyase a casa, dese una ducha y yo mientras voy a llamar a Caroline para que se encargue de este desaguisado.

—¿Caroline? —replicó Harry, dando un respingo—. Caroline a estas alturas tiene que odiarme y con toda la razón del mundo.

—No le odia, se lo digo yo que vivo con ella. Además gracias a usted está ganando muchísimo dinero con la señora Dimarche. Al paso que va, en seis meses va a poder montar su propia empresa.

—¿Tú crees que ya no le gustaría volver a la empresa? —preguntó Jane a Telma.

—Por supuesto que no. ¿Cómo va a querer volver después de cómo la he tratado? —inquirió el señor Drake, sin quitarse los hielos de la cabeza.

—Desde luego que ha sido imbécil dejando escapar a esa joya de chica, perdone que se lo diga —respondió Jane—, pero voy a hacer todo lo posible para traérmela de vuelta. Lo quiera o no, esta empresa la necesita...

—Claro que quiero que vuelva, pero eso no va a suceder... —insistió el señor Drake, convencido de que era imposible que volviera.

Capítulo 17

Cuando Jane llamó a Caroline estaba trabajando en la biblioteca de la señora Dimarche como cada día:

—Caroline tienes que volver a la empresa, ha sucedido algo...

Caroline se asustó mucho al escuchar esas palabras y se temió lo peor:

—¿Le ha ocurrido algo al señor Drake?

—Anoche su prometida le llamó para comunicarle que iba a casarse con otro.

—Dios mío —replicó Caroline llevándose la mano al vientre de la impresión.

—El señor Drake está fatal desde que te fuiste, su agenda es un caos, su despacho es un caos, su vida en general. Pero esta mañana nos lo hemos encontrado tirado en el sofá, porque se pasó la noche bebiendo en el despacho.

Caroline sintió tal preocupación que tenía los ojos llenos de lágrimas y un nudo terrible en el estómago:

—Tiene que estar sufriendo muchísimo por lo de Melissa.

—Y antes de Melissa, sufrió mucho por ti.

—¿Por qué es todo tan complicado, Jane? —musitó Caroline, retirándose un par de lágrimas que recorrían su rostro.

—No es nada complicado, tan solo debes volver a la empresa. Tienes la puerta abierta, ven hoy mismo y pon en orden el despacho. Harry te necesita más que nunca...

—¿Te ha pedido él que me llames?

—Él está convencido de que no vas a querer regresar después de todo lo que ha pasado. Pero yo sé que tú eres una mujer noble, de buen corazón, que en tu interior no hay rencor...

—No se trata de rencor, Jane. Se trata de que si regreso corro demasiados riesgos...

—¿Qué riesgos, Caroline?

Caroline pensó que el peor de todos: enamorarse hasta las trancas del señor Drake.

Y más desde que llevaba en los últimos días teniendo unos sueños de los más húmedos con él. Sueños en los que hacía cosas que jamás había hecho en la cama con ninguno de sus novios. Sueños tan ardientes que cada mañana se levantaba sonrojada solo de recordarlos.

—El señor Drake y yo tenemos caracteres que a veces chocan... —mintió porque no iba a confesarle a la directora de Recursos Humanos lo de los sueños eróticos.

—Créeme que ahora será diferente, el señor Drake ha comprobado en carne propia lo que ha supuesto estar sin ti, y estoy segura de que se va a esforzar al máximo para no dejarte marchar. Él no es de los que comete el mismo error dos veces...

Caroline lanzó un suspiro profundo y luego dijo:

—Déjame pensarlo, Jane. Ya te diré algo.

—No tienes ni que decírmelo. Solo vente a la empresa y ojalá que cuanto antes...

Caroline se quedó muy tocada después de esa llamada, sentía muchísimo que Harry estuviera pasando por tanto dolor, pero no tomó conciencia de la verdadera dimensión de lo que había sucedido hasta que la llamó Telma:

—Tía, te llamo desde el cuarto de baño, me he encerrado para contarte algo muy gordo que ha sucedido en la ofi...

—Lo sé todo, Telma. Me ha llamado Jane para que vuelva, el señor Drake está fatal... Lo de su prometida ha sido un palo tremendo.

—Carol es que vaya cacho bruja, mira que decirle que su amante le ha abierto como una flor en todos los aspectos. Chica, que puede ser verdad, pero hay que tener más estilo, esas verdades tan duras nunca hay que decirlas...

Caroline sintió tal bochorno al escuchar aquello que se sintió fatal por Harry:

—¿Os ha contado eso? ¿O son suposiciones tuyas?

—Tal cual, la tía le dijo que su nuevo amor le había abierto en todos los

aspectos... Así que imagina, y esto sí que es deducción mía: eso es que con el señor Drake ni follaban y que con este se monta un Kamasutra cada noche...

Caroline que bastante tenía con el Kamasutra de sus sueños húmedos de cada noche le pidió a su amiga que no siguiera por ahí:

—Lo entiendo. Es todo tan humillante para él. Cuánto lamento que esté pasando por esto...

—Estaba hecho polvo, se pasó la noche bebiendo whisky y tuvieron los de seguridad que forzar la puerta.

—Con lo estricto, severo y exigente que es. ¡Tiene que estar sintiéndose fatal! ¡Él que siempre hace lo correcto!

—Como no respondía a las llamadas ni nada, Jane decidió que forzaran la puerta y fue terrible verle así, la verdad. Me dio mucha pena, Carol, porque como yo también he sido cornuda, sé lo que duele una traición de ese tipo y encima que te humillen así. Eso de que apelen a tu hombría, a tus destrezas sexuales, mentales y emocionales es muy duro, nena. Es que la tía le dijo que el amante, con el que por cierto se va a casar, le había abierto en todos los aspectos...

—Ya, Telma. Pobrecillo...

—Le afectó muchísimo que te marcharas pero esto ya le ha dado la puntilla. Renunció a ti por ella y ahora resulta que ella se lo estaba pasando teta con otro. ¡Es que es para tirarse de los pelos! Demasiado poco ha bebido... Porque al final no tiene nada, ni a la prometida ni a ti... Bueno, está convencido de que le odias, pero yo le dije que no. Entonces, confesó que le encantaría que volvieras, pero cree que después de cómo se portó contigo es imposible.

—Jane me ha llamado hace un rato y me ha pedido una vez más que vuelva...

—Yo también te lo pido, nena. La oficina es un desastre sin ti y al señor Drake se le pusieron los ojos brillantes cuando se pronunció tu nombre... Yo creo que está colgado de ti.

—Eso es lo que me da miedo, amiga. Justo eso...

—Pero tú eres valiente, Carol. Tienes que volver y llegar al final de esta

historia...

Telma colgó porque en la recepción no paraban de sonar los teléfonos y Carol se quedó rumiando todo aquello con tal ansiedad que cuando la señora Dimarche entró en la biblioteca se quedó muy preocupada:

—¿Estás bien, Caroline?

Carol negó con la cabeza y le contó a Margot, que a esas alturas ya era una amiga íntima, todo lo que estaba pasando:

—Me han llamado de la oficina de Harry, se ha pasado la noche entera encerrado en el despacho bebiendo porque la novia le confesó de una forma muy fría y cruel que se iba a casar con otro.

—¡Tesoro, qué terrible noticia! —exclamó horrorizada.

—Está devastado y el despacho me han contado que es un desastre total. Me piden que vuelva, Harry también quiere que lo haga pero está convencido de que yo no quiero volver.

—¿Y tú qué quieres hacer, cielo? —preguntó la señora Dimarche tendiéndole la mano.

Carol se puso de pie, estrechó la mano de Margot y, con los ojos llenos de lágrimas, dijo:

—No quiero sufrir, lo pasé muy mal y ahora me encuentro tan bien aquí...

—Pero este no es tu sitio, y tú lo sabes, más temprano que tarde tendrás que volar hacia nuevos retos. Lo bonito de la vida es subir montañas, enfrentarse a las dificultades, ir siempre más allá. No conformarse, correr riesgos, atreverse aunque sea incómodo, incluso aunque duela. A mí siempre me tendrás, esta es tu casa mi niña querida... Puedes venir siempre que quieras, pero a ti siempre te fascinó el mundo de la empresa y junto a Harry vas a aprender lo que te falta para dar el salto definitivo con la tuya propia.

—Ya, pero con Harry hay un problema... —reconoció mordiéndose los labios de pura ansiedad.

—Amar nunca es problema, no soy amiga de dar consejos, Caroline, pero tienes que regresar y enfrentarte a la verdad de lo que sientes. Él ya no es un

hombre comprometido y tú estás loca por él aunque no te permitas ni verbalizarlo.

—No me permitía sentir nada, pero ahora casi que tampoco porque Harry tiene que estar tan herido que va a cerrarse al amor completamente. Y no quiero sufrir más, Margot...

Margot la cogió fuerte por los hombros, la miró a los ojos y le dijo:

—La fuerza del amor verdadero es más grande que todos los miedos. Vuelve a la empresa, querida, y deja que la vida te sorprenda con todas las cosas maravillosas que está a punto de entregarte...

Capítulo 18

Caroline sintió que lo que le decían era cierto, que tenía que volver al lugar donde siempre había deseado estar y con el hombre que la tenía totalmente desconcertada, por utilizar un adjetivo que no la agobiara demasiado.

Y es que la palabra enamorada le parecía demasiado grande, aunque pensara en él a todas horas, aunque suspirara como una tonta, aunque el corazón le doliera de soportar la separación que había sido tan dura.

Pero tenía que volver, más que nunca tanto porque le interesaba desde el punto de vista profesional, como porque necesitaba como mujer saldar una cuenta pendiente.

Así que dispuesta a afrontar lo que tuviera que venir, fuera lo que fuese, recogió sus cosas y tras despedirse de Margot que le deseó todo lo mejor, apareció a mediodía en el despacho de Harry.

Sin embargo, él no estaba... Se sentía tan avergonzado por todo lo que había sucedido que había ido a casa a ducharse, a cambiarse de ropa y a echarse un rato a ver si así conseguía olvidar todo lo que había pasado.

No lo de Melissa, porque no tenía vuelta atrás, lo suyo se había acabado para siempre y bien estaba que así fuera, sino el ridículo tan espantoso que había hecho ante sus empleados que lo habían encontrado dormitando después de una noche entera a puro whisky.

De tal forma que tras dormir un par de horas, almorzó un sándwich vegetal en casa y a las cuatro de la tarde ya estaba de vuelta en la empresa...

Y qué vuelta...

Porque nada más abrir su computadora se dio cuenta de que la ristra infinita de correos pendientes estaba puesta al día, que su agenda tenía citas nuevas con reuniones con empresarios muy importantes, entre ellos una empresa tecnológica de la que tenía un informe brillante sobre la mesa de su despacho.

Y todo aquello solo podía significar una cosa: Caroline había vuelto, pensó, al tiempo que sus ojos se iluminaron y su corazón empezó a latir muy fuerte tanto que creyó que no iba a poder soportarlo, en cuanto abrió la puerta y apareció con un té...

—¡Buenas tardes, señor Drake! Su té está listo —dijo Carol, con una sonrisa enorme.

Harry la miró y se quedó sin aliento, porque la mujer que tenía enfrente ya no era la chica que había conocido tiempo atrás. Estaba tan cambiada... Llevaba el pelo distinto, recogido en un elegante moño, un traje de chaqueta rojo de Chanel, unos taconazos de Louboutin y lucía unos discretos diamantes en las orejas que le hacían brillar más todavía. Se la veía mucho más segura de sí misma, más serena, más elegante y sobre todo mucho más mujer...

—Caroline qué alegría verte...

Harry se levantó de su despacho, le cogió la bandeja que traía en las manos, la colocó sobre la mesa de su despacho y de nuevo se situó frente a ella.

—Lo mismo digo, señor Drake.

Harry aspiró el aroma a perfume francés de esa mujer, miró la boca tentadora con la que tantas veces había soñado, el largo cuello que se moría por besar y los pechos que se intuían perfectos debajo de una camisa blanca de seda y se puso tan duro que temió que sus pantalones se rompieran.

—Te agradezco tanto que hayas vuelto, sin ti esto es un maldito desastre.

Caroline le miró emocionada, se perdió en los ojos verdes que tanto le gustaban, en la boca gruesa que se moría por besar, en el cuello fuerte y en los pectorales bien marcados que se adivinaban debajo del traje.

—Lo sé por eso estoy aquí —susurró mordiéndose los labios de una forma tan *sexy* que Harry creyó que iba a derretirse ahí mismo.

—Siento todo lo que pasó, creí que lo mejor era separarnos pero resulta que Melissa...

—Lo sé todo, Harry. Y comprendo también la decisión que tomaste en su día aunque fuera dura para todos. Porque sé que no solo ha sido para mí...

Harry se acercó mucho más a ella, tanto que sus cuerpos estaban a punto de rozarse, entonces fue cuando de forma instintiva Caroline cerró los ojos.

—Te he echado tanto de menos, Caroline... —susurró él, inclinando la cabeza hacia ella que abrió los ojos y se quedó conteniendo el aliento.

Luego clavó la vista en los labios y se dejó llevar porque ya no tenía más opciones...

Caroline rodeó el cuello de ese hombre tan atractivo con las manos y le besó con una desesperación que hizo que dos lágrimas se le escaparan lentamente por el rostro.

Harry abrió la boca y dejó que la lengua de esa mujer tan dulce le invadiera, que le mordiera los labios, que le besara de una forma tan exigente y sensual que se erectó más todavía.

Y ella lo notó, le notó tan duro que jadeó de puro placer, al tiempo que le sacaba la chaqueta con unas ganas tremendas de que ese hombre fuera suyo.

Harry hizo lo mismo, le arrancó la chaqueta y luego coló las manos por debajo de la camisa de seda, para acceder a los pechos que amasó hasta hacerla gemir.

Luego desabrochó con pericia el sujetador y tiró con sutileza de los pezones durísimos, mientras ella perdía las manos por debajo de la camisa de ese hombre que tenía unos pectorales perfectos.

Pero los dos querían mucho más...

Por eso Harry le desabrochó la camisa, apartó el sujetador, y lamió y mordió los pezones rosados que estaban excitadísimos.

—Eres tan bella y tienes unos pechos tan hermosos... —comentó Harry mirándolos extasiado.

Ella sonrió con ganas de que aquello no acabara nunca y Harry la besó con una pasión que los encendió más todavía.

Tanto que Harry la empujó hacia la mesa, le dio la vuelta, deslizó las manos debajo de la falda y le bajó las medias muy despacio, mientras ella sentía una punzada de deseo cada vez más fuerte entre sus piernas.

Después, cuando las medias ya descansaban en el suelo, volvió a colar las

manos bajo la falda, para recorrer muy lento las sedosas piernas hasta llegar las nalgas.

Caroline se inclinó, apoyó el vientre y los pechos desnudos sobre la mesa de madera repleta de papeles, de tal forma que quedó totalmente expuesta a las caricias de su jefe.

Harry le subió la falda y se deleitó ante la contemplación de esas nalgas, duras, redondas, perfectas que había visto tantas veces como algo imposible, tan inalcanzable como el planeta más lejano.

Pero ahí estaban, sedosas, deliciosas, ávidas de caricias, por lo que las recorrió con ambas manos y luego se desabrochó el cinturón y se bajó la cremallera de los pantalones.

Al escuchar ese ruido Caroline jadeó de puro placer, porque aquello era lo más excitante que le había pasado nunca.

Harry se deshizo de sus pantalones y dio una nalgada suave a ese culo que le estaba volviendo loco, lo abrió un poco y colocó su miembro durísimo en la entrada del estrecho y pequeño orificio.

Caroline tragó saliva porque jamás había hecho nada semejante con ninguno de sus novios, pero le daba lo mismo. Necesitaba a Harry dentro de ella, muy dentro, y le daba igual si dolía.

Pero Harry no la penetró, apartó el pene y en su lugar acercó el dedo medio a la boca húmeda de Caroline y le pidió que lo chupara muy bien:

—Así, preciosa, hasta el fondo...

Caroline aceptó aquella invasión en su boca, lo ensalivó bien y Harry luego introdujo también el dedo índice.

Ella chupó aquellos dos dedos como si fuera el miembro duro y grande de Harry que tanto deseaba tener en su boca y luego él los sacó para llevarlos otra vez hasta las nalgas.

Allí se abrió paso otra vez y primero introdujo despacio un dedo, hasta el fondo...

—Eres muy estrecha, ¿te gusta que te toquen por aquí? Si no lo dejamos...

—Es la primera vez que hago algo así, pero me gusta... Sigue por favor...

Capítulo 19

Harry gruñó complacido y probó a penetrarla con dos dedos, a abrirla un poco más y a darle mucho más placer.

—Relájate, Carol, entrégate y nada más...

Carol obedeció, intentó relajar la musculatura todo lo posible, pero se sintió tan cerrada que hasta se avergonzó, porque seguro que Harry estaba acostumbrado a estar con mujeres mucho más experimentadas.

—Siento si no lo hago bien —susurró con los ojos llenos de lágrimas y aceptando esos dos dedos largos y fuertes, dentro de ella.

—Lo estás haciendo muy bien, pero si no te gusta lo dejamos...

—Sigue...

Harry la notó tan estrecha que decidió dejarlo para cuando tuvieran un lubricante, no quería que esa experiencia resultara dolorosa para ella.

Por eso sacó los dedos del interior de la chica, que no entendía por qué no había continuado con esas caricias tan exquisitamente morbosas, la levantó y la dejó sentada sobre la mesa.

—No voy a seguir, tu cuerpo cede muy poco y yo solo quiero que disfrutes.

—Pero... —suplicó ella.

—Tienes que estar más dilatada y créeme que lo mejor es dejarlo. Podemos hacer otras cosas igual o más de placenteras...

Harry abrió las piernas y cayó rodillas ante ella, luego colocó la boca entre los muslos y comenzó a lamerla, a devorarla, a dejarla al borde del éxtasis más absoluto.

—Dios mío, Harry... Creo que voy a gritar de tanto placer... —dijo tirando fuerte del pelo abundante del hombre que la estaba llevando al séptimo cielo.

Harry sabía donde lamer, cómo chupar, cómo arrancarle un gemido cada vez más fuerte, más intenso, más agónico...

Y ese placer fue a más y más, hasta que llegó un punto en que él tiró de ella, la tumbó en el sofá y sentándose en el suelo a su lado, colocó el dedo medio en clítoris y lo tocó despacio, lo justo para que tras unos ligeros toques se corriera tapándose la boca con la mano para evitar que los gritos se escucharan fuera.

Acto seguido, cuando aún seguía sudorosa y jadeante, Harry se levantó al baño a por un par de toallas y le pidió que levantara las caderas para colocarlas debajo.

Caroline ansiosa por lo que iba a venir después, gimió al sentir los dedos anular y medio de Harry hundiéndose en su interior.

Después, comenzó a penetrarla con los dedos, con contundencia, dándole lo que esa mujer le estaba demandando con la mirada cargadísima de deseo.

Las penetraciones eran certeras, duras, incisivas, al tiempo que acariciaba el punto G, y aquello era tan nuevo para Caroline que creyó que no iba a poder soportarlo:

—Jamás he sentido nada parecido, no tengo mucha experiencia Harry. He tenido solo dos novios, pero jamás he hecho nada similar... Esto es... No creo que pueda seguir soportando tanto...

Harry siguió estimulándola con fuerza y determinación, hasta que ella sintió tal oleada de placer, que creyó que iba a perder el conocimiento.

—No puedo más, Harry, esto es lo máximo que voy a poder resistir... — murmuró llorando de puro éxtasis, mientras sus pechos se bamboleaban durísimos, al ritmo de las fuertes penetraciones de los dedos.

—No te rindas, preciosa. Déjate ir hasta el final, vamos... Acepta todo el placer, todo... Dámelo...

Carol sintió que el cielo iba abrirse sobre su cabeza, era una sensación tan nueva, tan grandiosa, tan electrizante, que realmente lo que se abrió fue su interior. Porque de repente sintió, como el agua que de repente mana de una roca en el desierto, cómo un líquido viscoso brotaba de su interior con una fuerza desconocida, al tiempo que tenía el orgasmo más brutal de toda su vida.

Harry al ver a esa mujer abrirse de tal forma para él, sintió tanta emoción que

sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Eres oro puro, Caroline.

Caroline rompió a llorar porque aquella experiencia tan maravillosa y tan íntima la había dejado completamente trastornada...

—No sé qué ha pasado, pero ha sido...

—Eres tú, dejando que salga todo lo que tienes dentro.

—Es la primera vez que me mojo de esta manera, Dios mío, Harry...

Harry acarició la vulva mojada de la chica, sonrió orgulloso de darle tanto placer y volvió a presionar con verdadera maestría el clítoris hasta arrancarle un nuevo orgasmo que la dejó estremecida.

Pero la cosa no acabó ahí, Harry sabía que podía darle más, por lo que le abrió las piernas una vez más y de nuevo la penetró con los dedos, tocó ese punto exquisito y logró que se inundara otra vez de sensaciones, que de su interior brotara esa sustancia que acabó deslizándose por los muslos.

Harry la miró, exhausta de tanto placer, y pensó que jamás la había visto tan hermosa.

Luego la cogió en brazos, la llevó hasta la ducha del baño, la lavó y mientras la secaba, con una erección tremenda, Caroline cayó de rodillas ante él.

—Déjame que yo también te dé placer, Harry.

—Me lo das todo, Caroline —susurró acariciándole la cabeza.

—No, todavía no...

Caroline abrió la boca, lamió el glande con verdadero placer y luego se metió el miembro duro y grande hasta casi la arcada.

Harry que había olvidado lo que era esa sensación porque el sexo con Melissa era más que aburrido, gruñó de placer y por puro instinto apretó la cabeza de la chica contra su pubis.

Caroline creyó que no iba a poder aceptar más en su boca, ni un centímetro más de piel, pero para su asombro sus mandíbulas cedieron y lo sintió muy dentro, casi en el fondo de su garganta.

Luego Harry tiró del cabello rubio y sedoso y la apartó para sacarla casi

entera:

—Santo Dios, Caroline, eso que haces es tan bueno...

—Es la primera vez que... Sé que vas a pensar que soy una monja, o que lo era, pero es que con mis novios jamás me dio por hacer esto, pero contigo...

—Lo haces de maravilla, pero si no te gusta...

—Harry cómo que no me gusta, lo estoy disfrutando muchísimo...

Caroline volvió a introducir el pene en su interior y Harry la penetró cada vez más fuerte, más duro, más intenso...

Tanto que colocó una mano en la nuca, tirando del pelo de la chica y la empujó hacia su pubis para que la penetración fuera aún mayor:

—¿Estás bien, nena? ¿Puedes aceptarme así?

Caroline se apartó y le susurró temblando de deseo:

—Quiero y puedo... hasta el final... Dámelo todo, Harry.

—¿Quieres que me corra en tu boca? Estoy sano, soy donante de sangre, pero si no lo has hecho antes tal vez...

Caroline sintió que tenía que hacerlo con tal urgencia que llorando le suplicó:

—Por favor... Hazlo te lo ruego...

Caroline se llevó el pene durísimo a la boca y Harry que ya no podía más, lo metió tan dentro que ella rozó con la punta de la nariz el pelo rizado del pubis.

La joven sintió tal arcada que dos lágrimas enormes recorrieron su rostro, pero le dio lo mismo, con la mirada le pidió más y Harry se lo dio.

Empezó a penetrar duro esa boca jugosa y deliciosa, mientras Carol le clavaba las uñas fuerte en las nalgas.

Harry era implacable, exigente con cada embestida y con la fuerza con la que empujaba la cabeza dulce de Caroline contra el pubis...

Y entonces sucedió que el cuerpo de Caroline, trémulo ya, sudoroso, expectante, con sus pechos durísimos moviéndose al compás de las fuertes penetraciones, inesperadamente, se rompió y un súbito orgasmo la sacudió entera. Sin más, sin que mediaran caricias, ni nada...

Harry al sentir ese estremecimiento tan feroz, sintió una corriente de placer

que pujaba por salir desde lo más profundo de su interior, y la penetró hasta el fondo de la estrecha garganta que recibió el impacto de un chorro de líquido caliente y espeso.

Ella agradecida, lo recibió como el mejor regalo, como la más extraordinaria de las recompensas y tras tragar todo aquel placer, rompió a llorar en los brazos de ese hombre de pura felicidad.

Capítulo 20

Después de ducharse juntos, Harry se marchó a atender varias videoconferencias que tenía concertadas y Caroline volvió a ponerse al día con todo lo que tenía pendiente durante su ausencia.

Se despidieron con un beso dulce en los labios y antes de marcharse del despacho, el señor Drake le dijo:

—Eres fantástica, Caroline.

Ella volvió a su despacho en una nube, feliz y sintiéndose terriblemente *sexy*, como no se había sentido jamás en su vida. Las cosas que había hecho con el señor Drake habían sido tan excitantes para ella que se sentía diferente, más atrevida, más segura, más... ¿enamorada?

Enamorada tal vez era una palabra demasiado grande, pensó. Pero estaba sintiendo cosas que se parecían muchísimo a esa cosa tan maravillosa que era estar enamorada...

Además si se había atrevido a llegar con él tan lejos, a entregarse de esa forma tan íntima y tan bestial, tenía que ser porque sentía algo más profundo, serio y verdadero.

Ella no era de las que se iban acostando con quien le daba la gana y no porque le pareciera mal desde un punto de vista de moral, que cada uno podía hacer lo que quisiera conforme a sus valores, sino porque ella era incapaz de separar el sexo del amor.

Así había sido hasta ahora y así parecía seguir siendo, no en vano tenía a todas horas unas mariposillas habitando en su estómago, no podía dejar de pensar en Harry y le deseaba con una fuerza que ya hasta le dolía.

De hecho, acababa de estar con él y ya deseaba hacerlo otra vez, fundirse con él, entregarse sin límites, dárselo todo...

¿Se estaría volviendo loquita de amor?, pensó.

Luego, sonrió, soltó un suspiro y así, subida a esa nube siguió trabajando duro, hasta que a última hora de la tarde se pasó por el despacho de Harry para proponerle que se fueran a tomar algo.

—¡Hola, hola! —canturreó feliz de la vida—. ¿Te apetece que nos tomemos algo en un *afterwork* que hay muy cerca de aquí y que está muy de moda? Telma dice que no deberíamos perdérselo...

Lo que Carol no sabía era que mientras ella había estado en su nube, él no había hecho más que rumiar y rumiar sobre lo sucedido, en tanto que despachaba las videoconferencias con los empresarios.

Y se sentía fatal, se sentía muy culpable por no haber sido más romántico, más dulce o incluso más tierno con Caroline. Sentía que se había comportado como un cerdo, como el clásico jefe cabrón que hace realidad con su secretaria las fantasías que no se atreve a hacer con la frígida de su mujer.

Y él no quería eso para Caroline, esa chica no se merecía un tío como él, que después de pifiarla por completo echándola de la empresa, no se le ocurre nada mejor para darle la bienvenida que una sesión de sexo sucio y salvaje, y porque le había pillado sin condones que si no, no sabía hasta dónde podría haber llegado con ella.

¿Se podía ser más cretino que él?

Se odiaba tanto a sí mismo, que cuando Carol le hizo la propuesta ni levantó la vista de la pantalla y masculló un arisco y cortante:

—No. Gracias. Voy a seguir trabajando. Adiós. Y cierra bien la puerta.

Caroline cerró la puerta haciendo verdaderos esfuerzos para no dar un portazo y a pesar de que se dijo a sí misma que era fuerte, que podía con eso y con más, dos lagrimones recorrieron su rostro porque no entendía nada.

¿Cómo el hombre que le había dado tanto placer de repente se portaba así de frío con ella? ¿De verdad que eso era lo que debía esperar de Harry Drake? ¿Lo suyo iba a ser así siempre? ¿Sexo en el despacho y después una jodida indiferencia que le estaba doliendo hasta en las pestañas?

Sintiendo una opresión terrible en el pecho y con unas ganas de gritar

horribles, salió a la calle a respirar el frío aire de las calles.

El chófer como siempre le estaba esperando en la puerta, pero ella le dijo que prefería ir caminando a casa. Él insistió porque hacía bastante frío, si bien declinó el ofrecimiento y se echó a andar aferrada a su bolso de lujo.

Se sentía tan estúpida que ni se reconocía, la chica que siempre hacía lo correcto, caminaba con ropas caras en dirección a su cuchitril, después de haber tenido sexo duro con su jefe.

Un jefe distante y sin corazón que con su comportamiento estaba haciendo que se sintiera como el clásico caprichito de un hombre poderoso que la cogía y soltaba a su antojo.

Y sintió tanta rabia que estuvo a punto de regresar a la oficina a decirle cuatro cosas a ese cabrón que estaba haciéndole llorar.

Porque no paraba de hacerlo, menos mal que su móvil sonó y comprobó que era Margot Dimarche...

—¿Qué tal tu vuelta al redil, jovencita? —preguntó divertida.

Caroline aprovechó que había un banco cerca de ella, se sentó y sin poder evitar los sollozos, confesó:

—No tenía que haber vuelto, Margot. Ese hombre es un demonio.

Caroline se echó a llorar desconsolada y la señora Dimarche, muy preocupada, le dijo:

—¿Qué ha pasado? Por favor, respira hondo, y contéstame. O mejor, dime dónde estás y voy a buscarte.

—Estoy cerca del trabajo, pero no hace falta que vengas. Solo necesito soltar un poco de lastre. Lo que ha pasado es que el reencuentro ha sido muy especial...

—¿Entonces por qué lloras? —inquirió Margot sin entender nada.

—Porque después de ese encuentro especial, muy especial... Bueno, Margot, tú me entiendes...

—Sí, con besos y más cosas románticas.

Caroline pensó que mejor que la señora Dimarche no se enterara de cuáles

habían sido exactamente esas cosas románticas y replicó:

—Sí, así es. Pero después hemos vuelto a nuestros quehaceres respectivos y hace un rato se me ha ocurrido pasarme por su despacho a pedirle que nos fuéramos a tomar algo...

—No me digas más: ha sido tremendamente antipático contigo y te ha dicho que te marcharas a casa.

—¿Cómo lo sabes? —preguntó alucinada, retirándose las lágrimas.

—Pues porque conozco a Harry Drake desde que era un bebé, está muerto de miedo. Tú tienes muchas más agallas que él, tesoro. Parece mentira que no lo sepas todavía...

—¿Tú crees, Margot? Él es un tiburón financiero, un hombre implacable al que teme todo el mundo...

—Sí, pero ese hombre por dentro tiene un corazón muy frágil. ¿No ves que ha crecido a la sombra de un hombre tan magnífico como su padre? Desde muy pequeño aprendió a ponerse esa máscara para sobrevivir, pero que no te engañe. Harry en el fondo es un hombre muy sensible, que posiblemente esté sintiendo que no lo está haciendo bien contigo.

Caroline, muy confusa, se echó a andar otra vez porque estaba muerta de frío y replicó:

—Pero eso es una estupidez... No tiene ningún sentido que piense de ese modo.

—Querida, tenías que haber aprovechado la estancia en mi biblioteca para ponerte al día en los asuntos del corazón. Y claro que tiene todo el sentido, en su lógica de pensamiento, la tiene. Te mandó conmigo por cobarde y ahora que regresas en vez de recibirme con bombones, flores y cena con velas, te asalta en el despacho...

—¡Yo no quiero bombones, flores ni cenitas especiales! —soltó Caroline ofuscada.

—Ya, pero él piensa que sí. Yo desde luego en tu lugar es que no habría esperado otra cosa más que el asalto, vamos es que no me asalta y soy yo la que

me lanzó a su yugular. Pero estoy segura que él piensa que debería hacer las cosas de otra forma. Creo que le importas mucho, tesoro, más de lo que tú piensas...

—¿Entonces no es un cerdo con orejas, frío, cruel y sin corazón?

—Tiene un corazón enorme y que solo quiere que todo salga bien contigo.

—Mandarme a paseo después del asalto como tú dices, no creo que sea la mejor estrategia.

—Es Harry Drake, querida, y me temo que está un poco perdido en estos asuntos... Vas a necesitar grandes dosis de paciencia con él.

Caroline se echó a reír y replicó divertida:

—¿Más paciencia?

Capítulo 21

Al día siguiente Harry apareció a primera como siempre con unas ojeras que le llegaban hasta los pies, porque no había pegado ojo en toda la noche.

Sin embargo, Carol minutos después apareció en el despacho radiante con un té humeante en una bandeja de plata.

—¡Buenos días, señor Drake! Hoy hace un día estupendo, ¿no te parece? — dijo la chica en un tono muy alegre.

Harry que estaba convencido de que esa mañana lo único con lo que iba a aparecer esa joven era con la carta de dimisión en la mano, y con toda la razón del mundo, se quedó mirándola con los ojos llenos de lágrimas:

—¿De verdad que te parecen buenos?

Caroline que llevaba un vestido de flores vaporoso y unos zapatos preciosos en tono *nude*, señaló el ventanal del despacho con el dedo índice y respondió entusiasmada:

—La primavera ya se huele... ¿Cómo no van a ser buenos, señor Drake?

—Ah, la primavera. Pues yo me he pasado toda la noche sin dormir porque no he podido dejar de dar vueltas a lo que pasó ayer. Y te juro que no se va a volver a repetir —informó apretando fuerte los puños.

De no haber hablado con Margot, esa chica se habría muerto de pena en ese mismo instante, pero como esa dama le había dado las claves para entender lo que estaba sucediendo, se limitó a sonreír como si nada y decir:

—Me parece perfecto.

El señor Drake dio un respingo en el asiento sin entender nada y bufó nervioso:

—¿Y no me odias por lo que hice?

—No, me parece genial que no quieras volver a declinar una invitación a tomar algo al salir del trabajo. ¡Es lo más sensato del mundo! ¿Por qué tendría

que enfadarme? —inquirió encogiéndome de hombros.

Harry se frotó la cara con el dorso de la mano y habló muy nervioso:

—Lo que no se va a volver a repetir es lo otro. Me comporté como un cerdo, me siento francamente mal, no sé por qué me dejé llevar de esa manera. Tú no te merecías que fuera tan primario, tan animal, tú eres tan dulce...

Caroline tragó saliva porque no esperaba verle tan frágil y tan vulnerable, tan asustado como le había asegurado Margot que estaba...

—No me arrepiento de nada de lo pasó ayer, Harry.

—Yo sí, tú te mereces otras cosas, otro trato, delicadeza... Rosas, cenas, paseos por lugares románticos, una película, un teatro, una conversación junto a la chimenea, y no un tío prepotente que se comporta como un jefe clásico de película pornográfica.

—Harry por Dios, ¡deja de torturarte con eso! Lo que pasó fue tan excitante, tan morboso, tan apasionado que yo lo repetiría ahora mismo.

El señor Drake miró a Carol con los ojos como platos y luego concluyó:

—Me estás mintiendo para que me sienta mejor. Eres demasiado buena para mí, eso lo tengo más que claro.

—¡Te estoy diciendo la verdad! Me gustan los bombones y la chimenea, como a todo el mundo, pero te garantizo que lo de anoche fue la experiencia sexual más flipante que he tenido en mi vida.

—¿Flipante?

—Alucinante, única, bestial...

—Fui una auténtica bestia, eso es verdad...

—Hiciste que fuera más allá de mis propios límites, me hiciste explorar cosas que ni sabía que se podían hacer, me hiciste sentir, me llevaste a cotas de placer increíbles, ¡maldita sea volé, volé muy lejos! ¡Y me encanta!

A Harry le encantó saber que a esa chica le gustaba el sexo, pero se seguía sintiendo igual de mal:

—No era el momento. Volvías después de lo que pasó y no te merecías eso...

—Pasó lo que tenía que pasar, entre nosotros hay una gran atracción y

sucedió.

—¿Y ahora qué? —preguntó el señor Drake, llevándose la mano a la barbilla —. ¿Sabes de lo que tengo ganas? De arrancarte ese vestido haciéndolo trizas y follarte duro contra ese armario. Ese soy yo.

Caroline tragó saliva porque la idea le pareció de lo más sugerente y con los ojos chispeantes confesó:

—Si supieras las cosas que sueño contigo, señor Drake, no estarías tan agobiado por sentir lo que sientes.

—Acabo de salir de una relación y de una forma que no ha podido ser más traumática. Anoche estuve dándole vueltas y no creo que lo mejor sea meterme de lleno en una nueva relación sin haber curado mis heridas antes.

—Pero... —le interrumpió Carol, temiéndose lo peor.

—El deseo que siento por ti es infinito, te veo y me pongo durísimo. Ahora mismo me muero por comerme tu boca, por hundirme dentro de ti, por darte más placer del que jamás ni te atreviste a sentir. Pero de momento no puede ser, Carol. No quiero darte solo encuentros morbosos de oficina, tú no te mereces eso.

—Harry estás complicando tanto algo que es tan sencillo —musitó Carol, apenada.

Harry se levantó de la silla, se acercó a ella y conteniendo todas sus ganas de abrazarla muy fuerte, dijo:

—Te mereces un hombre con el corazón entero para ti. Ahora mismo estoy devastado por dentro, déjame que ponga en orden mi corazón, que lo recomponga y entonces me entregaré a ti por completo. Como te mereces, Caroline, mi dulce Caroline...

Caroline con los ojos llenos de lágrimas, abrió su corazón sin temor alguno:

—Te quiero, Harry.

Harry tragó saliva y se emocionó muchísimo al escuchar esas palabras:

—Eres maravillosa, Carol.

—Pero te asusta demasiado que te quiera.

—No me asusta, es un honor y una responsabilidad. Solo te pido que me esperes, que esperes a que cierren estas malditas heridas para poder amarte con todo. A lo mejor te parezco un estúpido y estoy seguro de que lo soy, pero necesito hacerlo de esta manera para poder estar en paz conmigo mismo.

Caroline sonrió, se abrazó a él y tras lanzar un suspiro profundo, susurró:

—Mientras soñaré contigo...

Harry levantó la barbilla de la señorita Musset con delicadeza para que le mirara a los ojos y le aseguró con el corazón latiéndole muy deprisa:

—Soy muy torpe para las cosas de los sentimientos. Tengo demasiados bloqueos, miedos, no sé... Ni yo mismo me entiendo a veces y más ahora después de lo de Melissa que ha sido un palo tremendo. Pero quiero que sepas que desde el primer día que apareciste en mi despacho me pareciste un ángel, que he tenido que luchar con todas mis fuerzas para reprimir lo que estaba sintiendo por ti, porque tenía un compromiso previo y presumo de ser un hombre de palabra. Pero lo pasé fatal los días que estuviste con Margot, mi mundo entero se vino abajo, sentía que sin ti no tenía nada sentido, perdí la motivación, estaba muy tocado. Y en estas que Melissa me deja... Es lo mejor que podía pasar, por otra parte, porque es cierto como ella dice que lo nuestro estaba en una vía muerta, pero las cosas no se hacen así. Su traición me ha dolido mucho y necesito superarlo, espero que cuanto antes. Lo que no quiero que dudes ni por un segundo es que yo siento por ti demasiado, Caroline. Te admiro, te respeto, te deseo y con mi corazón hecho trizas te amo...

Caroline se abrazó a él con fuerza, llorando de pura alegría al escucharle abrirse con esa sinceridad y verdad tan grandes y habló conmovida:

—Yo también a ti, Harry.

—No te merezco, Caroline. Eres demasiado buena, generosa y comprensiva conmigo.

—Margot me ha ayudado a entenderte, porque no te voy a negar que después de tu rechazo al *afterwork* de ayer me quedé destrozada. Sin embargo, la señora Dimarche me aconsejó que tuviera paciencia y no tuviera en cuenta lo

sucedido...

—Es una mujer muy sabia, yo la quiero mucho. Por eso te envié con ella, sabía que ibas a estar muy protegida y sabía que era la única que podía ayudarnos. Porque estaba muy confundido con todo lo que me estaba sucediendo, me sentía tan atraído por ti pero no podía traicionar a Mel...

—Lo entiendo todo, Harry. Y gestionaste muy bien la situación, a pesar de todo...

—Te juro que te voy a hacer muy feliz, Caroline. Solo dame tiempo, un poco de tiempo nada más...

Capítulo 22

Carol se pasó las dos semanas siguientes soñando con el señor Drake y él reprimiendo las ganas de volver a hacerla suya cada vez que la veía por el despacho.

Ella también, pero respetaba la decisión que él había tomado y estaba dispuesta a esperar, aunque le estaba costando muchísimo.

No obstante, todo cambió cuando llegó el primer viernes de abril, y Harry se reunió con su padre como todos los meses para hablar sobre el estado de la empresa.

A Harry esas reuniones le ponían especialmente nervioso, y no porque los resultados de la empresa no fueran buenos, al contrario el último balance arrojaba números fantásticos, los mejores de los últimos años, sino porque se sentía como cuando era niño y le entregaba a su padre el boletín de notas del colegio.

Minutos antes de salir para su cita habitual en el restaurante más elegante de la ciudad donde solían almorzar, Caroline pasó a entregarle el balance de cuentas:

—Deséame suerte, preciosa —le pidió antes de salir.

—Solo vas a almorzar con tu padre... —le recordó ella, dándole un beso en la mejilla de lo más espontáneo—. Pero ¡suerte!

Caroline al darse cuenta de que alguna forma había roto el pacto que tenían entre ellos, se mordió los labios:

—Gracias, Carol.

—Perdóname por el beso, ha sido algo natural...

Harry sonrió divertido y le pidió:

—Puedes darme otro, si quieres. Incluso en los labios...

Caroline sonrió y le dijo muerta de risa:

—No seas malo, señor Drake. Eso que me pides es ya demasiado...

El padre dejó el informe a un lado y confesó clavándole la mirada:

—No quiero hablar de balances.

—Pues son extraordinarios, mejores que nunca. Desde que Caroline trabaja para nosotros todo va como la seda.

—De ella quería hablar, de Caroline... Margot habla maravillas de ella, dice que hacéis una pareja maravillosa.

Harry puso los ojos como platos y replicó con el ceño fruncido:

—Caroline y yo no somos pareja...

—Pero os gustáis según me ha dicho...

Harry se revolvió en el asiento, se colocó bien el nudo de la corbata y repuso:

—Padre ¿desde cuándo te preocupa tanto mi vida sentimental?

—Quiero que sepas que lamento muchísimo lo que te ha pasado con Melissa. Sé que tenías puestas muchas ilusiones en esa relación, pero todo pasa por algo... Con el tiempo agradecerás de por vida a Maurice Gilbert el favor que te ha hecho de quitártela de encima y así poder ser feliz con Caroline.

—Dios santo, ¿hay alguien en Nueva York que no sepa que Melissa me engañó?

—Pasemos página rápido, hijo —exigió moviendo las manos—. ¿Cuándo vas a traer a Caroline a cenar a casa?

—¿Pero qué prisas tienes? Todavía no he hecho mi duelo, necesito tiempo...

—¿Duelo de qué? ¡Por favor, Harry sé sensato! Lo tuyo con esa chica estaba más que muerto. Eráis como dos amigos que vivían juntos, y cuando lo hacíais porque ella se pasaba el día viajando. Tú no tienes que hacer duelo de nada. Tú lo que tienes que hacer es tomar el toro por los cuernos de una vez. ¡Es lo que hacemos los Drake!

Harry miró a su padre con los ojos llenos de rabia y le espetó:

—¡Yo no soy como tú, padre! Y tengo más que asumido que por mucho que me esfuerce jamás tendré tu carisma, tu don de gentes, tu amabilidad, tu encanto, tu talento...

El padre negó con la cabeza y le dijo mirándole muy serio:

—Eres un hombre formidable, Harry. Estoy muy orgulloso de ti, no solo has cogido con mano firme las riendas de la empresa sino que la estás haciendo crecer más todavía. Así que deja de compararte conmigo, tú no tienes que ser como yo. ¡Tan solo tienes que ser tú! Y lo haces genial...

Harry dio un buen sorbo a la copa de vino que le acababan de traer y dijo emocionado:

—¿De veras?

—Harry pensaba que estas cosas no había ni que decirlas, pues claro que sí. Tienes talento, inteligencia, fuerza, capacidad de trabajo, coraje, entrega... Deja de sufrir de una vez por no ser como yo, ¡siendo tú eres mucho mejor que mi mejor yo!

Harry se mordió los labios porque su padre jamás le había dicho nada parecido:

—Me he esforzado al máximo para que te sientas orgulloso de mí, siempre me he exigido hasta el límite de mis fuerzas para demostrarte que yo era la mejor opción para la sucesión en la dirección de la empresa, pero por el camino me he dejado algunas cosas. Mi carácter se ha agriado, mi vida personal y social es un auténtico desastre y como no podía ser de otra manera: he perdido a mi prometida.

—Te obsesionaste con demostrarme lo bueno que eras desde pequeño, Harry. Y yo siempre te dije que vivieras, que fueras tú, pero nunca has querido escucharme. Esta vez te suplico que por una vez lo hagas y que vivas de una puñetera vez. ¡Pero vive de verdad! Olvida lo pasado con Melissa, yo mismo te habría alentado a que la dejaras si hubiera sabido lo de Caroline. Margot me lo ha contado todo y me ha recordado tanto a lo que pasó con Vincent Dimarche y la altanera de la señorita Sinclair... Él se enamoró de ella estando comprometido con la Sinclair, pero lo suyo estaba destinado a no ser. Durante tres semanas dudó, pero al final y empujado por mí se fue a buscar a Margot a la India adonde había huido. Tú no tienes que viajar a ninguna parte, solo tienes que regresar a tu oficina y decirle a ese encanto de mujer, porque Margot dice que es la chica más

adorable de todo Nueva York, que ya es hora de ser felices juntos. Os lo merecéis los dos.

Harry se revolvió el pelo con la mano, muy emocionado, porque ese almuerzo estaba resultando demasiado intenso, pero su padre tenía razón: en todo, absolutamente en todo.

—Te agradezco esta conversación, padre, porque de verdad que la necesitaba. Estaba un tanto confuso, pero lo que siento por esa mujer es tan grande que es absurdo que siga postergando algo que va a ser inevitable...

Capítulo 23

Harry regresó al despacho sintiendo que flotaba, se sentía un poco raro porque él nunca había tenido esa sensación que contaban los enamorados, pero era cierta. Lo estaba experimentando en carne propia y se sentía así, como a varios metros por encima del suelo y con una alegría que le latía en el pecho que ni conocía.

Le había sentado fenomenal escuchar esas palabras de su padre, pues se sentía también como si se hubiera liberado de una pesada carga.

Bien era verdad que desde siempre su padre le había empujado a que viviera, a que dejara de tomarse todo tan en serio y disfrutara también de lo bueno. Que no todo eran obligaciones y deberes que también estaba la vida para disfrutarla al máximo.

No obstante, él tenía tal sentido de la responsabilidad, sentía que su padre le había puesto el listón tan alto, que estaba convencido de que no disponía de tiempo como el resto de sus amigos para pasarlo bien, para salir, para viajar, para enamorarse.

Siempre hizo lo que él consideró que debía hacer y en la universidad conoció a Melissa... Antes había habido otras chicas, nada sin importancia, devaneos porque la tentación de la carne era demasiado poderosa, pero nada más.

Esa había sido su vida hasta entonces, los viajes habían sido los motivados por el trabajo, las fiestas las que se había visto obligado a asistir también por motivos laborales y el amor...

Si lo pensaba bien lo que había tenido con Melissa se había acabado transformando en algo que no tenía nada que ver con el amor.

Y si era honesto consigo mismo, ni siquiera al principio, porque jamás se sintió flotar como lo estaba sintiendo con Caroline, ni había sentido las ganas tremendas de vivir, de hacer cosas, de sentir profundo que estaba sintiendo en

ese instante.

Quería hacerlo todo con ella, con esa chica que había llegado a su vida de una forma inesperada, para descolocar todo, para desquiciarle hasta extremos que ni conocía, pero que le estaba dando la oportunidad de oro de ser feliz.

Y no la iba a desaprovechar...

Por primera vez, ya no sentía la responsabilidad de heredar el imperio de su padre como una losa, como una carga, como un cruz que iba a anularle por completo, sino como un orgullo por el que luchar con uñas y dientes, pero sin abandonar otros aspectos de su vida.

Estaban los negocios, sí, pero si Caroline estaba a su lado, además de ser un deber y una responsabilidad, se convertían en una pasión fascinante que compartir con ella.

Esa mujer preciosa y apasionada que le estaba enseñando a vivir, a amar, a disfrutar absolutamente de todo, sin miedo, sin culpa y con total entrega.

Tal y como ella amaba y hacía todas las cosas...

Caroline, suspiró, Caroline, Caroline, Caroline...

Como un adolescente, como el adolescente que no se había permitido ser, Harry subió en el ascensor hasta su despacho repitiendo el nombre de la mujer que amaba.

Porque eso era lo que sentía por ella, la amaba y punto. Y no había más...

Así, eufórico, feliz, ilusionado y enamorado, tocó en la puerta del despacho de Caroline y pasó con el corazón rugiéndole con una fuerza inusitada:

—Te amo —dijo tras abrir la puerta.

Caroline que estaba redactando un informe, levantó la cabeza de la computadora y sin apenas poder creer lo que estaba escuchando, replicó:

—Dios mío, Harry... ¿Qué has tomado durante el almuerzo?

Harry se acercó hasta ella, la cogió de las manos para que se levantara y le contó:

—Tenías toda la razón, pero yo soy muy bruto. Hay cosas que me cuestan muchísimo y asimilar el exceso de autoexigencia es una de ellas. He hablado con

mi padre del asunto, como tantas veces, pero en esta ocasión ha sido diferente, y ha sido gracias a ti.

Harry la cogió por la cintura y la estrechó contra él:

—¿Qué he hecho yo ahora? —replicó divertida.

—Primero soportarme que no es poco y segundo que me percate de que ya basta de tantas exigencias y de tantos sacrificios, que mi padre me acepta tal y como soy, y que además se siente orgulloso de mis logros.

—Es que así, Harry. No puede ser de otra forma...

—Tener un padre como el mío no es fácil, y más si eres un cabrón competitivo como yo...

—Tú no eres ningún cabrón, Harry. Tienes un enorme afán de excelencia y querías demostrarle a tu padre que eras el mejor.

—Incluso mejor que él, pero eso es imposible.

—Tenéis dos estilos diferentes y los dos son magníficos.

—Sí, pero yo quiero que tú me prefieras a mí... —susurró Harry mirándole a la boca deliciosa que se moría por besar.

—Yo siempre te he preferido, pero te recuerdo que me pediste tiempo.

—También he hablado con mi padre de ese asunto y me ha hecho ver todo de otra forma.

—¿Ah sí? —preguntó Caroline, extrañada.

—Desde siempre me ha instado a que viva, a que viva de verdad, y no solo que me dedique a trabajar duro. Pero tiene toda la razón, y vivir sin amar, no es vivir. Yo lo que tenía con Melissa nunca fue como esto que siento contigo, esto de las mariposas aquí es nuevo para mí —reconoció llevándose la mano al vientre.

Caroline se echó a reír de los nervios que tenía porque no esperaba para nada que Harry volviera del almuerzo con las ideas tan claras:

—No me lo puedo creer... —farfulló la chica.

—Créetelo porque es totalmente cierto. Te quiero y quiero vivir este amor de una forma plena de una vez por todas.

—¿Y tu duelo? —preguntó Caroline, suspicaz.

—Mi padre ha hecho que me percate de que es imposible hacer un duelo de algo que no estaba vivo. ¡Y está en lo cierto! Tengo la herida de la traición, eso no te lo niego. Pero lo que siento por ti es más fuerte que todo eso y cada día crece y crece más. Ya estoy listo, Caroline...

Harry sonrió y luego la besó suavemente en los labios...

—Esto es un sueño —susurró ella cerrando los ojos.

Harry la apretó fuerte contra él, le acarició la espalda y le pidió:

—Abre los ojos, nena. Porque estoy aquí, estamos juntos y es real.

Caroline abrió los ojos y confesó con los ojos llenos de lágrimas:

—Pensé que iba a tener que conformarme con tenerte en mis sueños durante mucho más tiempo. No lo esperaba, de verdad, tan pronto no...

—Estoy escuchando a mi corazón, Caroline. Es el que manda, y lo hace tan fuerte que voy a pedirte que luego nos vayamos a cenar y a tomar una copa a algún sitio que te guste.

Caroline sonrió de oreja a oreja porque el plan le pareció de maravilla, pero había una objeción:

—Necesitaría pasar por casa a cambiarme... No voy a ir con ropa de oficina...

—Me parece perfecto. Y así de paso conozco tu apartamento... Todo novio que se precie tiene que hacerlo ¿no funcionan así las cosas?

—Jajajajajaja. ¿Novio?

—¿Qué soy entonces? —preguntó Harry encogiéndose de hombros.

—Vale, vale... Pero no sé si quiero que veas donde vivo...

—¿Tan horrible es?

—No es un apartamento bonito y luminoso como a los que tú estás acostumbrado, Harry.

Harry dio un manotazo al aire y replicó...

—Amo todo lo tuyo.

—¡Madre mía, Harry! ¿De verdad que no le habrán puesto algo raro a tu vino?
—inquirió divertida.

Harry la apretó de nuevo contra él, tanto que ella sintió lo duro que estaba, y le susurró al oído:

—Tan raro que es mejor que me marche no vaya a ser que acabemos cometiendo una locura de las nuestras. Y quiero ser un novio bueno...

—Los novios buenos hacen esas cosas... —repuso ella muerta de risa.

—Prefiero dejarlo para después...

Capítulo 24

Después del trabajo, Harry acompañó a Caroline hasta su apartamento para que se cambiara de ropa y lo cierto fue que se llevó una tremenda impresión cuando la chica le enseñó su habitación.

—Pero si la mayoría de las celdas de las cárceles del estado son más confortables que este cuarto.

Caroline sintió una vergüenza tremenda al escuchar ese comentario:

—Ahora puedo pagarme algo mejor, pero todavía no me ha dado tiempo a encontrar nada y con Telma me lo paso genial la verdad. Además estoy tan poco aquí y la cama es para dormir... —se excusó, loca por salir del cuarto cuanto antes.

Pero Harry no conforme con sentarse en la cama y comprobar que los muelles estaban rotos, se asomó a la microventana y entró un tremendo olor a humedad.

—¡Pero si esto tendría que venir Sanidad a precintarlo! ¡Puaj qué peste! —exclamó cerrando la ventana asqueado.

—Harry por favor ya te dije que no subieras, los de tu clase no estáis acostumbrados a este tipo de cosas, pero existen... Mucha gente vive así y no pasa nada. El patio está limpio, pero hay humedades... Y huelen... Y el colchón, bueno... Es lo que hay, se me clavan un poco los muelles pero no pasa nada, llego a casa tan cansada que ni lo noto.

—¿Cuándo se dejaron de usar muelles, en 1939?

Carol se echó a reír, porque otra cosa no podía hacer ya:

—Aunque un pijo como tú no lo crea, no todo el mundo tiene colchones caros de viscoelástica.

—¿Y la ropa dónde la metes? —preguntó curioso porque aquello era tan pequeño que ni había armarios. Solo una silla sobre la que había ropa apilada...

—Tengo la silla y debajo de la cama tengo unas cajas. ¡Y ya no me preguntes

más que me siento muy incómoda!

—Te lo pregunto porque me intereso por ti y porque quiero proponerte algo porque aquí no puedes seguir. Me niego a que mi novia viva en unas condiciones peores que las de un preso de Sing Sing...

—¡Qué exagerado!

—Hagamos un trato, como sé que me vas a decir que es demasiado pronto para venirte a vivir conmigo, te alquilo una habitación en mi casa, la más alejada de la mía para no caer en tentaciones... Y así podemos seguir con nuestro noviazgo convencional y tal...

—Jajajajajajajajajaja. Pues vaya si te has tomado en serio lo del noviazgo. Mira, yo de momento estoy aquí bien, luego ya si eso más adelante, lo vamos viendo... Y ahora sujétame todo este montón de ropa que debajo tengo un vestido negro que me regaló Margot que es ideal para la noche. Todavía no lo he estrenado esperando la ocasión...

Harry cogió el montón de ropa y replicó con ironía:

—Qué duro es ser un novio bueno, es que ni imaginas. ¿Tú sabes los esfuerzos que estoy haciendo para no tirar esta ropa al suelo y empujarte contra esta maravillosa cama de muelles rotos?

Caroline le miró poniéndole morritos mientras cogía el vestido y le arrancaba la etiqueta...

—Por mí... yo estoy abierta a todo —comentó risueña.

Lo que no podía ni sospechar es que Harry iba dejar todo ese montón de ropa otra vez sobre la silla, iba a arrebatarse el vestido negro de la mano, dejarlo también sobre el resto de ropa y a abrazarla tan fuerte que Caroline sintió lo excitado que estaba:

—Estás un poco... *Mmmm...*

—Siempre digo la verdad, Caroline. Siempre...

Caroline le miró y por un momento creyó que estaba otra vez en uno de sus sueños, porque había soñado unas cuantas veces que ese hombre entraba en su habitación y se amaban de miles de formas.

—Bésame, Harry... —le susurró con los ojos cerrados.

Harry la cogió por el cuello y le dio un beso muy húmedo y ardiente en la boca, la devoró desesperado mientras le alborotaba la melena rubia con las manos.

Caroline con un deseo ya descontrolado, le quitó la chaqueta del traje y le empujó hasta la cama...

Harry cayó boca arriba y ella se tumbó encima de él, sin dejar de besarlo y frotándose con el tremendo bulto que pujaba entre las piernas de ese hombre.

El descendió a besos por el cuello que mordisqueó y luego levantó el jersey que llevaba, apartó el sujetador y le besó los pechos hasta hacerla enloquecer.

Caroline estaba tan excitada que le pidió a Harry con la mirada mucho más...

—Házmelo Harry...

—No tengo condones, nena.

Caroline recordó que Telma guardaba siempre una caja por lo que pudiera pasar en el botiquín del baño y le pidió a Harry que la dejara ir a buscar uno:

—Un segundo.

En cuanto Harry la vio aparecer otra vez en el cuartito, le arrebató el condón, se lo puso y la empujó para que se tumbara otra vez en la cama.

—Me muero por hacer esto, Carol...

Y Harry se hundió dentro de ella, tal y como sentía que se lo estaba pidiendo, fuerte y duro...

Y Caroline gimió, porque aunque se lo estaba haciendo tal y como había soñado tantas veces, aquella rudeza le dolió:

—Harry...

—¿Estás bien, preciosa? Estás tan cerrada... Tenía que haber sido más cuidadoso, pero sentí que tú lo querías así.

—Lo quería, pero me temo que llevo bastante tiempo sin hacer esto. Y no es que fuera una experta. Y luego tú tienes un tamaño que...

—Va estar todo bien.

Harry comenzó a moverse despacio, lento y suave, sin profundizar demasiado

en las penetraciones, hasta que notó que se iba relajando más y comenzó a ganar en intensidad.

Caroline empezó a dejarse llevar mucho más, a entregarse a todo ese placer y se aferró fuerte a las nalgas duras de Harry para que le diera mucho más:

—Sigue, por favor... Sigue...

Harry al sentir que se estaba abriendo mucho más, comenzó a penetrarla con más profundidad, con más intensidad, con mucho más ritmo. Y ahí los dos enloquecieron.

La sensación era tan fuerte y electrizante, que Caroline sintió que su interior no iba a resistir más, pero Harry descendió hasta su clítoris que estimuló hasta arrancarle tal orgasmo que él gruñó de puro orgullo.

Luego, cuando la chica aún jadeaba, él volvió con las embestidas, pero esta vez más duras, más contundentes y Caroline creyó que no iba a poder soportarlo.

El placer era tan intenso que se confundía en un torbellino de sensaciones indescriptibles, mientras su interior se tensaba al máximo. Quería dárselo todo a Harry, entregarse hasta el final, demostrarle que su amor era así de grande, así de incondicional...

Porque para ella todo iba junto, el deseo y el amor, y si con él se estaba entregando de esa forma era porque era el hombre que más había querido en su vida.

—Te amo, Harry... —susurró emocionada, con los ojos llenos de lágrimas.

Harry al escuchar esas dos palabras, sintió que iba a derretirse de amor y deseo, y lo hizo porque justo en ese instante sintió que ya era irremisible y la penetró con tal fuerza que ella gritó al sentirle más duro y más dentro que nunca.

—Dámelo Harry, dámelo...

Al escuchar la súplica desgarrada de esa mujer que lo estaba dando todo, Harry ya que sí que no pudo contenerse más y un orgasmo feroz le sobrevino mientras gritaba el nombre de la mujer a la que amaba...

Capítulo 25

Después decidieron darse una ducha rápida en la ducha de plato en la que apenas cabían los dos, pero lo hicieron muertos de risa y sin dejar de besarse.

Cuando con mucho esfuerzo consiguieron quitarse la espuma con la que se habían enjabonado, los dos se sobresaltaron al escuchar el timbre de la puerta:

—¿Esperas a alguien? —preguntó Harry.

—No, Telma ha quedado con unas amigas. O eso creo... —farfulló Caroline, justo en el momento en que se escuchaba gritar desde fuera a su amiga.

—Carol, ¡soy yo! ¡Ábreme que vengo sin llave!

—¿Qué hago? ¡En el armario no me puedo esconder porque...!

Carol se partió de risa, salió de la ducha, le lanzó una toalla a Harry y ella se puso un albornoz.

—Vete a mi cuarto a cambiarte...

—¿Sabes que estas situaciones tienen su punto de morbo? Ni de adolescente había vivido estos momentos de pillada y oye son tan divertidos...

—Jajajajajajajaja. ¿Tienes algún inconveniente en que Telma sepa que estás aquí?

Harry fue a responder justo cuando Telma seguía aporreando la puerta al grito de:

—*Caroooooooooooooooooool*, ábreme la puerta. ¿Me escuchas, nena?

—Soy tu novio, Carol. ¿Por qué me va a importar? Al contrario, estoy feliz de que todo el mundo sepa que estamos juntos.

Carol le besó en los labios y se marchó a abrir a su amiga, en tanto que Harry se fue a ponerse la ropa...

—Ya va, ya va...

—¡Un poco más y me dan las dos de la mañana! ¿Qué haces duchándote a estas horas? —inquirió Telma en cuanto su amiga le abrió la puerta.

—Estoy con Harry... —cuchicheó haciendo la V con los dedos.

—¿Aquí? ¿Has traído al señor Drake a nuestro cuchitril de mierda? — preguntó horrorizada.

—He venido a cambiarme de ropa, nos vamos a cenar y luego de copas... Pero...

—¿Pero qué? —replicó Telma con los ojos como platos.

—Que le he enseñado mi habitación y...

—Dios, qué valor, nena. Eres mi heroína. Solo tú eres capaz de meter a un billonario en este antro... ¡Pero si yo ni me atrevo a decir dónde vivo a mis conquistas!

—Harry es un tío sencillo, quería ver mi habitación y bueno...

Telma le miró con cara de pánico y preguntó temiéndose lo peor:

—¿Se te ha infartado o qué?

—Jajajajajajaja. Pues casi, pero no por ver las escasas dimensiones de la habitación, sino porque hemos estado... Ejem... Ejem... —comentó levantando una ceja.

—¿Quééééééééééé? ¿Te has tirado al señor Drake en ese agujero?

Carol asintió muerta de risa y luego le dijo al oído:

—Y nos hemos duchado juntos...

—¡La madre que te parió! ¿Pero tú eres consciente de lo que has hecho, nena? ¿No te da miedo a que salga espantado? Ese hombre está podrido de dinero, estará acostumbrado a estar en los mejores sitios. Y tú vas y le metes aquí, en esta caja de cerillas cochambrosa... Ay madre... —murmuró muy angustiada.

—¿Pero qué pasa? Es un lugar limpio, pequeño, pero decente.

—Me temo que no es una buena idea traer a Harry aquí, y más si está confuso. En este lugar lo único de lo que va a percatarse es de las enormes diferencias de clase que hay entre vosotros y corres el riesgo de que se confunda más todavía. A la gente se le va a la pinza mucho con las diferencias sociales... Él viene de un mundo, tú de otro...

—No te agobies por eso, Harry ya no está confundido.

—¿Te ha visto tan mal que te ha pedido matrimonio para rescatarte de este horror o qué?

—Jajajajajajajaja. ¡De momento, no hay boda! Jajajajajaja. Hoy ha estado con su padre y ha soltado lastre. Se ha dado cuenta de muchas cosas, entre ellas de que ya está listo para meterse de lleno en la relación. Y vamos a celebrarlo, he subido a cambiarme de ropa, pero estábamos tan entusiasmados que nos hemos emocionado en la habitación y...

—¿Y dónde le tienes? ¿Encerrado en el frigorífico?

—Está cambiándose en la habitación.

—¿Y también os lo habéis montado en la ducha? Tía, porque si es así, lo vuestro es para iros derechitos a las Vegas a trabajar de contorsionistas.

—Jajajajajaajajaja. Pues porque nos has interrumpido que si no... Jajajajajajajaja.

—Buenas tardes, Telma —habló el señor Drake tras salir vestido y con el cabello mojado de la habitación de Caroline.

—¡Dios mío, señor Drake! ¡Qué susto! —exclamó Telma llevándose la mano al pecho.

—¿Qué pasa? ¿Qué es lo que te asusta? —preguntó Harry sin entender nada.

—Ha aparecido así, de repente...

—Estaba escuchando risas y quería unirme a la fiesta. Sí, yo, el ogro Drake, aunque te parezca raro... Por cierto, me gustaría que me tutearas...

Telma estaba impresionada, porque no lograba a ver al señor Drake de otra forma que como su jefe:

—Me pide demasiado, es que para mí es usted ante todo mi jefe.

—Lo entiendo pero resulta que también soy el novio de tu amiga...

—¿Ya? ¿Hay compromiso y todo? —preguntó alucinada.

—Jajajajajajaja. Ha dicho novio, de momento mira mis manos, no hay anillo... —bromeó mostrándole la mano.

—Pero lo habrá pronto —dijo Harry completamente en serio.

—¿Ah sí? —replicó Carol, dando un respingo.

las cosas funcionen, y segundo porque tanto como exiges, das.

—No creo que dé tanto cuando vivís aquí... Y lo digo con respeto, no quiero que os sintáis mal. Es un sitio acogedor y tal, pero es tan pequeñito...

—Pagas muy bien, Harry. Triplicas lo que ofrece el mercado, pero los alquileres en Manhattan son prohibitivos —le explicó Telma.

—Tengo a un amigo que tiene una de las mayores agencias inmobiliarias del país, le voy a pedir que busque algo cerca de la oficina. El ogro paga que tiene muchas culpas que expiar...

Capítulo 26

Después de la charla con Telma, Caroline se arregló, se marcharon a cenar a un restaurante de moda en el Soho y luego a tomar una copa a un local que estaba enfrente y que pertenecía a un amigo de Harry.

—Este sitio es precioso, Harry, gracias por traerme...

Caroline estaba fascinada con el lugar, elegante pero a la vez con un punto de locura, con una decoración en colores intensos y divertidos, dj famoso y mucha gente guapa adonde quiera que mirase.

—Henry Zank tiene más de treinta locales repartidos por todo el mundo. Es la primera vez que piso este de Nueva York, estuve en otros adonde me llevaron por motivos de negocios, pero reconozco que sí que sabe cómo hacer las cosas.

Henry Zank además de ser un empresario de éxito, era como Harry Drake uno de los solteros de oro de la gran manzana.

—Henry Zank tiene una fama... —comentó Caroline, que hablaba por lo que había leído en la prensa.

—No creas nada que no vean tus propios ojos, Carol.

—Pero hay fotos de él con modelos y actrices en todas partes... Dicen que es un destrozacorazones...

—Son fotos que esas mismas mujeres filtran para promocionarse, pero Henry está más allá de todo eso. Es un tipo serio, muy serio... No haría daño ni a una mosca.

Y en esas estaban, cuando apareció de repente un hombre alto, fuerte, serio, de mirada penetrante y atractivo hasta decir basta:

—Harry Drake... ¡Ver para creer! ¿Eres tú?

Los dos hombres se fundieron en un fuerte abrazo, felices del reencuentro:

—Henry, precisamente estaba hablándole a mi novia de ti. Ella es Caroline Musset...

Caroline saludó a ese hombre tan atractivo por el que entendía que media humanidad suspirase y después de un rato en el que los dos amigos se estuvieron poniendo al día de sus negocios, aparecieron tres mujeres imponentes, altísimas, de espesas cabelleras, pechos turgentes y curvas por todas partes que le rogaron a Henry...

—Henry ¿no nos vas a presentar a tu amiguito?

Caroline de repente se sintió muy poca cosa al lado de esas mujeres de rompe y rasga que además llevaban ropas carísimas, bolsos de más de diez mil dólares y relojes de oro y diamantes.

—Estamos de suerte —dijo otra de las modelos—. Dos de los hombres más ricos de Nueva York, están aquí, juntitos y para nosotras solas...

Caroline tragó saliva porque le dio por pensar si a Harry no le gustarían las orgías y estaba a punto de proponerle tener algo con todas aquellas personas.

Y es que si lo pensaba bien, en esa faceta suya no le conocía lo suficiente... Tan solo había tenido sexo del bueno, pero tal vez le gustaba experimentar con cosas que ella no estaba dispuesta a probar.

Angustiada por la situación, miró a Harry que la cogió por la cintura y habló:

—Yo solo estoy para Caroline...

Caroline respiró aliviada y tras sonreír de oreja a oreja, le besó en los labios.

—Qué suerte tienes de haber encontrado el amor en alguien tan bella como Caroline... —reconoció Henry deseando algún día encontrar un amor semejante.

Y lamentando que Harry se le hubiese adelantado, porque esa chica tenía todo para hacer perder la cabeza a cualquiera. Y es que además de parecerle refinada, culta y con encanto, poseía esa clase de belleza que dolía... Una belleza que no solo era para encerrarse en un reservado y gozar hasta que los cuerpos resistieran, sino esa clase de belleza con la que te apetece vivir la vida entera. Justo lo que estaba buscando y justo lo que la vida no le daba, pero se alegraba por su amigo. Y mucho... Después de estar tantos años con la remilgada de Melissa se merecía una mujer que se veía que era pura pasión, instinto y fuego. Henry sabía ver esas cosas con solo mirar a los ojos de las personas, y en esa

chica lo veía. Era dulce pero salvaje a la vez, tanto que pensó que podía haberle hecho experimentar muchas cosas, abrirle mundos completamente nuevos, pero ella no era para él. Y él respetaba esas cosas...

—Tú también puedes tener esa suerte, Henry... No será porque no te falten candidatas —comentó una rubia despampanante.

Todas se echaron a reír, pero en los ojos de Henry había una pena muy honda que Caroline captó a la perfección.

Luego, después de un rato de charla intrascendente, Henry se marchó con las modelos y se perdió en uno de los reservados:

—Me da pena tu amigo —comentó Caroline, en cuanto se quedaron solos—. Tiene todo, pero realmente le falta lo más importante...

Harry la estrechó contra él y le susurró al oído:

—Justo lo que me pasaba a mí antes de conocerte.

—Tiene los ojos más tristes que he visto jamás.

—Perdió a su familia muy joven, tiene muchos amigos y conocidos, pero a la hora de la verdad me temo que está muy solo.

—Al principio creí que ibas a proponerme hacer una orgía con todos ellos...

Harry se apartó con el ceño fruncido y, muy sorprendido, le confesó:

—Me gusta el sexo, probarlo todo, pero siempre en pareja.

—Menos mal —musitó Caroline, llevándose la mano al pecho—, a ver que respeto a los que lo hacen, cada uno hace con su cuerpo lo que quiere pero yo solo entiendo el sexo con amor.

Harry la estrechó contra su cuerpo y la besó con una pasión que los volvió locos:

—Como yo, preciosa. Y en cuanto a Henry aunque practique el sexo grupal y...

—¿Pero no decías que era un hombre serio?

—Lo es. Daría todo por vivir una gran historia de amor, pero mientras se divierte dejando las cosas muy claras. Solo tiene sexo con personas que saben perfectamente a lo que van, puro placer sin más compromisos.

—Y ahora mismo ¿está con esas tres mujeres ahí dentro?

—¿Quieres mirar? —le preguntó Harry divertido.

—No, pero no entiendo cómo hay gente que puede hacer eso... ¿Tú lo has probado, Harry?

Harry negó con la cabeza y, recorriendo el cuerpo de esa mujer a la que se moría por hacer el amor otra vez, le confesó:

—Siempre he sido muy convencional, Henry y otros amigos me han propuesto cosas, me han invitado a fiestas en las que sucedían cosas muy fuertes. Imagina una piscina con gente guapa, desnuda y con ganas de vivirlo todo al límite... Pero nunca me llamó la atención, luego me ennovié con Melissa y el resto ya lo sabes.

—Me alegro de que seas tan convencional, yo también lo soy...

Harry lo celebró abrazándola muy fuerte y dejando que sus manos terminaran apoyadas en las nalgas redondas y perfectas de la chica.

—Pero eso no significa que no me guste explorar territorios prohibidos... —masculló apretando las nalgas y empujando a Carol contra su durísima erección.

Ella se giró para sentir esa dureza, presionando fuerte su trasero contra la erección y cerró los ojos de puro placer.

—A mí también me gusta explorar pero solo contigo... —cuchicheó al oído de Harry.

Acto seguido, el dj puso una música de lo más sensual y Caroline comenzó a moverse al ritmo de la canción, mientras seguía frotándose contra él.

Harry le dio la vuelta otra vez, la pegó bien contra su cuerpo y recorrió de una forma discreta pero sutil los pechos que se erectaron con el roce.

—¿No te has puesto sujetador? —preguntó Harry con la vista clavada en los pezones que la tela dejaba entrever que estaban durísimos.

—Se me ha olvidado con las prisas...

Harry gruñó de pura excitación y justo en ese instante un guapo camarero llegó con dos copas. Ellos las cogieron y acto seguido, Harry le confesó a Carol:

—Quiero esos pezones en mi boca...

—¿Ahora? —preguntó Carol, pestañeando muy deprisa.
Harry la cogió de la mano y, tirando de ella, replicó:
—Ahora...

Capítulo 27

Harry la llevó de la mano hacia la zona del reservado por donde antes se había perdido Henry y una vez allí dos hombres fornidos de traje negro de la seguridad, salieron a su paso:

—Esta zona es privada, señor.

—Soy amigo de Henry, ¿podría decirle que el señor Drake está aquí?

Uno de los hombres de seguridad, acostumbrado a que distintos amigos se sumaran a las fiestas privadas de su jefe, contactó con él por el pinganillo, porque Henry estaba permanentemente conectado con su equipo de seguridad y le preguntó:

—Señor, el señor Drake está afuera...

Caroline tragó saliva, de repente le asustó la idea de que Henry pensara que iban a incorporarse a la fiesta y Harry la tranquilizó:

—Tranquila, nena. Está todo bien.

Henry, que estaba dentro disfrutando de las tres bellezas, en cuanto recibió la información ni se le pasó por la cabeza que la pareja quisiera unirse a la fiesta.

Sabía bien qué tipo de sexo le gustaba disfrutar a Harry y desde luego su novia tenía toda la pinta de ser una chica romántica que no sabía disociar sexo de amor. Y lo respetaba... y no solo eso, anhelaba algún día poder encontrar algo así para él.

—Que pasen...—le ordenó al vigilante.

Caroline y Harry entraron en la zona reservada y tras pasar por un largo pasillo de paredes violetas y suelos de mármol, apareció a un lado una puerta de madera brocada que estaba entreabierta...

—Dios mío —susurró Caroline tras contemplar cómo Henry medio desnudo, penetraba a las tres modelos a la vez con distintas partes de su cuerpo.

Henry la escuchó, la miró y ella siguió caminando a toda prisa detrás de Harry

que la llevaba hasta la habitación del fondo.

—¿Estás bien? —preguntó Harry, porque la notaba muy ansiosa.

—No he podido evitar mirar: tu amigo estaba penetrando a una mujer por detrás, tenía a otra en su boca y a una tercera la estaba acariciando la vulva con el pie.

—Es sexo. Pero si te sientes incómoda nos vamos... No sé si esto es demasiado arriesgado para ti. Me estoy sintiendo muy inseguro, Carol.

—Es la primera vez que veo algo así en vivo y en directo y ¿te digo algo? Me alegro tanto de estar contigo, me parece terrible que haya gente que tenga que conformarse solo con el sexo cuando puede tenerlo todo.

—Somos unos afortunados, pero todas las opciones son válidas mientras sean consentidas. Henry encontrará su amor, mientras... Es un hombre muy sexual... Pero te repito que si no quieres estar aquí, nos vamos ahora mismo. Yo tengo una necesidad urgente de tenerte, pero si te agobias lo dejamos. Puedo esperar... aunque me reviente el pantalón...

Caroline se echó a reír y se relajó mucho más, además ella estaba con las mismas ganas que él, así que no, no pensaba irse:

—Vamos...

Harry empujó la puerta de la habitación del fondo y se encontró con una sala grande y espaciosa, con un sofá redondo y blanco de grandes dimensiones, situado en medio, espejos con marcos dorados y una máquina que expendía condones y geles lubricantes.

—Aquí deben practicar también camas redondas... —susurró Caroline, paralizada, porque nunca había estado en lugar semejante.

Harry mientras tanto compró un par de condones y varias dosis de lubricante y regresó junto a ella para calmarla.

—Es el estilo de Henry... Si te provoca mucho rechazo, Caroline, de verdad que podemos marcharnos ahora mismo.

Caroline miró a Harry con los ojos chispeantes de deseo y negó con la cabeza, porque deseaba estar con él y no podía demorarlo ni un segundo más.

—Estoy bien, Harry... Muy bien...

Harry le bajó lentamente la cremallera del vestido que cayó al suelo lentamente.

—Eres preciosa... —susurró acariciando los pechos, que al momento devoró hasta hacerla gemir de placer.

Ella le quitó la chaqueta, la corbata y la camisa y se quedó fascinada contemplando ese torso que también lamió y besó cuanto quiso.

Luego Harry la llevó hasta el sofá, donde se sentó todavía con los pantalones puestos y le pidió que pusiera frente a él.

Caroline obedeció, él le acarició el vello púbico con el dorso de la mano, luego introdujo un poco el dedo en el mojado interior y le pidió que se diera la vuelta.

Caroline estaba tan excitada que cuando Harry le acarició muy despacio las nalgas, gimió muerta de deseo.

—¿Quieres que lo hagamos por aquí?

Harry deslizó un poco un dedo en el orificio estrecho de atrás y una corriente eléctrica atravesó por completo a Caroline.

—Este sitio es tan morboso que invita a hacer cosas prohibidas. Pero solos tú y yo...

Harry sonrió, le pidió a Caroline que se colocara sobre sus rodillas y le vertió uno de los sobres de lubricante...

—Está frío... —murmuró al sentir el gel viscoso sobre su piel.

—Pero es necesario, quiero que lo disfrutes... —comentó Harry, extendiendo bien el gel y penetrándola ya con un dedo y hasta el fondo.

Caroline cerró los ojos y dejó que Harry trabajara su cuerpo, que lo preparara bien para lo que iba a venir después.

Harry se aplicó a fondo en dilatarla, la fue abriendo poco a poco, mientras sentía que la vulva se iba hinchando y mojando más y más...

Y es que Caroline estaba tan excitada que le suplicó a Harry que la penetrara ya...

Pero Harry sintió que todavía no era el momento, todavía estaba demasiado cerrada, y siguió penetrándola hasta que el anillo de músculos cedió un poco más y aceptó un tercer dedo.

Caroline sonrió, con los ojos llenos de lágrimas, porque la sensación la desbordaba, aceptó esa nueva invasión y dejó que ese placer nuevo la invadiera por completo.

Y así, Harry siguió regalándole ese exquisito placer, hasta que consideró que ya estaba lo suficientemente preparada y le pidió que se levantara.

Ella lo hizo pero necesitaba darle también a él un placer similar al que estaba recibiendo, era lo justo...

Por eso, le bajó la cremallera del pantalón y cayó de rodillas ante él para devorarlo...

Lo aceptó en su boca de una manera tan generosa que Harry creyó que no iba a poder contenerse por un segundo más.

Pero ella siguió, siguió lamiendo, chupando, aceptando, cada vez más profundo, más exigente, más al límite de sus propias fuerzas, y Harry ya no pudo más, Caroline le devoraba de tal forma que acabó corriéndose en el fondo de la garganta de esa chica que se daba por completo.

Después, cuando recuperó un poco el aliento, la sentó encima de él, le abrió las piernas y le acarició la vulva que estaba derretida.

Caroline jadeante, se dejó llevar por esas caricias tan osadas, tan certeras, tan precisas y sobre todo tan arriesgadas. Y es que Harry la penetró con dos dedos para estimularle el punto G que tocó hasta arrancarle unos gemidos desesperados.

—Lo estás haciendo muy bien, nena. Muy bien...

Harry la besó en la boca que le había dado tanto placer y siguió estimulándola con fuerza, para entregarle todo lo que merecía.

Ella le devolvió los besos, que se hicieron más húmedos, más salvajes, más exigentes y Harry entonces golpeteó con el pulgar el clítoris durísimo y mojado y ella ya no pudo más...

Una corriente de placer extremo la envolvió toda y gritó de tal forma cuando le sobrevino el orgasmo que Harry tuvo que tranquilizarla y asegurarle que los cuartos estaban insonorizados.

Luego, cuando aún estaba jadeante y sudorosa, exhausta de darlo todo, Harry volvió a penetrarla con dos dedos para recordarle que juntos no tenían límites y ella orgasmó otra vez mientras un líquido viscoso brotaba de su interior, colmándola de un placer infinito.

Capítulo 28

Pero no había acabado todo, al contrario solo acababa de empezar...

De hecho, al poco del grito alguien tocó la puerta, Harry abrió y observó cómo habían dejado champán y fresas.

Caroline aprovechó para ir al cuarto de baño y limpiarse y cuando regresó, se encontró a Harry sobre una alfombra que había encontrado precintada, tumbado sobre ella...

—¿Y esto?

—Estaba ahí detrás, está limpia... La estrenamos nosotros, ¿vienes?

—¿Estás seguro de que Henry no nos habrá escuchado? ¿Por qué entonces nos trae champán?

—Cortesía de la casa. No te preocupes por nada. Estamos en un lugar discreto y seguro.

—¿Estuviste antes con Melissa?

—Melissa jamás disfrutaba de estas cosas, detestaba los juegos. Con ella el sexo era muy previsible... Y yo lo aceptaba, ella era así, lo respetaba absolutamente.

—¿Y cómo pudiste aguantar? Tú eres tan...

—Solo sé que bendigo cada minuto que estoy contigo, Carol. Ven aquí, mi amor... —dijo cogiendo una fresa y ofreciéndosela.

Caroline se tumbó junto a él, y tomó en la boca con una sensualidad que a Harry le volvió loco, una fresa que era bastante grande.

La mordió, la chupó, la saboreó con los ojos en blanco y Harry se puso duro otra vez.

Estaba tan caliente que tomó otra fresa, la llevó hasta el pubis de la joven, jugueteó con la vulva y finalmente la acabó introduciendo un poco en esa humedad exquisita...

Caroline temblando de deseo, porque jamás había hecho esas cosas tan excitantes y tan sucias, le miró rendida de placer, él sacó la fresa y se la comió como si fuera el bocado más delicioso.

Así lo repitió unas cuantas veces más, con las fresas más gruesas que hundía y que luego devoraba...

—Harry esto es...

—Es todo para ti...

Harry entonces cogió otras cuantas fresas y las aplastó contra el cuerpo trémulo de la chica, contra los pechos duros y anhelantes, contra el vientre y finalmente contra la vulva mojada...

Luego demorándose cuanto quiso, poco a poco fue lamiendo hasta el más mínimo rastro de esas exquisitas fresas, en esa deliciosa piel, en esa deliciosa vulva que devoró haciendo que se corriera a gritos de nuevo...

—Muy bien, cielo. Eres maravillosa...

Harry la besó en la boca y ella al sentir esa mezcla de sus esencias y las fresas se sintió la mujer más *sexy* del mundo.

Aquello era sucio pero era lo más excitante que había hecho en la vida, tanto que cuanto Harry volvió a perder la mano entre sus nalgas, y a clavar dentro de su estrechez dos dedos, le pidió que se lo hiciera:

—Házmelo, Harry. Quiero saber lo que es...

Harry la notó mucho más dilatada y dispuesta, el anillo estaba mucho más relajado y la sentía tan mojada que supo que era el momento.

—Antes no estabas preparada, pero ahora te noto tan abierta. Hemos trabajado muy bien la zona, tú eres la que te has abierto así, para mí... Pero mi pene es más grueso que lo que has aceptado hasta ahora. Si te duele, dímelo y paramos. El placer si no es de dos, no es placer...

Caroline asintió y se colocó a gatas, porque quería hacerlo en esa postura, necesitaba sentirle así y él se colocó detrás.

Se puso un condón y colocó la cabeza de su miembro duro y grande en la puerta de ese orificio tan estrecho.

Caroline le sintió, respiró hondo y Harry empujó fuerte hasta clavar los primeros centímetros...

Ella gimió al sentir esa invasión tan nueva y tan electrizante, y dos lágrimas enormes recorrieron su rostro. Aquello dolía pero le gustaba, y no lloraba de dolor sino de deseo, de sentirse tan poderosa de poder ofrecerle al hombre que amaba tanto placer...

—¿Todo bien, preciosa?

Carol asintió, se retiró las lágrimas de un manotazo y Harry se salió para ver cómo estaba...

—Estás tan abierta, si lo vieras...

Carol se sintió muy orgullosa de haberse abierto así para él, pero necesitaba llegar hasta el final.

—Quiero más, Harry. Ábreme más, hasta el final... Lo quiero todo dentro de mí...

Al escuchar esas palabras la sangre de Harry ardió entera y volvió a introducir su miembro, de una embestida hasta la mitad... Luego, acarició la vulva mojada, el clítoris hinchado y cuando los jadeos de Carol fueron a más, se la clavó por completó de un fuerte empujón.

Ella gritó como nunca, se sintió tan abierta que creyó que iba a derrumbarse allí mismo, que no iba a poder soportar ese dolor que era placer, pero que al mismo tiempo era ya casi inaguantable.

Harry se salió hasta la mitad y le acarició el clítoris con el pulgar mientras le decía emocionado...

—Caroline eres fantástica, gracias por darme tanto... Eres la mejor. No hay nadie como tú...

Caroline se sentía tan abierta y expuesta, tan excitada que a pesar de que aquello era demasiado, le pidió a Harry que siguiera hasta el final:

—Sigue, Harry, te lo ruego...

—No quiero que te duela, nena. Estás abierta, pero no sé si estás preparada para llegar hasta el final.

—Por favor, Harry, necesito hacerlo...

Caroline lo dijo de tal forma que Harry se lo dio, volvió a clavarse hasta el fondo y comenzó a penetrarla suave, pero profundo mientras su pulgar seguía estimulando ese clítoris que acabó estallando en otro orgasmo feroz.

Harry entonces aprovechó esos espasmos para penetrarla más duro, más deprisa y ella a gritos le pidió que no parara...

Caroline en tensión máxima, sintiendo su interior arder, sintiendo que en cualquier momento iba a quebrarse, se entregó a esa fuerza descomunal de sensaciones, a la experiencia más fuerte de su vida y gritó y gimió y se entregó...

Se entregó a esas penetraciones, a ese placer infinito que era dolor, que era puro éxtasis, que era entrega máxima...

—Dámelo, Harry... Quiero todo. Dámelo...

Harry sintió que ya no podía más, estaba tan duro que de nuevo golpeteó el clítoris con el pulgar, al tiempo que con la otra mano tiraba suave del pelo sedoso y rubio de Carol, para que toda la sensación extrema no se concentrara en esa parte.

—¿Lo quieres, Carol? ¿Lo quieres?

Carol desbordada por todo, con su cuerpo estallando en otro orgasmo brutal y salvaje, gritó desesperada:

—Sí, Harry. Lo quiero...

Harry entonces se clavó hasta el fondo, tiró del pelo y ella gimió sabiendo que sus deseos se acababan de hacer realidad.

Harry sacó el miembro durísimo, retiró el codón y vertió un chorro abundante sobre las nalgas redondas y blancas, que temblaban exhaustas de tanto placer.

Caroline entonces rompió a llorar desconsolada y Harry con sumo cuidado, extendió la leche por la piel que tanto amaba.

—Llora mi amor, llora, si es lo que necesitas... Suéltalo todo, expresa lo que sientas, has sido tan maravillosa...

—No tengo palabras, es... Me desborda...

Harry volvió a hundir un par de dedos en esa estrechez que estaba tan dilatada y ella se apartó las lágrimas del rostro...

—Eres maravillosa. Gracias por entregarte así. Me lo has dado todo, mira cómo estás... Completamente abierta. Lo has dado todo para mí. ¿Tú sabes cómo me siento?

—Como yo. Lloro porque soy feliz, Harry —reconoció—. Jamás pensé que sería capaz de hacer nada como esto pero contigo no hay imposibles.

—Eres mágica, princesa. Jamás nadie me amó de esta manera...

Caroline cayó tumbada sobre la alfombra, bocabajo porque ya no podía más, y Harry a su lado la besó suave en los labios, mientras ella le decía:

—Te amo, Harry. Te amo...

Capítulo 29

Después de todo lo que había pasado, tan intenso y tan especial, ninguno de se quería separar del otro. Por eso, cuando Harry le propuso que se fueran a su casa, ella aceptó sin pensarlo.

Si bien de vuelta a casa en el deportivo de Harry, a este le empezó a asaltar un temor que no dudó en compartir con ella:

—Caroline esta noche quería que fuera especial, es la primera como novios oficiales, quería que fuera lo típico de cena y copas, pero me temo que lo he acabado arruinando todo con mi deseo tan urgente.

Caroline le miró con el ceño fruncido y replicó sin entender nada:

—¿Por qué dices eso?

—Tenía que haber esperado a llegar a casa, tenía que haberte dado un entorno confortable, una copa frente a la chimenea, música suave... Y no un reservado de un local exclusivo donde a pocos metros están disfrutando de una orgía...

Caroline tragó saliva porque así contado en frío no sonaba nada romántico, pero ya no había lugar a lamentaciones:

—Reconozco que no había violines y confieso que la imagen de Henry con esas chicas me impactó porque jamás había visto nada igual. Pero yo tenía un deseo incontenible y no podía esperar a llegar a casa.

Harry respiró aliviado y mirándola emocionado, pues había parado en un semáforo afirmó:

—Yo tampoco. Lo que ha pasado en ese reservado ha sido tan importante para mí, Caroline. Es como tu primera vez de alguna manera...

—Totalmente, jamás había practicado eso con nadie. Era mi primera vez. Y ha sido inolvidable, Harry.

—Tal vez demasiado primaria, demasiado instintiva...

Caroline notó a Harry tan preocupado por si no estaba haciendo las cosas bien

que le dijo:

—Harry no soy una muñequita de porcelana, soy inexperta pero eso no significa que no tenga deseo ni ganas de practicar cosas prohibidas. Si no las he hecho hasta ahora es porque no había aparecido la persona adecuada. Con mis anteriores parejas no fui tan lejos, porque no surgió, porque no supieron provocarme todo eso que tú me sacas.

—Entonces, Melissa tenía razón... Conmigo evitaba el sexo pero con ese tío se ha abierto por completo.

Caroline sintió entonces una punzada de celos terrible, pues no entendía por qué se estaba acordando de Melissa. ¿Tal vez porque se estaba dando cuenta de que aún la quería?

Angustiada, se atrevió a preguntarle:

—¿Sigues pensando en ella?

De inmediato, Harry negó con la cabeza y replicó enojado:

—¿Yo? ¡No! ¿Cómo se te ocurre? Para nada, lo único es que necesito poner en orden en mi interior algunas cosas. Algo dentro de mí, en mi hombría y sé que esto te va a parecer una tontería, se rompió con la traición de Melissa. Era como si yo no hubiera sido lo suficientemente bueno como para darle todo eso que el otro le estaba dando. ¿Lo entiendes? Es duro de digerir que yo tuve años a mi lado a una mujer que era de hielo, y resulta que aparece otro y es puro fuego en sus manos.

—Pero no se trata de ti...

—¿Ah no? —replicó Harry, curioso por saber lo que estaba pensando Caroline.

—No, se trata de que hay personas que nos tocan y sucede la magia y otras con las que no. Se trata de conexión, de complicidad, de que se establezca esa chispa que hace que salte todo por los aires.

—Está claro que con ella no había chispa... Pero contigo, tal vez por eso me dejo llevar y sale mi lado más sexual, más salvaje... Te prometo que aunque mi hombría estuviera maltrecha no he sido así contigo para apuntalar mi ego, ni

demostrarme a mí mismo de lo que soy capaz. Es que necesitaba darte todo eso y de esa forma... No sé si me explico...

Caroline sonrió porque le entendía perfectamente, por eso asintió con la cabeza y replicó:

—Me pasa como a ti. Y lo de esta noche no voy a olvidarlo nunca...

Caroline colocó la mano sobre la de Harry en el volante, él la estrechó con todo el amor que albergaba en su corazón y ya por fin en paz, condujo feliz hasta su lujoso apartamento.

Un apartamento tan grande que Caroline se quedó alucinada en cuanto entró y vio que aquello era infinito:

—¿Cómo haces para no perderte en esta inmensidad? —masculló estupefacta.

—Me gustan los espacios grandes...

—O sea que cuando hemos estado en mi cuarto has tenido que pasarlo fatal...

Harry la abrazó con fuerza, la besó en los labios y susurró pegado a ella:

—Contigo siempre lo paso bien, nena.

Caroline sonrió y Harry la llevó junto a la chimenea, tras preguntarle si quería tomar algo.

Ella dijo que no, él se sentó a su lado, abrazándola y le preguntó:

—¿Crees que podrías vivir aquí?

Caroline le miró extrañada y replicó nerviosa:

—Harry estaría mal de la cabeza si te dijera que no podría vivir en este pedazo de apartamento de lujo con esas impresionantes vistas a Central Park —contestó mientras contemplaba cómo Nueva York no dormía a través de uno de los enormes ventanales.

—Melissa no podía. Tuvimos que comprar otra casa, donde se supone que iban a nacer nuestros hijos porque esto no le parecía un lugar idóneo para crear un hogar.

—A mí me encanta...

Harry sonrió porque a él ese apartamento también le parecía el mejor lugar del mundo...

—Lo compré muy ilusionado antes de conocerla, me gusta correr y montar en bicicleta por Central Park, me gustan las vistas, me gusta comer *hot dogs* en el puesto de la esquina, me gusta el bullicio, la vida que late, las sirenas, el tráfico, todo...

—Y a mí, yo daría cualquier cosa por poder vivir en un sitio como este. ¡Y encima amplio! Jajajajajaja.

Harry la tomó por la barbilla, la miró con los ojos chispeantes y le propuso con un nudo en la garganta:

—Dame tu amor...

—¿Cómo? —pestañeó nerviosa.

—Es muy sencillo. ¿No dices que darías cualquier cosa por vivir aquí? Lo único que tienes que hacer es amarme... Es fácil...

—Harry Drake ¿me estás pidiendo que me venga a vivir contigo?

—Luego le pediré la mano a tus padres, porque soy asquerosamente convencional, pero de momento y porque no puedo esperar ni un segundo más, ya sabes lo impetuoso que soy, te propongo que te vengas a vivir conmigo, si quieres...

Caroline estaba tan emocionada que el corazón parecía que se le iba a salir del pecho.

—Dios mío, Harry...

—O si prefieres podemos irnos los dos a tu apartamento... Sobre la silla de tu cuarto creo que podría poner dos trajes míos encima.

Caroline se echó a reír, pero no podía dejar de sentir cierta ansiedad porque no esperaba que fuera a proponerle semejante cosa:

—Para mí sería un sueño vivir contigo donde fuera: aquí, en mi cuartito enano, en cualquier parte. Pero mis padres son demasiado conservadores y se llevarían un disgusto tremendo si supieran que vivo con un hombre.

Harry sintió cierta decepción porque lo quería ya todo con esa mujer, pero lo entendió y le dijo:

—Entonces, déjame que mi amigo os encuentre un apartamento bonito y

luminoso, cerca de la oficina, en el que vivas hasta que nos casemos.

—¿Nos casemos? ¿De verdad que lo estás diciendo en serio? ¿No tienes bastante con soportarme en la oficina?

Harry la estrechó contra él y respondió con una convicción absoluta:

—Nunca me canso de ti, Caroline. Ni me sacio... Jamás...

Y luego se fundieron en un beso apasionado que los desató otra vez...

Capítulo 30

Después de un fin de semana de lo más apasionado, volvieron al trabajo felices por todo lo que estaba pasando.

Además, a primera hora apareció en la oficina Charles Parker, el amigo de Harry que poseía una de las mejores agencias inmobiliarias del país, y que se presentó ante Telma que se quedó maravillada al verle.

Porque Charles Parker era un hombre de impresión, moreno, fuerte, de ojos grandes y profundos, alto, elegante y con aspecto de que siempre conseguía lo que se propusiera, fuera lo que fuese.

Y a Charles le sucedió algo parecido con ella, porque las pelirrojas desde siempre habían sido su perdición. Y esa joven con tantas curvas, ojazos y desparpajo atroz en otro tiempo habría sido sin duda su tipo.

Pero ahora ya no estaba para coqueteos ni romances, estaba completamente cerrado al amor desde su divorcio con Anne, la pelirroja que le había partido el corazón para siempre.

—Buenos días, soy Charles Parker, de la agencia inmobiliaria. Harry me ha llamado para que le encuentre un apartamento luminoso y cercano a las oficinas para su novia y una amiga.

Telma puso los ojos como platos y confirmó emocionada:

—Yo soy esa amiga. Ay madre, el señor Drake es un hombre de palabra pero no pensé que sería tan pronto. ¡Vamos a cambiarnos de apartamento! ¡Qué ilusión!

Telma estaba tan emocionada que a Charles le hizo gracia esa espontaneidad y esa alegría...

—¿Dónde vivís ahora?

—Mejor no lo quiera saber, señor Parker.

—Llámame Charles, eres la amiga de la novia de uno de mis mejores amigos.

Vamos a vernos mucho, así que...

Telma sonrió y Charles pensó que tenía una sonrisa perfecta:

—Bien, Charles, pues vivimos en un apartamento cochambroso por el que pagamos un ojo de la cara. Pero es que Manhattan es carísimo...

Charles sacó su celular y buscó los apartamentos que había seleccionado para ellas:

—He escogido unos cuantos, siete en total, pero creo que se ajustan a lo que estáis buscando: amplios, luminosos, ubicados en esta zona y algunos hasta con jardín y piscina en la azotea.

Al escuchar aquello a Telma por poco no le dio un vuelco al corazón:

—¿Has dicho jardín y piscina?

Charles de repente se imaginó a esa belleza en un bikini muy *sexy* tomando el sol en la piscina del apartamento que había seleccionado y le vino un subidón de adrenalina que hasta le asustó.

Si él ya era inmune al poder de las pelirrojas ¿por qué narices esa chica le estaba poniendo así?

—Sí, he dicho —respondió molesto, cerrando el móvil abruptamente y guardándolo en el bolsillo.

Al ver esa reacción tan airada, Telma se preocupó bastante:

—¿Qué pasa? ¿He dicho algo inconveniente? ¿Te parezco una boba? ¿O lo que es peor? ¿Una interesada? ¿Piensas que elijo ese porque soy una aprovechada? Te prometo que yo no soy así, lo que pasa es que las piscinas y los jardines me pierden... Son mi sueño... Algún día espero comprarme algo así, no en esta zona porque jamás podré pagarlo, pero...

Charles se sintió culpable de haber tratado a esa chica de ese modo tan grosero y aclaró:

—No has dicho nada inofensivo, simplemente... que ya has decidido. Ahora mismo se lo comunicaré a Harry...

Mintió porque no iba a decirle que solo de imaginarla con un bikini muy pequeño se había puesto cardiaco.

Además él no era de ese tipo de hombres que iba con el sexo en la cabeza a todas horas. Y más desde que se había divorciado y no había vuelto a estar con ninguna mujer...

Telma con los ojos llenos de lágrimas se llevó las manos a la boca:

—Oh, no puedo creerlo...

—Créelo y no dejes nunca de luchar duro por tus sueños. Si quieres un hogar con piscina y jardín, ve a por ello, trabaja duro y lo tendrás.

—Ya, pero soy recepcionista...

—¿Qué estudiaste?

—Publicidad y Relaciones Públicas y te juro que me he matado buscando trabajos de lo mío, pero nunca he encontrado nada que no sea trabajos de oficina. Y créeme que este es el mejor... El señor Drake paga muy bien y me gusta muchísimo lo que hago.

—¿Nunca has trabajado de lo tuyo?

Telma negó con la cabeza y respondió no sin cierta pena:

—Ni creo que lo haga. Piden en todas partes experiencia y yo solo tengo de recepcionista. Así que bueno, tienes razón en que nunca hay que dejar de soñar, pero también hay que ser realista.

Charles pensó que todo el mundo merecía una oportunidad, que era una pena que esa chica tan joven ya hubiese renunciado a desarrollar su carrera profesional porque el mercado fuera tan exigente.

Además se daba la circunstancia de que él necesitaba a alguien en ese justo momento, por eso le contó:

—Yo estoy buscando alguien que lleve toda la parte de comunicación de mi empresa. Mi anterior director se ha marchado a Europa y necesito a alguien...

—Tengo compañeros de la universidad con experiencia en grandes empresas, si quieres puedo facilitarte sus perfiles de LinkedIn...

Charles dio un manotazo sobre el mueble de madera maciza de la recepción y bufó:

—Caray, ¡esa es la forma que tienes de luchar por tus sueños!

Anonadada por la reacción, Telma le miró sin dar crédito:

—¿Qué pasa ahora?

—Pasa que no puede ser que te esté dando una oportunidad y tú te pongas a pensar en llamar a los colegas de la universidad.

—Es que yo no tengo experiencia para dirigir el departamento de comunicación de una empresa como la tuya.

—Yo quiero a alguien que trabaje duro, que se entregue a la empresa, que lo dé todo y que me haga crecer mucho más. Y sé que tú sirves porque si no Harry no te tendría como la cara visible de su empresa. Conozco a ese hombre que hay ahí dentro y sé lo que exige a su gente. Si estás aquí con él, es porque eres leal, trabajadora, creativa, entusiasta y capaz de todo lo que te propongas.

Telma escuchaba a ese hombre tan carismático y que además estaba buenísimo con los ojos como platos, porque jamás había conocido a nadie como él.

El señor Drake era un triunfador, con dotes de mando y terriblemente atractivo, pero Charles Parker era distinto, tenía un punto canalla en la mirada que la estaba volviendo loca. Y encima, era un embaucador porque estaba a punto de convencerla de que ella era un profesional valiosa, capaz de cualquier cosa...

Si bien, había un gran escollo: se debía al señor Drake, él le había dado su gran oportunidad y pensaba serle leal...

—Te agradezco tus palabras, pero no puedo dejar al señor Drake, mi sitio está en esta empresa.

—Atrévete a luchar por lo que quieres. La vida está para arriesgar, si tomas siempre el mismo camino, no avanzarás ni crecerás.

—No voy a dejar colgado a Harry después de todo lo que ha hecho por mí.

—Y no imaginas cuánto valoro tu lealtad, es precisamente lo que más valoro en esta vida.

—Y yo —confesó Telma, que también respiraba por la herida, porque desgraciadamente también había probado la cucharada amarga de la traición.

—Hablaré con Harry, mi recepcionista Rebeca es una auténtica joya y le

vendría de maravilla conocer otro sector. Es una esponja y está abierta a los cambios y retos. Sé que aceptaría de buena gana venirse a trabajar aquí...

Telma sintió una ansiedad tremenda porque aunque por un lado le tentaba la idea de por fin trabajar en algo relacionado con su formación, tenía miedo a que el reto fuera demasiado grande para ella. Y además ese hombre era tan inquietante y estaba como un queso... *¿Le convenía tener un jefe sexy que le iba a exigir muchísimo en un trabajo que no había hecho nunca?*

Desconcertada, decidió echar el balón fuera con la primera cosa que se le ocurrió:

—Habla con Harry primero...

Capítulo 31

Tres semanas después, cuando en el aire se respiraba ya la primavera, las dos amigas estaban en la azotea del apartamento que Charles les había encontrado cerca del trabajo, sentadas junto a unas hamacas en una piscina que era un auténtico sueño.

—Todavía no me puedo creer que estemos aquí, Carol. Tomádonos unos Martini como dos auténticas reinonas.

Carol dio un sorbo a su Martini y dijo mientras perdía la mirada en las espectaculares vistas a los rascacielos.

—No le des más vueltas: estamos aquí. Algo bueno habremos hecho, amiga.

—Lo tuyo lo entiendo porque tu novio es billonario y te quiere, pero lo mío es que es de rebote y de verdad que me tengo que pellizcar todavía para creérmelo.

—Perdona que nosotras también trabajamos muy duro y nos merecemos esto y mucho más.

—¿Tú has visto bien esto, nena? No quiero ni saber lo que debe valer un alquiler en esta zona.

—Con tu nuevo trabajo de directora de comunicación puedes aspirar a cosas mejores que esta.

—Calla, no me hables que todavía no le he dado ninguna respuesta a Charles.

Carol se revolvió en su hamaca y le preguntó alucinada:

—¿Pero a qué estás esperando, nena? A Harry le parece genial que la recepcionista de Charles trabaje en la empresa y está muy contento con que al fin puedas promocionarte y encontrar un puesto para lo que has estudiado. Con nosotros no tienes las posibilidades de crecer como profesional que te ofrece Charles.

—Es que no sé si quiero crecer.

Carol dio un manotazo al aire y replicó ofuscada:

—¡Solo tienes miedo! Y lo entiendo, porque Charles es un tipo muy exigente y el reto es tremendo, pero tú estás perfectamente capacitada para hacerle frente.

—Eres mi amiga, qué vas a decir.

—Tienes un expediente académico brillante, tienes talento, eres trabajadora y aunque ahora estés cagada de miedo, te recuerdo que tienes agallas. Si no, no habrías entrado a trabajar con Harry Drake, el ogro de los ogros.

—Harry Drake es un osito de peluche al lado de Charles Parker. Hace su santa voluntad, es terco, es pesado, es arrogante, es pretencioso...

—Es un jefe, Telma, los tíos de empresa tienen que ser así. Por eso han llegado tan alto, creen en sí mismos, exigen, son perfeccionistas, se esfuerzan al máximo...

—Sí, pero este está buenísimo y tiene ese punto canalla que a mí me trastorna por completo.

Carol abrió los ojos como platos y habló con una sonrisilla en los labios:

—Vaya, vaya, o sea que te gusta, ¡con más razón para que firmes el contrato de una vez!

—Mira, no me siento segura de nada. Primero porque no tengo experiencia en el puesto, segundo porque no sé nada de inmobiliarias y tercero porque tengo el corazón roto y no quiero que me hagan más daño. Y te aseguro que ese tío me lo puede hacer y mucho... ¿Tú sabes el riesgo que correría al trabajar codo a codo con un tío que me gusta?

—Jajajajajajajaja. ¡Qué te voy a contar! Oye, que lo mío ha sido muy complicado, ¿o te recuerdo que Harry estaba comprometido con Melissa?

—Sí, pero Harry es un tío serio, que solo ha tenido relaciones serias, sin embargo este...

—Por lo que yo sé su mujer le engañó y desde que se divorció no está con nadie. Al menos eso es lo que dice Harry...

—Peor me lo pones, entonces es como yo. Tendrá sus miles de escarceos y es obvio que no debe querer nada con nadie.

—Entonces mejor para ti.

—¿Y si me enamoro? —preguntó mordiéndose los labios.

—¿Pero no dices que estás cerrada al amor?

—Sí, pero tía tú sabes que el roce hace el cariño...

—Mira, no seas pelma, tú prueba y si ves que no te conviene, regresa a la empresa. Harry siempre va a tener las puertas abiertas para ti.

Telma respiró hondo y habló dubitativa:

—De verdad que tengo un lío con esto tremendo, pero eso que dices me parece bien... Probar y si no funciona...

—¡Esa es mi chica! —exclamó haciendo la V con los dedos—. Me pido ser dama de honor en tu boda... ¿Te acuerdas cuando tú me lo dijiste a mí?

—Sí, es que lo vuestro se veía venir de lejos, hacéis una pareja muy bonita. Por cierto, ¿te ha pedido la mano ya?

—Llevamos muy poquito.

—Pues yo creo que debe estar al caer el anillo de pedida, porque el señor Drake tiene que estar ansioso por vivir contigo.

—Todo a su tiempo.

—¿Tú no te mueres por vivir con él? A ver entiendo que yo soy muy divertida y como compañera de piso soy ideal.

—Jajajajajajajajaja. Desde luego que sí.

—Pero donde esté vivir con la persona que amas que se quite todo.

—Mis padres sabes cómo son, no quiero darles disgustos. Prefiero que siga todo así de momento.

—¿Y ya conocen a Harry?

—No, precisamente el domingo vamos a comer a casa y estoy de los nervios. Vivimos en una casa muy sencilla y Harry ya sabes a lo que está acostumbrado.

—Harry no te va a juzgar por eso, al contrario... Te quiere tal y como eres y estará encantado de conocer el lugar donde has crecido.

—Todavía no me acostumbro a que Harry procede de un extracto social tan alto. Cuando estoy con él parece que es un chico de barrio como yo, pero luego con cosas como estas me doy cuenta del abismo que nos separa.

—Pero vuestros corazones se aman, lo demás da lo mismo. Que él sea rico y tú una chica normal no es un problema, Carol. No con un hombre como Harry que no es clasista ni tiene prejuicios de ningún tipo.

—Eso es cierto. Pero a veces me sucede que soy tan feliz que me da hasta miedo, nunca imaginé que la vida me tuviera deparado esto, Telma.

—Todo el mundo tiene miedo, preciosa. Pero si fuera todo previsible, la vida sería un aburrimiento.

—A ver si te aplicas el cuento con Charles...

—Ay no me hables de Charles que voy a acabar teniendo sueños húmedos con él. ¿Te acuerdas cuando tú los tenías con Harry?

—Ahora los hago realidad... Jajajajaja.

—Cuenta algún detalle morbosillo, por favor —cuchicheó Telma frotándose las manos.

—Solo te diré que con él hago de todo y cuando digo todo es todo.

—Qué envidia, chica. Yo como solo tengo relaciones casuales en los últimos tiempos, lo único que practico son los empotramientos. La gente no es nada original, a todos les da por lo mismo. Qué aburrimiento, con lo bonito que es el sexo imaginativo y variado.

—Voy bien servida de eso. Gracias.

—Quién te lo iba a decir a ti, cuando llegaste toda modosita a las oficinas, que ibas a acabar cumpliendo todas tus fantasías más sucias con el buenorro de tu jefe.

—Jajajajajajaja. Nos queremos y cuando uno se quiere lo expresa libremente.

—Follando como salvajes, vamos...

—¡Calla! ¡No seas soez! —exclamó Carol a punto de escupir su bebida de la risa.

—Amándoos apasionadamente bajo la luna azul... ¿Te gusta más así?

—Bajo todo, porque lo hacemos bajo la luna, bajo el sol, bajo las sábanas, bajo el fluorescente del Met...

Telma dio un respingo en la hamaca y replicó:

—¿Qué? ¿Lo habéis hecho también en el Museo Metropolitano? Cuenta con pelos y señales.

—Ni loca. Eso es secreto de sumario. Jajajajajajajajajajaja.

Capítulo 32

Y es que a pesar de que Harry se empeñaba en que fueran novios formales que hacían cosas convencionales como ir a un Museo de Arte, al final acababan haciendo cosas demasiado arriesgadas y *hots* adonde quiera que fuesen.

Como cuando llegó el domingo y Harry fue a recogerla al apartamento para ir a casa de sus padres...

Ese día estaba especialmente nervioso porque no solo iba a conocer a los padres de su novia, sino porque tenía una sorpresa demasiado importante para Caroline.

Muerto de la ansiedad, llamó al timbre, Carol abrió ya vestida para salir y estaba más guapa que nunca:

—Estás preciosa, princesa... —Harry se quedó con la boca abierta.

—Me lo he comprado esta mañana con Telma, es de Michael Kors... No sé, me pareció ideal para ir adonde mis padres, es un vestido a la rodilla, como le gustan a mi madre, pero entallado y *sexy* como te gustan a ti...

Harry la tomó por la cintura la estrechó contra él y la besó en los labios quitándole el *rouge* que acababa de ponerse.

—¿Telma está en casa?

—No. Ha salido ¿por?

—Porque tengo que decirte algo importante, pero antes debo hacer algo...

Caroline puso cara de susto, porque el tono de Harry sonó demasiado solemne.

—¿Algo importante?

—Sí, tranquila. Pero te va a gustar o eso creo...

Harry luego se mordió los labios, pasó a la casa, cerró la puerta tras él y volvió a besar apasionadamente a la mujer de su vida.

Y tanta fue la pasión, y tanto le estaba poniendo el vestido rojo que estrenaba su novia ese día, que la alzó en brazos y sin parar de besarla la llevó hasta el

salón...

Ella rodeó el cuerpo de Harry con las piernas y se temió lo peor, o quizá lo mejor:

—Dios mío, cuánto te deseo... —susurró empotrándola contra la pared blanca y fría del salón.

—Y yo a ti, Harry.

Carol comenzó a besarle desesperada por el cuello y en la boca, mientras él apretaba los pezones duros a través del vestido y luego sacaba los pechos al aire a través del escote.

Harry estaba tan excitado que ella sintió la erección pujando contra su pubis y gimió solo de pensar lo que estaba a punto de venir. Y es que después de que Harry le mordisqueara los pezones a su antojo y le acariciara el clítoris con el pulgar hasta ponerlo durísimo, le arrancó la ropa interior, se bajó la cremallera del pantalón, sacó su miembro y ella le suplicó con los ojos brillantes:

—Házmelo, Harry.

Harry preso de un deseo que ya era insoportable se hundió en la humedad ardiente de Carol.

Ella gimió de placer, cerró los ojos, y se dejó llevar por el mismo deseo, las mismas ganas, la misma urgencia y comenzaron a hacer el amor, fuerte, duro, entregándolo todo.

Se besaron, se lamieron, se dijeron que se querían, hasta que no pudieron más, Harry acarició el clítoris unas cuantas veces y ella se corrió con tal intensidad que él al momento fue detrás, derramándose entero dentro de ella.

Después se quedaron los dos sudorosos y abrazados, siendo muy conscientes de lo que acababan de hacer.

—Esto que ha pasado... Los dos estamos sanos, no hay riesgo de contagio de enfermedades de transmisión sexual, pero sabes que no tomo la píldora, Harry —le recordó ella.

—Lo sé. Y estoy dispuesto a asumir todos los riesgos, es más lo estoy deseando.

Caroline le sonrió emocionada porque ella sintió algo muy parecido:

—Te entiendo perfectamente porque me pasa lo mismo. Estoy dispuesta a todo contigo. Si viene un bebé, bienvenido sea. Acepto y asumo las consecuencias de mis actos y estoy preparada para afrontar lo que venga... Aunque para algunos sea una locura.

—¿Locura? Tengo 33 años, Caroline, creo que es una edad más que suficiente para formar una familia. No hay nada de locura en nuestras ganas. Lo que sí me gustaría es hacer las cosas por bien, por eso...

Harry se echó la mano al bolsillo de la chaqueta y sacó una cajita roja de terciopelo:

—¿Qué tienes ahí? —preguntó ella, boquiabierta.

—Es lo que te decía antes: tengo algo importante que contarte. Verás —dijo poniéndose muy serio—, me gustaría saber si a pesar de ser tu jefe cabrón, te gustaría casarte conmigo.

Caroline que esperaba escuchar cualquier cosa menos una petición de mano en toda regla, le miró con los ojos llenos de lágrimas, muy emocionada y además muy sorprendida:

—Oh, Harry... ¡Qué puedo decir!

—Solo se trata de que respondas sí o no. Es muy sencillo —bromeó nervioso por conocer la respuesta.

—¿Cómo voy a responder no, si te amo con todas mis fuerzas? ¡Para mí es un sueño ser tu esposa! Mi mejor sueño...

Harry abrió la caja y sacó un espectacular anillo de oro blanco y diamantes:

—Dame tu mano.

—¿Es para mí? —preguntó Caroline a la que le costaba creer que aquello estuviera sucediendo.

—Caroline Musset, te lo vuelvo a preguntar... ¿Quieres casarte conmigo a pesar de que te puede caer una buena encima? Te advierto que vas a tener que soportarme en el trabajo y en casa.

—Pero el anillo es tan bonito que con tal de tenerlo en mi dedo soy capaz de

todo.

—No conocía esa faceta interesada de ti, señorita Musset. O sea que ¿resulta que serías capaz de casarte por un anillo de oro y diamantes? —preguntó risueño.

—Me tiene enamorada totalmente.

—Pero de quién tienes que estar enamorada es de mí y no del anillo. Bueno, de los dos en todo caso —dijo en un tono simpático.

Caroline se puso seria y le confesó para que no le quedara ninguna duda:

—Jamás habría hecho el amor contigo sin protección si no estuviera segura de lo que siento. Te amo, Harry. Te amo como no he amado nadie y como sé que no amaré jamás. Eres el hombre de mi vida. Así que quiero que sepas que sí, que quiero casarme contigo y hacerte muy feliz.

—Ya lo soy, cariño.

Harry le puso el anillo que encajó a la perfección y a Caroline se le cayeron dos lagrimones por el rostro:

—Es precioso. No tengo palabras.

Harry la besó suave en los labios y replicó feliz como jamás lo había estado:

—Solo tienes que decir que me quieres, con eso basta.

—Te quiero, te quiero, Harry. Y eres un gran hombre, te admiro por todo lo que eres, por lo que te esfuerzas, por tu inteligencia, por tu generosidad, por tu disciplina, por tu sentido del humor... Para mí es un honor y un orgullo que quieras casarte conmigo.

—Es al revés, el que está orgulloso de que la chica más guapa y más lista de todo Nueva York quiera casarse conmigo soy yo. Pero me temo que vamos a dejar para más tarde esto de tirarnos flores, porque vamos a llegar tarde a casa de tus padres y quiero que se lleven una buena impresión de mí.

—No te preocupes, vas a caerles genial.

Harry le colocó bien a la chica el escote, se agachó a por la ropa interior que había roto y se excusó con una sonrisa gamberra:

—Perdona por el accidente...

Caroline cogió las braguitas muerta de risa y habló mientras Harry se abrochaba de nuevo el pantalón:

—Menos mal que no eran las de la suerte...

—Póntelas.

—¿Para qué? —preguntó Caroline, con mucha curiosidad.

—Tú hazme caso, póntelas que las vamos a necesitar...

Capítulo 33

Cuando estaban ante la puerta de la casa de los padres de Caroline en Staten Island, ella sintió un repentino pánico:

—¿Qué te pasa, princesa? Te noto rara.

Caroline tragó saliva y respiró hondo a ver si así lograba aplacar sus nervios, porque se sentía fatal solo con que Harry viera la fachada horrible y llena de pintadas en la que vivían sus padres.

—Mis padres son maestros de escuela, nuestro hogar es humilde y...

Harry la tomó por la barbilla, le dio un beso en los labios y susurró:

—Ya sé quiénes son tus padres y sobre todo quién eres tú. Estoy feliz de que me hayas traído a la casa donde has crecido con lo más importante que es el amor.

—Sí, pero no quita que me sienta un poco mal. No sé, tal vez los prejuicios los tengo yo en la cabeza y no tú. Pero como estás acostumbrado a un nivel de vida y a unos lujos alucinantes, me da miedo a que veas de dónde procedo y salgas corriendo.

—¿Y por qué iba a salir corriendo? ¿Acaso criais bichos peligrosos? —bromeó para que se relajara.

—Pues porque somos de clases sociales diferentes, Harry. Vemos el mundo de manera distinta, tú eres un ganador nato, en todo.

—¿Y tú? ¿Me quieres decir tú lo que eres? Porque yo solo veo a una chica luchadora que trabaja duro por conseguir lo que quiere. Y eso es ser un ganador, Caroline. Da igual la procedencia, da igual todo. Quítate esos temores de la cabeza. No voy a salir corriendo jamás porque te amo. Te amo tal y como eres, y a tu familia la voy a adorar hasta el último de mis días porque son los responsables de que yo al fin sea feliz.

Caroline se emocionó, se llevó la mano al vientre de la ansiedad y susurró

aliviada:

—Yo también soy feliz. Gracias Harry por todo.

—Gracias a ti, preciosa. Y ahora dame la mano y entremos de una vez.

Ya más tranquila, pero todavía inquieta, Caroline abrió con su llave la puerta de la casa y un olor a delicioso asado les invadió los sentidos:

—*Mmmmmm*, este olor a comida casera me fascina —dijo Harry.

—Es el famoso asado con puré de patatas de mi madre y no es porque sea mi madre pero es lo más rico que he probado nunca —le contó Caroline, mientras le llevaba hasta el salón comedor donde ya estaba la mesa puesta.

—¡Hola a todos! Ya estamos aquí —anunció Caroline a su padre y sus hermanos que estaban sentados en el sofá.

Todos se pusieron de pie y saludaron con simpatía al recién llegado, después de que Caroline hiciera las presentaciones.

Luego, apareció la señora Musset, que era como Caroline pero con treinta años más, que saludó a Harry de forma muy cariñosa:

—Qué ganas tenía de conocerle, señor Drake.

—Por favor, llámame Harry.

—Es que soy muy antigua y no me sale llamar al jefe de mi hija por su nombre de pila, pero lo intentaré Harry.

—Es que no estoy aquí como el jefe de su hija, señora Musset. Estoy aquí porque su hija es la mujer de mi vida.

La señora Musset se llevó la mano al pecho de la emoción y susurró:

—¡Ay qué bonito!

—Mi mujer es una romántica empedernida, discúlpala, Harry —dijo el señor Musset encogiéndose de hombros.

—Yo también lo soy, señor Musset. Lo he descubierto desde que estoy con su hija.

—Pues más bonito todavía, hijo. Y ahora por favor, pasad a la mesa que tengo el asado a punto de caramelo.

Todos se sentaron en la mesa, vestida con un mantel blanco impoluto y donde

lucía una vajilla sencilla pero encantadora y al momento llegó la señora Musset con el asado que disfrutaron todos muchísimo, entre risas y anécdotas.

Para sorpresa de Caroline, Harry encajó a las mil maravillas con su familia, parecía divertido con el sentido del humor del señor Musset, con la amabilidad entrañable de la madre y el desparpajo de los hermanos que hacían bromas sin parar.

De hecho, Harry parecía tan a gusto que Caroline al fin se relajó y comenzó a disfrutar con ese encuentro que no podía estar resultando mejor.

Claro que toda esa relajación se fue al traste cuando Harry después de los postres, se puso muy serio y le dijo al señor Musset:

—Señor Musset, me gustaría pedirle algo, algo muy importante...

Caroline se revolvió en su silla pensando que algo había contrariado a Harry hasta el extremo de cambiarle totalmente el humor. ¿Habría sido alguna broma de los chicos? ¿O algo que hubiera dicho su padre?

¿Pero qué? Si la conversación había resultado de lo más distendida para todos...

Sin entender para nada qué estaba pasando, escuchó como su padre decía con cierta preocupación:

—Dime Harry, lo que quieras...

—Sé que mi fama me precede, soy un hombre de carácter, insoportable y exigente como bien os habrá contado vuestra hija.

Caroline era cierto que había hablado pestes de su jefe, pero eso era antes de que estuvieran juntos.

—Alguna cosilla —aseguró el padre.

Y Caroline se llevó las manos a la cabeza temiéndose lo peor...

—¿Cómo qué? —preguntó Harry con curiosidad.

—Más que el qué, te contaré el cómo... Las palabras confunden la mayoría de las veces y yo siempre me fijo en el cómo, me da mucha más información —comentó el señor Musset—. Y desde el primer día, cada vez que Caroline nos hablaba de su jefe, se le iluminaba de tal forma la mirada que sabíamos que por

mucho que echara espuma de boca, había una admiración y un respeto muy profundos.

Caroline sonrió a su padre con los ojos llenos de lágrimas, mientras la madre corroboraba esas palabras.

—Y la admiración y el respeto es la base más sólida sobre la que construir algo importante.

—Así es señora Musset y esa es la razón por la que quiero pedirles la mano de su hija Caroline. Les juro que voy a cuidarla y protegerla, que voy a amarla hasta desfallecer, y que voy a luchar cada día con denuedo para que sea la mujer más feliz del mundo.

—Ya lo soy, Harry —replicó Caroline con una felicidad que no le cabía en el pecho.

—Harry, hijo, claro que tienes nuestra bendición para vuestra unión que vaticino que será muy dichosa —comentó el padre levantándose y fundiéndose en un abrazo con el prometido de su hija—. Y como hijo que vas a ser muy pronto, te pido que me tutees...

—Sé que vais a ser tan felices, Harry —habló la madre, abrazándole también.

—Muchas gracias por este recibimiento tan acogedor, sois una familia maravillosa. Y para mí es un honor pertenecer pronto a ella y ganar de golpe unos hermanos. Soy hijo único, siempre deseé tener hermanos y sé que hoy se cumplió mi sueño.

—Deberías casaros prontito, no lo dejéis mucho. ¿Qué tal en unas cinco semanas? —preguntó la madre muy feliz con la noticia.

—Mamá qué prisas tienes...

—Yo también las tengo, Caroline —aseguró Harry—. A mí no me parece mala fecha, además haremos algo sencillo, íntimo y familiar.

—A mí me gustan las bodas así, Harry —comentó la chica—, me gustan las bodas en las casas particulares.

—Me encantaría poder cumplir tu sueño, hija, pero esta casa es muy pequeña y vieja, y mira cómo está, llena de humedades. El otro día pedí un presupuesto

para reformarla y cuesta tanto como una casa nueva.

A Harry de repente se le encendió una bombilla y lo comunicó al segundo:

—Tengo una casa maravillosa con jardín en las afueras que sería un lugar ideal para celebrar una boda. La compré para vivir con mi ex, pero ella me dejó por otro, cosa que celebro porque así pude conocer el verdadero rostro de la felicidad con Caroline. Lo que sucede es que ahora que estoy aquí y veo la formidable familia que forman, me he dado cuenta de que realmente la compré para vosotros. Es la casa perfecta para los Musset y sé que será el lugar más mágico que puedo ofrecerle a Caroline para que tenga lugar la boda de sus sueños...

Capítulo 34

Cuatro semanas después, Carol estaba con la prueba final del vestido de novia, en Dior, que le había regalado Margot Dimarche.

—¡Estás bellísima, querida! Harry se va a sentir el novio más afortunado del mundo —comentó la señora Dimarche, que estaba sentada en un elegante butacón blanco.

—Mi niña se me casa —susurró la madre de Carol, mirándola llena de ilusión.

—Carol, estás preciosa. Pareces una princesa de verdad —dijo Telma que también fue a acompañarla a la prueba final.

Carol se miró en el espejo, con su vestido de alta costura en exquisito chantilly francés, con escote en pico, manga larga y falda abullonada y se echó a llorar porque eso no le podía estar pasando a ella.

Telma se levantó para abrazarla, mientras la dependienta de la tienda decía:

—A todas las novias les pasa lo mismo en cuanto se ven en la prueba final.

—Yo es que de verdad que ni en mis mejores sueños pensé que esto iba a pasarme. Casarme con un hombre maravilloso y vestida de alta costura, esto es más de lo que una chica humilde como yo podría soñar.

—¡Oh, Caroline! —exclamó la señora Dimarche dando un manotazo al aire—. Tienes exactamente lo que mereces. ¡Deja de ser tan modesta! Eres una chica adorable, buena, bonita, talentosa, inteligente...

—Para, Margot, que me voy a ruborizar.

—Es que es verdad, atrévete a soñar todo lo que te dé la gana porque es gratis y porque si luchas por tus sueños, se hacen siempre realidad. Detesto la gente que se niega a soñar y que se limita la vida hasta extremos inconcebibles. ¿Por qué una chica como tú no puede soñar con casarse con un buen tipo con posibles y con un traje de alta costura?

—Pues porque encontrar un hada madrina como tú, Margot, es algo muy

infrecuente que solo pasa en los cuentos. Por no hablar de mi príncipe azul, que gruñe un poco pero que es un amor...

—Hay hadas madrinas y príncipes por todas partes, tesoro. Solo hace falta abrir el corazón y la mente y aparecen. ¡Claro que aparecen!

—Pues a mí solo me han aparecido ranas —intervino Telma y todas se echaron a reír.

—¿No has empezado a trabajar con Charles Parker? —preguntó la señora Dimarche, llevándose la mano a la barbilla a su manera tan elegante.

—Sí, esta semana ¿pero qué tiene que ver con lo que estamos hablando?

—Pues que ahí tienes su cuento de hadas. Conozco a Charles muy bien y sé que es un auténtico príncipe.

—¿Cuento de hadas para mí? —preguntó Telma sin dar crédito a lo que estaba escuchando.

—Siempre le han gustado las pelirrojas, claro que con la que se casó le salió rana, absolutamente rana. Pero contigo será diferente...

—Jajajaja. Conmigo no va a pasar nada de nada, estoy totalmente cerrada al amor, aparte de que Charles Parker y yo somos de mundos diferentes. En fin, que no, que no hay cuento posible.

—¿Tú también vas a salir con lo de los mundos diferentes? ¿Pero no estás viendo lo que le ha pasado a tu amiga con Harry Drake? Por cierto, ajústale un poco más por la cintura, Rose, que se lo encuentro un poco suelto —indicó la señora Dimarche a la modista que estaba ultimando los detalles del vestido.

—Lo de mi amiga es algo excepcional, lo normal es enamorarse de la gente de tu entorno, de tu clase, de lo que está más a mano.

—¿Y qué hay más a mano que un jefe? —replicó la señora Dimarche soltando una carcajada.

—Lo importante es el amor, si hay amor de verdad, todas las barreras se vencen —comentó la señora Musset—. Y yo estoy feliz porque mi hija se casa por amor, mucho amor y amor del bueno. Que su prometido tenga dinero o no, es una anécdota, lo principal es que haya amor. Con amor todo se vence.

—Eso es cierto —afirmó Margot—, pero si hay dinerito tampoco viene nada mal.

—Yo me casé con un maestro de escuela y soy muy feliz. No he llevado una vida de lujos, jamás había pisado Dior y nunca he viajado fuera del estado, pero soy tremendamente feliz. Tengo unos hijos maravillosos, soy maestra también y amo mi trabajo. En fin, que el dinero no lo es todo. No hace falta tener mucho para ser feliz —confesó la señora Musset con orgullo.

—Por supuesto que se puede ser feliz sin lujos, pero lo que le quiero decir a esta joven tan encantadora es que no se cierre una puerta con Charles Parker porque se considere de una clase inferior a él.

—No es solo la clase social, es que tampoco le aguanto —reconoció Telma y las demás se troncharon de risa.

—Calla que así empecé yo y mírame cómo he terminado —recordó Caroline.

—Lo mío es peor —se quejó Telma mientras la modista terminaba de retocar el vestido de novia de su amiga—. Todo lo que le propongo me lo echa para atrás, nada le parece bien, me estoy rompiendo la cabeza para organizarle un evento para la inauguración de una nueva urbanización, y me cuestiona desde el catering hasta el último de los invitados. En mi vida he conocido a nadie tan controlador, tan obsesivo, ni tan exigente...

—Pues yo conozco a uno.

Todas rompieron a reír, momento en el que la modista dio por terminados los arreglos y todas quedaron encantadas.

Blanche la dependienta, trajo unas copas de Moët para celebrarlo y decidieron brindar por la felicidad de la novia:

—Para que tengas un matrimonio muy feliz, Caroline —dijo Margot levantando su copa—. Y por los cuentos de hadas que se hacen realidad...

Todas brindaron deseándole lo mejor y Caroline agradeció muy ilusionada tantas muestras de afecto:

—Muchas gracias por acompañarme en estos momentos tan especiales para mí. Sin vosotras jamás habría sido capaz de organizar una boda en apenas cinco

semanas.

—Va a salir todo genial, mi vida —le aseguró su madre tomándola de la mano.

—Mamá te agradezco todo el esfuerzo que habéis hecho con la mudanza, sé lo estresantes que son y más cuando se hacen con prisas.

Los Musset, a pesar de las primeras resistencias porque les parecía que era abusar de la generosidad de Harry Drake, decidieron instalarse en la casa que este les había ofrecido y acondicionarla para el gran día.

Ni que decir tiene que llevaban unas semanas de locos, pero todo era poco para hacer que Caroline tuviera la boda que se merecía. Y es que ella lo había dado todo por ellos, había trabajado muy duro, se había sacrificado al máximo, qué menos que ahora que ella los necesitaba que estar a su altura y hacer posible su sueño.

Una boda íntima, acogedora y familiar en una casa que ya olía a hogar porque los guisos de mamá podían olerse desde el mismísimo jardín.

—No tienes nada que agradecemos, hija mía. Al revés, somos nosotros los que estamos en deuda contigo por haber luchado con uñas y dientes por sacar adelante esta familia. Has dado mucho más de lo que podías, has renunciado a muchísimas cosas, ¿cómo no íbamos a estar a tu lado en este momento tan feliz de tu vida? Vas a tener la boda con la que siempre has soñado, Caroline. Y sé que vas a ser muy feliz...

Todas aplaudieron las palabras cariñosas de la señora Musset y luego Margot habló:

—Disculpad, pero para que esto sea un cuento de hadas completo falta algo...

Todas la miraron extrañadas, si bien Margot hizo una señal que tenía pactada con la dependienta que al momento apareció con una bandeja que traía algo que venía cubierto con un pañuelo rojo.

—Esto es para ti.

Caroline muy nerviosa, miró a Margot que la invitó con un gesto a que descubriera lo que había bajo el pañuelo.

Ella así lo hizo y se quedó boquiabierta al contemplar unos maravillosos

zapatos llenos de brillantitos que parecían hechos del mismo cristal:

—¡Oh, Dios mío! Pero si son de auténtico cuento de hadas —exclamó Caroline con los ojos llenos de lágrimas.

—Son tus zapatos, princesa —habló Margot feliz—, los han traído hoy mismo de París para ti.

Capítulo 35

Una semana después, Caroline se estaba poniendo sus zapatos de cristal en una de las habitaciones enormes de la espectacular casa que Harry había cedido a sus padres.

La maquilladora, la peluquera y la asistente que Dior le había enviado para ayudarla a vestirse acababan de irse y estaba sola con Telma, que la miraba fascinada.

—Estás guapísima, Carol. No sé yo si Harry será capaz de resistir tanta belleza.

—¡Espero que aguante que si no a ver con quién me caso yo! Jajajajaja. El que no sé yo si va a resistir tanto poderío es Charles, porque tú sí que estás para caerse de espaldas de guapa, amiga mía.

—Calla, calla, calla y no me hables que cada día le aguanto menos. Tía, yo creo que me vuelvo con vosotros a la recepción. Ese hombre va a acabar conmigo, es la criatura más tocapelotas que me he echado a la cara jamás. No le soporto, y encima no me libro de él ni en sueños...

—¿Sueños *hot*? —preguntó Caroline divertida.

—¿*Hot*? ¡No, por favor! ¡Lo que me faltaba! ¡Pesadillas! ¡Tengo unas pesadillas horribles!

—Aguanta un poco, mujer. Yo tampoco soportaba a Harry y mira dónde estoy: vestida de blanco y sin que me venga la regla.

Telma miró a su amiga alucinada y, sin poder creerlo, replicó:

—Tía, ¿de verdad o me estás vacilando?

—Que no me viene, no.

—Serán los nervios de la boda, es normal Carol. Organizar una boda en cinco semanas estresa a cualquiera. Además tú haces sexo con protección...

Caroline negó con la cabeza y le contó a su amiga:

—No, precisamente el día que nos comprometimos lo hicimos sin condón. Se nos fue de las manos, pero los dos éramos conscientes de que podía pasar y lo asumimos.

—¿Te has hecho el test?

—No. Prefiero esperar a que pase la boda para hacérmelo.

—¿Y Harry se ha percatado de que no te ha venido la regla este mes?

—Está tan liado con la boda y demás, que ni se ha dado cuenta.

—Tienes que decírselo pero ya. Mañana mismo tienes que hacerte la prueba y empezar a cuidarte. No quiero que le pase nada a mi ahijado.

—¿Ahijado? Jajajajajaja.

—O ahijada, pero vamos la madrina de esa cosita voy a ser yo, sí o sí.

Carol abrazó a su amiga muy fuerte y le dijo muy emocionada:

—Muchas gracias amiga, por quererme y cuidarme tanto. No sé qué habría sido de mí sin ti desde que empezó toda esta locura. Gracias de verdad por todo y solo espero estar muy pronto acompañándote a ti en un día tan especial como este.

—¿Pronto? ¿Yo? ¿Casándome? No, tía, no. Eso no es para mí. Me temo que tú has pillado al último hombre bueno que quedaba. Los demás son tóxicos.

—Anda, no seas exagerada que la vida siempre nos sorprende...

—A mí no.

—Mira que si Charles Parker es tu hombre...

—*Argggggggggggg*. Ni aunque fuera el último hombre del planeta.

Caroline se echó a reír y al instante su padre tocó la puerta de la habitación para avisarle de que era la hora.

Ella se miró en el espejo dorado por última vez y le pidió a su amiga que le deseara suerte.

—Suerte, mucha suerte, preciosa. Pero vamos... Lo tuyo es un exitazo asegurado.

Las amigas se abrazaron y luego Caroline se enganchó al brazo de su padre, descendieron con cuidado las escaleras para bajar a un gran salón que cruzaron

para aparecer en el jardín decorado con miles de rosas blancas y donde empezó a sonar la marcha nupcial.

Los invitados al verla aparecer se pusieron en pie y comentaron entre murmullos lo bellísima que estaba.

Pero sin duda, el que se quedó impresionadísimo al verla fue el novio, que estaba muerto de nervios junto al juez de paz que iba a casarlos.

—No puedo creerme que tenga tanta suerte... —le susurró Harry en cuanto la novia se puso a su lado.

Caroline le miró y pensó justamente lo mismo porque le pareció que Harry no podía estar más espectacular.

—Ni yo, no me lo creo, Harry...

Harry la besó dulce en la mejilla y le susurró al oído:

—Créetelo, cielo. Es real, muy real...

Caroline sonrió con las rodillas temblándole como flanes y comenzó la ceremonia que no pudo ser más bonita. Se leyeron poemas, sonaron canciones preciosas y luego llegó el momento del sí quiero y los asistentes rompieron en aplausos espontáneos.

Y es que la pareja era la viva personificación del amor más puro y verdadero...

Ya casados y después de las fotografías de rigor, Harry condujo de la mano a su recién estrenada esposa hasta la habitación donde se había vestido, porque necesitaba con urgencia estar a solas...

—Te amo, señora Drake. Te amo... —dijo besándola por el cuello y recorriendo sus pechos con las manos.

—Y yo, señor Drake, pero ¿no crees que sería mejor que esperásemos a la noche de bodas?

—No puedo más, he respetado tu propuesta de no hacerlo la semana antes de la boda, pero hasta aquí he llegado en mi abstinencia...

Caroline soltó una carcajada, mientras Harry levantaba las faldas vaporosas del vestido de novia de Dior y le bajaba las braguitas.

—Ah, ¿pero va en serio? —preguntó ella divertida.

—No quiero esperar a la noche, pero si tú tienes otro plan...

—¿Crees que para mí ha sido fácil aguantar esta semana?

Caroline le besó con toda la pasión del mundo y Harry la llevó en volandas a la cama, donde la dejó tumbada y la acarició hasta que sintió que estaba preparada.

Luego se desabrochó el pantalón, se hundió dentro de ella y comenzó a hacerle el amor, suave y lento, mientras no paraba de decirle que le amaba.

Ella respondió a tanto amor, exigiéndole con sus caricias que aumentara el ritmo y él se lo concedió. Fueron a más y más, hasta que llegó a un punto en que Caroline llegó al límite y Harry solo tuvo que tocarla un poco para que se corriera tan fuerte que él hizo lo mismo, derramándose entero.

Luego, abrazados y felices, Harry le susurró mientras le acariciaba el vientre:

—¿Te imaginas que salimos embarazados de esta?

Carol sonrió y le confesó con el corazón lleno de amor:

—¿Te imaginas si ya lo estamos?

—¿Cómo que lo si ya lo estamos? ¿Lo estamos o no lo estamos? ¡Señorita Musset que esto es muy serio! —exclamó con el ceño fruncido y en un tono un poco Ogro Drake.

—¡No lo sé! Pero no me viene la regla... No sé si son los nervios de la boda o que hiciste diana el día de la pedida.

—¿Y me lo dices así? Vamos ahora mismo a hacerte un test de embarazo.

—Harry que tenemos a un montón de personas esperando para el banquete.

—¡Me importa un rábano! ¡Tú no te mueves de aquí hasta que no sepa si llevas a Drake Junior en tus entrañas! Y desde luego, que ya te vale. ¿No me lo podías haber dicho antes?

—Ya tenías bastante con los nervios de la boda. He preferido esperar un poco a ver si me bajaba. Mañana me hago un test, te lo prometo... Pero ahora tenemos que regresar con nuestros invitados, nos están esperando Harry, nuestro deber es estar con ellos. ¡Hasta ha venido la tía Helen de Europa!

—Está bien pero no pienso esperar a mañana, en cuanto termine la fiesta nos vamos a la farmacia de guardia a pedir un test.

—Harry Drake, mira que te gusta mandar...

—¿De qué me vale? ¡Tú haces siempre lo que te da la gana!

Carol se echó a reír y le besó pensando que no sabía que se podía amar tantísimo a alguien...



DÉJAME SOÑAR CONTIGO

D.J.57

Dina Reed

EPÍLOGO

Esa misma noche, Caroline se hizo el test y salió positivo, para alegría de los dos que lloraron juntos de felicidad extrema.

Meses después, y tras un buen embarazo, nació un niño precioso que amadrinó Telma, tal y como lo habían hablado.

Telma que por cierto estaba viviendo su propio cuento de hadas, sí, ese que pensaba que jamás iba a vivir...

Pero esa es la historia de Telma, que se contará en un libro aparte porque merece una novela entera.

Y en cuanto a Caroline y Harry, su historia termina aquí...

Pero antes de poner el punto y final tal vez te interese saber que la chica que se atrevió a soñar y su jefe el ogro feroz tuvieron tres hijos más, que siguieron triunfando en los negocios y que por supuesto fueron felices para siempre...